

Quintín Balderrama López, sj
Rector

Felipe Espinosa Torres, sj
Vicerrector Educativo

Carlos Portal Salas
Vicerrector Académico

Ma. Cristina Solórzano Garibay
Directora y editora

Mariana Ramírez Estrada
Secretaría técnica y correctora de estilo

Jaime Muñoz Vargas
Asesor

Comité Editorial
Ricardo Coronado Velasco
Guillermo Garibay Franco
Brenda Azucena Muñoz
Jaime Muñoz Vargas
Margarita Torres Rodríguez

Jacob Atiyeh Yunes Rdz.
Diseño Gráfico

Viñetas: Erasmo Bernadac Graciano

Acequias No. 26 invierno (diciembre) 2003, revista trimestral publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial, dependiente de la Vicerrectoría Educativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores del plantel. Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse al Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah. Teléfono (871) 729 11 35 o en la dirección electrónica acequias@lag.uia.mx
Tiraje 1500 ejemplares. Impreso en Gráfica Impreza, SA de CV, Río Yaqui 1283, Col. Las Magdalenas, 27010 Torreón, Coah.

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-1999-020116360000-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Certificado de Licitud de Contenido: 8708 otorgados por la Secretaría de Gobernación.

Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no representan en ningún modo la postura institucional de la Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los autores.

Contenido

| | |
|----|--|
| 2 | Certamen Agustín de Espinoza, sj En el nombre de Dios... Y del mercado: las razones de la guerra ENRIQUE SADA SANDOVAL |
| 8 | ¿Tiene algo que decirnos hoy la espiritualidad de Ignacio de Loyola? RAMÓN MIJARES, SJ |
| 14 | Porque en ello se nos va la vida. Solidaridad y participación política JOSÉ RAFAEL DE REGIL VÉLEZ |
| 18 | La creatividad en la ruptura de paradigmas ANA MARÍA URDAPILLETA MEZA |
| 22 | Entre san Francisco de Asís y el Turco Ajedrecista RICARDO CORONADO VELASCO |
| 25 | Stanley Cavell: el cine dentro de la universidad ANDREA LUQUÍN CALVO |
| 30 | Psicología en positivo JUAN MANUEL TORRES VEGA |
| 32 | Claves de fondo y forma para leer los cuentos de Ribeyro SAÚL ROSALES |
| 36 | Me avergonzaba JAIME MUÑOZ VARGAS |
| 39 | Epifanía y silencio RAFAEL MONDRAGÓN |
| 45 | El instante GERARDO GARCÍA MUÑOZ |
| 50 | El silbido de José ALFONSO VÁZQUEZ SOTELO |
| 52 | El hombre que mira de lado GUILLERMO SAMPERIO |
| 54 | Luego, te escurriste bajo la sábana ANTONIO FUENTES |
| 57 | ¿Y si llama al 911? IVONNE REYES |
| 60 | Un día de trabajo FERNANDO CEPEDA SÁENZ |
| 64 | Que no se detenga la lluvia BRENDA AZUCENA MUÑOZ |
| 66 | Recordatorio para un breve final LUIS PANIAGUA HERNÁNDEZ |
| 67 | Gerardo Enciso: una realidad musical CARLOS VELÁZQUEZ |

Nuevas publicaciones de la UIA Torreón

Julio Ramón Ribeyro:

cinco claves de su cuentística

Gerardo García Muñoz

UIA Torreón

Por primera vez en México un crítico dedica toda una cala a examinar la cartografía trazada por Julio Ramón Ribeyro, una cartografía literaria donde destacan la frustración, la supervivencia, el dolor, la barbarie y el caos impuesto por condiciones socioeconómicas tan desiguales que los seres se animalizan hasta configurar un fresco darwiniano pintado verbalmente por la mano experta de Ribeyro, a caso el mejor cuentista en la historia de Perú, Premio Juan Rulfo 1994 y, sin duda, un autor imprescindible de Latinoamérica.

Acequias de cuentos

Edición conmemorativa del sexto aniversario

María Cristina Solórzano Garibay

y Mariana Ramírez Estrada (compiladoras)

UIA Torreón

Es la compilación de treinta y un relatos escritos por alumnos, ex alumnos, profesores e invitados de otras instituciones, y publicados a lo largo de los veinticinco números de la revista *Acequias*.

Mañana tampoco

Textos del Taller literario de la UIA Torreón

Jaime Muñoz Vargas (compilador)

UIA Torreón

Los ocho jóvenes escritores que aquí se presentan forman parte de esa raza en extinción para la cual los frutos de la creación y del pensamiento constituyen el único antídoto contra los muchos embates de la estulticia.

Con tesón y constancia han pulido estos textos para olvidarse y hacer olvidar a sus lectores el universo ilógico que les pertenece. Su desconfianza abarca todo, sólo queda fuera de ella la literatura.

Ética para errantes

La parábola del hijo pródigo

Ricardo Peter

Coedición UIA Torreón/ UIA Puebla/ Benemérita

Universidad Autónoma de Puebla

Relaciona dos rasgos propios del humano: la falta y la compasión ante quien ha fallado. En contraste con las conductas perfeccionistas de los hijos, la actuación del padre, que es figura central de la parábola postula las bases para constituir una ética de límite. Por una parte la parábola evidencia la condición frágil del hombre; pero, por otra, recurre a la clemencia ante esta condición. La autoaceptación es el acto central de la ética aquí esbozada por el creador de la terapia de la imperfección.

Filosofía y religión

Una hermenéutica desde la crisis de la racionalidad moderna

Gonzalo Balderas Vega, op

Coedición UIA Torreón/ UIA ciudad de México/ ITESO/ UIA Puebla/ UIA León/ UIA Tijuana

El presente trabajo es una hermenéutica desde la crisis de la racionalidad moderna, en donde la filosofía y la religión tienen un lugar preminente. Nos ofrece pistas para profundizar esta relación en un contexto socio-cultural que exige una apertura y un acercamiento al fenómeno religioso a través de la reflexión filosófica. Apuesta el autor que la religión es pensable y que este pensar puede contribuir al bienestar y felicidad de la humanidad.

Viñedos y vendimias en la Nueva Vizcaya

Los cosecheros privilegiados por la corona española en el siglo XVIII

Sergio Antonio Corona Páez

Colección *Lobo Rampante*, núm. 7

Un inapreciable aporte al conocimiento de lo que fue el norte mexicano se encuentra contenido en las páginas de este libro. Con documentación suficiente y con la interpretación más rigurosa, rinde testimonio de la bonanza vitivinícola de Santa María de las Parras, como lo explica el autor del estudio introductorio, la corona no sólo no prohibió la producción de vinos legítimos en esta parte del imperio español, sino que estimuló su producción y creó con ello, en Parras, una cultura del trabajo asombrosa y peculiar, única por su naturaleza en todo el septentrión novohispano.

Condenados al diálogo

Javier Sánchez Díaz Rivera

Coedición UIA Torreón/ UIA Puebla

Filosofar es desear, preguntar, buscar. Así se introduce el autor de este libro en el pensamiento de cinco escritores que han influido en el debate sobre el diálogo: dualidad de la actitud del hombre frente al mundo (Buber), cuya profundidad depende de la forma en que se establece la relación con el otro (Láin), por lo tanto, se está comprometido a argumentar lo que se quiere decir (Apel). El punto fundamental del diálogo es la pronunciación conjunta del mundo para una transformación social (Freire); sin embargo, puede existir una indeterminada red de discursos que responden a estrategias coyunturales que normalmente suponen algún tipo de exclusión (Foucault). A manera de una plática forzada por las circunstancias, como si los autores se hubieran encontrado en la sala de un tren, solos, sin sueño y con dos o tres copas, Javier Sánchez plantea un debate: ¿Es el fin de la interioridad del sujeto como espacio articulador? ¿Existe la verdad?, ¿en qué consiste? Si no existe, ¿de qué se trata este juego? ¿No es una imperdonable ingenuidad, una pérdida de tiempo, hablar del diálogo? Al final, en sus reflexiones, el autor establece una agenda: oscilamos entre el pensamiento y el diálogo sin poder escapar a ninguno. Pensar es objetivar, dialogar es desobjetivar. En el pensamiento se acota la vida, en el diálogo se recrea la vida abriendo nuevos horizontes. En cierto modo el diálogo es esencial. Vivimos todo el tiempo esta tensión vital. ¿Estamos condenados al diálogo?

Editorial

Era previsible que pasara eso: el mundo que a principios de año picó el anzuelo de la belicosidad ya está viendo los estragos de la mentira globalizada. El escenario de terror que vive Irak en nada se parece a los discursos que salieron de la Casa Blanca para justificar la guerra. Ese ataque era injustificable y ahora lo estamos viendo. El presidente de los norteamericanos inventó esa cruel pantomima y, unos meses después, casi la totalidad de la información apunta hacia una dirección completamente distinta: los intereses económicos de un grupo, la mezquindad y la falsía, fueron los detonadores de una agresión tan innecesaria como ventajosa. Quedan en el aire un par de preguntas antes de cerrar el 2003: ¿dónde está el terrorismo? ¿Quién lo ejerce?

El certamen de ensayo *Juan Agustín de Espinoza, sj*, fue convocado este año precisamente con ese tema: la guerra y los intereses del mercado. La respuesta fue buena, y el resultado muy interesante. Los trabajos ganadores ofrecen una visión que profundiza en el binomio agresión-mercado y exponen las entrañas de la guerra sucia emprendida desde el poder contra la indefensión, todo para esquilmar recursos y dominar espacios de venta.

El primer lugar lo obtuvo Enrique Sada Sandoval con el ensayo “En nombre de Dios... Y del mercado: las razones de la guerra”; su premio nos alegra porque él es alumno de la Universidad Iberoamericana Torreón en la carrera de Comercio Exterior y Aduanas. Por su parte, Rutilio Tomás Rea Becerra, profesor del ITESO, consiguió el segundo premio con el texto “De la guerra fría a la guerra caliente. Capitalismo y barbarie”. También del ITESO, Carlos Guillermo Gómez Camarena participó con el ensayo “Triple mediación entre guerra y mercado: virtualización, tecnología y marketing”, con el que logró el tercer lugar. Todos los trabajos irán apareciendo en *Acequias*.

No podemos despedir el 2003 y recibir el 2004 sin una posdata: nuestra revista felicita con calidez a Saúl Rosales Carrillo, colaborador de estas páginas, por su reciente y merecida incorporación a la Academia Mexicana de la Lengua. Logros de ese tamaño nos motivan a seguir, a ver el nacimiento de años nuevos con mayor y más sólido optimismo.

JAIME MUÑOZ VARGAS

En el nombre de dios... Y del mercado:

las razones de la guerra

Enrique Sada Sandoval

Enrique Sada Sandoval es alumno de noveno semestre de la licenciatura en Comercio Exterior y Aduanas, y miembro del Taller Literario en la UIA Torreón, con el presente ensayo enviado bajo el seudónimo “Décimo Nono” obtuvo el primer lugar en la quinta emisión del certamen internacional de ensayo Agustín de Espinoza, sj, convocado por la UIA Torreón, a través de la revista *Acequias*, con el tema **Relación actual entre la guerra y los intereses del mercado**. El jurado consideró que el ensayo guía al lector hacia el entendimiento histórico de la realidad actual de la guerra por el dominio de la economía, presentando una clara conexión entre religión, ética, guerra y economía.

“De la guerra fría a la guerra caliente. Capitalismo y barbarie”, de Rutilio Tomás Rea Becerra, firmado con el seudónimo “Acepaz”, obtuvo el segundo lugar. El jurado mencionó que se trata de un texto en el que destaca la reinterpretación del capitalismo moderno bajo los requerimientos del mundo globalizado, ofreciendo aportaciones valiosas para estudiar las crisis y contradicciones internas del capitalismo. Rutilio Tomás Rea Becerra es profesor de asignatura en el ITESO y hace dos años participó en este mismo certamen, obteniendo el tercer lugar.

Carlos Guillermo Gómez Camarena, licenciado en Mercadotecnia por el ITESO, Institución en la que actualmente es profesor de las asignaturas Antropología Filosófica y Análisis Social Posmoderno, obtuvo el tercer lugar con el trabajo “Triple mediación entre guerra y mercado: virtualización, tecnología y marketing”, firmado bajo el seudónimo “Fractal”. El jurado consignó que este ensayo aporta reflexiones serias acerca del futuro de la humanidad, enfatizando la importancia de los medios de comunicación y subrayando la necesidad de impulsar la creatividad humana.

El jurado estuvo integrado por Luis González Morfín, sj, licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Quito, Ecuador y maestro en Teología Moral por la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, quien también cuenta con estudios de doctorado en Teología Moral. En la UIA Torreón ha sido director fundador de esta Institución, así como de su Centro de Integración y actualmente, colabora en la Vicerectoría Educativa. Fue rector del Instituto de Ciencias de Guadalajara, Jal. y director fundador del Departamento de Ciencias Religiosas en la UIA ciudad de México. Y Rodolfo Walss Auriolles, licenciado en Derecho por la UIA Torreón, Institución en la que actualmente es profesor de asignatura. Maestro en Estudios Jurídicos Internacionales con especialidad en Negocios Jurídicos Internacionales por La American University de Washington. Como docente ha impartido diferentes cátedras en la UNAM y el ITESM, Campus Laguna. Ha presentado ponencias en algunas ciudades del Norte de México y en San Antonio, Texas. En el ámbito laboral, ha desempeñado diversas funciones relacionadas con el comercio y el derecho internacional en la Embajada de México en Washington; Banca Serfin; Bryan, González Vargas y González Baz, SC; Walss & Asociados; Baker & McKenzie en Monterrey, NL; y actualmente en el municipio de Torreón como director general de Medio Ambiente. Es autor del libro *Guía práctica para la gestión ambiental*.

Los tres textos serán publicados en la revista *Acequias* a partir del presente número. Aprovechamos este espacio para felicitar nuevamente a los ganadores y agradecer a todos los participantes su respuesta a esta convocatoria. Asimismo, para destacar la profesional labor de los miembros del jurado, ya que el certamen Agustín de Espinoza, sj, se constituye como un foro cada vez más sólido, a través del cual se muestran las propuestas e ideas de los miembros del Sistema UIA-ITESO, AUSJAL y la comunidad en general.

“El día en que el crimen se engalana con los restos de la inocencia, por efecto de una curiosa subversión propia de nuestro tiempo, es la inocencia la que tiene que justificarse.”

ALBERT CAMUS

Hace tiempo, bastante, que los mares dejaron de ser un factor determinante de distanciamiento o incluso el pretexto idóneo para mostrar desinterés respecto a lo que pudiera suceder a miles de kilómetros de distancia, si consideramos la supresión de fronteras a partir de la revolución tecnológica, gracias a los medios de comunicación con los que contamos hoy en día. De igual forma, las atrocidades y los conflictos llegan a ser del conocimiento de todos a través de distintos medios impresos o electrónicos. Lo mismo ocurre en lo que a mercados y guerras se refiere, aunque la interrelación actual entre unos y otras radica, más que en el acortamiento de brechas, en la fuerza motora de intereses particulares y capitales por excelencia: el dinero.

La “Guerra por la liberación” de Irak, emprendida por los Estados Unidos en contra del régimen de Hussein, fue una guerra económica y mediática: económica desde el momento en que se inició por el pretexto fútil de buscar ar-

mas biológicas y nucleares inexistentes; y mediática desde el momento en que los medios de comunicación, en su mayoría, cerraron filas en Norteamérica para apoyar a un presidente obtuso, ya sea justificando la invasión a través de la mentira o censurando acremente a las voces divergentes dentro y fuera del país.

Pero Bush no es el primero de los mandatarios norteamericanos en valerse de crear una guerra ficticia con el fin de satisfacer intereses económicos o de mercado. Para ello basta echar una breve ojeada a lo que ha sido la historia misma de la nación de las barras y las estrellas desde sus primeros años; y quizá habría que remontarnos todavía a la época en que eran una colonia británica, o incluso antes, donde surge la base socioeconómica de lo que después serán los Estados Unidos: el puritanismo.

El puritanismo encuentra sus raíces en el calvinismo ginebrino. Calvino, al publicar en Basilea la *Institutio christianae religionis* en 1536,



concilió la religión con el naciente *homo oeconomicus* e introdujo la creencia de la predestinación, en la que estipulaba que Dios “elegía” a unas cuantas personas para salvarse mientras el resto, los “réprobos”, serían condenados desde su nacimiento. Por lo tanto, el destino del hombre estaba predeterminado y nada ni nadie podía cambiarlo.

Es cierto que el calvinismo producía mucha angustia entre sus seguidores, pero también les ofrecía muchos incentivos desde el momento en que éstos llegaron a creer como dogma que la prosperidad les permitía entrever su posibilidad de salvación. Es a través del comercio como sus miembros se sienten realizados espiritualmente, pues, según sus preceptos, el hecho de gozar de riquezas y poder no es más que el signo inequívoco de que ellos son los elegidos de Dios; y por lo tanto, sus enemigos o rivales, han de ser también los enemigos de Dios.

No extrañe que al poco tiempo de que el calvinismo hace su aparición en suelo inglés, los seguidores de esta doctrina se convirtieron en un grupo económicamente poderoso y temible: en el ala radical dentro del mismo Parlamento (razón por la cual se les conocía a la postre como *puritanos*), que con Cromwell habría de convertirse también en el ala regicida. El regicidio de 1649 marcará la pauta a seguir para quienes serían en un futuro los estadounidenses, puesto que es aquí donde inicia el tránsito de la soberanía política a la supremacía de la fuerza, y del poder real (que antes encarnaba el rey), a la autoridad del dinero que aún rige en nuestros días, como señala Patricio Marcos al referir que “La muerte del rey se traduce por la muerte de la autoridad misma y el nacimiento del dominio despótico, ya lo encarne un tirano... o los pocos oligarcas que someten el Estado al poder del dinero, al cual se asigna la función paterna usurpada, la de la procreación a través del interés”.¹

Como consecuencia del caos económico originado tras la revolución cromweliana, una caravana de acaudalados puritanos se dirigieron a las costas del Nuevo Mundo y fundaron una comunidad bajo la premisa de que habían sido predestinados por la Providencia para erigir una

“nueva Jerusalem” encargada de servir de modelo al resto del mundo, al que consideraban perverso y corrupto por ser distinto a ellos.

Por tanto, la cultura estadounidense proviene de la unión de una herencia sectario-religiosa, eminentemente puritana, y de la ideología anglosajona y liberal de Locke que adoptaron en el siglo XVIII. Lo anterior explicaría por sí la ética norteamericana del trabajo que enunciara Max Weber: su carácter emprendedor, su gazmoñería, su moralismo, el alto nivel de confianza en la propia sociedad y una particular y extraña coexistencia del individualismo propenso a la forma de vida comunitaria (o el famoso arte de la asociación tan enunciado por Toqueville).

Ya en el siglo XIX, la doctrina Monroe insistió en que todas las naciones del continente americano deberían gobernarse bajo sistemas republicanos federales, y los angloamericanos se consideraban el ejemplo a seguir. Por otra parte, con la aparición de su corolario, el “Destino Manifiesto”, se llegó a transformar un sistema político y social en una suerte de legado idóneo asentado en bases religiosas que los autorizaba a considerar al Hemisferio Occidental (y luego al mundo) como coto de su exclusivo esparcimiento y gendarmería. Fue así como llegaron al siglo XX, participando en dos guerras mundiales que reactivaron su economía y los asentaron como la primera potencia mundial durante buen tiempo.

Hoy en día, la Monroe ha dado a luz otras tantas doctrinas concebidas a la medida del gobierno estadounidense: la “Wolfowitz”, que consiste en hacer demostración de la fuerza para disuadir a todos los países de oponerse en un futuro a los designios norteamericanos; la “Perle”, que insiste en aprovechar el conflicto en Irak para remodelar al Medio Oriente; mientras que la “Kissinger” recomienda la toma del control de los recursos energéticos.²

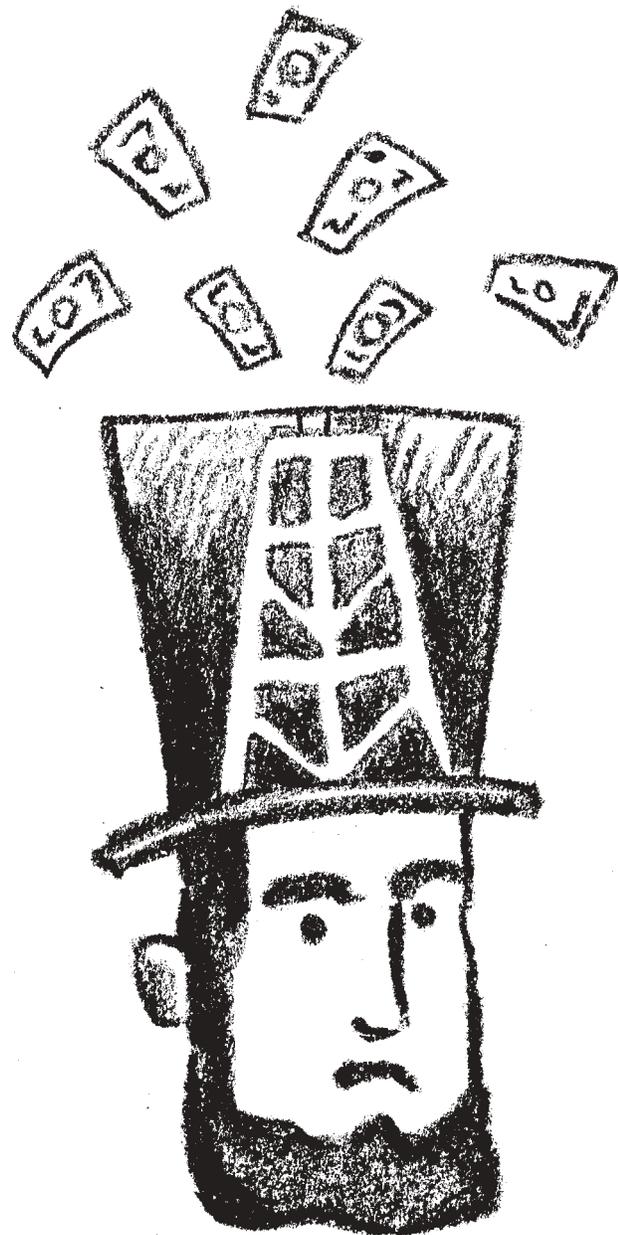
Este comportamiento histórico-doctrinal nace con la idea de una superioridad racial y la creencia en la predilección de Dios por los puritanos calvinistas de origen anglosajón desde que fundaron la primera colonia norteamericana. Es por ello que los Estados Unidos marcharon con las botas puestas y la conciencia tranquila sobre

México, Panamá, Hawai, Puerto Rico, Corea, Vietnam... y recientemente, sobre Irak.

Pero ¿cuál sería en este caso la razón para invadir a un país lejano y en paz, al menos hasta ese entonces, con el Goliat del Norte? Todo parecía indicar que se trataba solamente de una guerra por petróleo cuando el 28 de mayo del 2003 Paul Wolfowitz, subsecretario de Defensa norteamericano, es cuestionado en Singapur acerca del porqué de la invasión a Irak, y no contra Corea del Norte, que sí posee armas de destrucción masiva. La respuesta es chocante tanto por su contenido como por la candidez con que se da: "Económicamente la decisión era muy simple: Irak nada en un mar de petróleo".³ Es así como la trama de esta historia se ha hilvanado entre declaraciones sobre declaraciones tan sorprendentes como contradictorias.

Referente a los orígenes reales de este conflicto, habrá que evocar brevemente algunas razones antes de dirigir la atención a una causa fundamental que ha pasado desapercibida para algunos. En primer lugar, los Estados Unidos, como principal importador mundial de petróleo, debe asegurar su propio abastecimiento. Al mismo tiempo, con la intervención en Irak, tendrán el control del suministro de petróleo de otros países importadores y con ello, podrán ejercer presiones útiles sobre sus gobiernos. Finalmente, la guerra permitirá a las compañías petroleras angloamericanas acceder al petróleo iraquí, conocido por ser el de menor costo de explotación y del cual el bloqueo del país les había privado en provecho de empresas francesas, rusas o chinas desde la Guerra del Golfo. Lo que muchos pasan por alto es que si el gobierno de Bush tiene otra razón para atacar Irak, ésta se sostiene en la necesidad de defender la hegemonía del dólar.

Hay que recordar que con los acuerdos de Bretton Woods, al final de la Segunda Guerra Mundial, se instauró el patrón oro a nivel internacional con el fin de evitar los problemas de convertibilidad que se planteaban desde antes del conflicto. De aquí que los bancos centrales de cada país estaban obligados a poseer reservas de oro suficientes para respaldar la convertibilidad de sus divisas. Pero en 1971, tras la caída del



Sistema Financiero Internacional, el gobierno de Nixon decidió salir del sistema, reemplazando el patrón oro por el dólar. Es a partir de este momento que el comercio internacional se transformó en un juego monopolizado en donde los Estados Unidos fabricaba billetes verdes, mientras el resto del mundo producía bienes que el dólar pudiera comprar.

Fue así como la divisa norteamericana se convirtió, desde Arabia Saudita hasta Singapur, y de Moscú hasta el Cono Sur, en la moneda de referencia oficial para las transacciones comerciales y petroleras, tanto que hoy en día dos terceras partes de las reservas mundiales de los bancos centrales están integradas por dólares, más de la mitad de los cambios comerciales se efectúan en esta moneda, y el único país autorizado para emitirla son los Estados Unidos de América.

Éste sería el panorama dominante hasta que ocurre la caída del Muro de Berlín, marcando el final de la Guerra Fría, y abriendo paso a un nuevo entendimiento entre las naciones de Europa. Pero el verdadero drama comienza a finales del 2000, justo tras la ensombrecida victoria de Bush, cuando Irak decide librar sus transacciones petroleras-comerciales en euros y no en dólares. La decisión iraquí tomó efecto el 6 de noviembre con el visto bueno de la ONU, y poco tiempo después, el país decidió convertir también en euros los 10 mil millones de dólares obtenidos a través del programa “petróleo contra alimentos”.

La cuestión que se planteaba para entonces era saber si otros países seguirían el mismo ejemplo. Finalmente, la peor pesadilla del Federal Reserve Bank se cumplió cuando Irán y Corea del Norte tomaron la misma iniciativa, mientras la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) decidía en su conjunto hacer del euro la moneda de transacción para su comercio petrolero. Jordania, cuyo principal interlocutor comercial es Irak, adoptó inmediatamente la divisa europea para sus intercambios con Bagdad.

Más preocupantes todavía fueron los días 6 y 7 de marzo del 2001 para los Estados Unidos, cuando se celebró cerca de Moscú el *Internacional Finance Congress* con el tema “Proceso de globalización y amenaza oculta de la crisis de las divisas de

reserva mundiales”. Durante el primer día, el embajador venezolano en Moscú, Francisco Mieres-López, hizo una destacada intervención sobre el tema de la factibilidad del paso del dólar al euro para la fijación del precio del petróleo. Es conveniente recordar aquí que el acontecimiento se desarrolla un año antes del fallido golpe de estado contra el presidente Hugo Chávez, que el secretario general de la OPEP es venezolano y que la intervención del embajador se añade al acuerdo concluido por su país con trece Estados más para cambiar su petróleo por otros bienes o servicios, desmonetizando parcialmente los intercambios petroleros de este país, que es el cuarto productor de crudo a nivel mundial.

Después vendría la tempestad que habrá de justificarlo todo cuando suceden los criminales, y aún no esclarecidos, atentados del 11 de septiembre del 2001. Entonces Bush emerge investido de plenos poderes como vengador de la “afrenta”, lo cual legitima su elección dudosa frente a sus conciudadanos, justificando *a priori* todos los atropellos cometidos a partir de este momento en contra de la ONU y de la paz mundial.⁴ Es aquí donde la historia se repite como farsa y tragedia a la vez: nuevamente se intercambian los papeles del perseguidor y la víctima, pues en cuanto un pueblo o nación aspira a la santidad invocando sus padecimientos (reales o ficticios), en cuanto exhiba sus heridas y enumerar a sus muertos, hay razón de más para desconfiar. Significa que antes de afilar sus cuchillos, solicita la absolución del mundo civilizado para luego volverse contra él.

Para el año 2002, China y Rusia comienzan a convertir sus acervos financieros del dólar al euro. En cuanto a Corea del Norte, en el 2004 adoptará la divisa como única moneda para sus transacciones comerciales. Luego vendría el Banco Central iraní con la creación de un comité con la finalidad de que el país aceptara al euro para sus intercambios petroleros. La sustitución estaba más justificada en este caso por el hecho de que una tercera parte del petróleo de esta nación se exporta directamente a Europa, por lo tanto, no habría razón para mantener al

dólar como tipo de cambio oficial. No extrañe que después de todo lo anterior, George W. Bush señalara a Irak, Irán y Corea del Norte como el “Eje del Mal” en su discurso anual del 29 de enero de 2002, tal y como sus antepasados puritanos lo hacían respecto a quienes no compartían su misma ideología o intereses. Y es que el norteamericano promedio aún se aferra a la vieja creencia de que sus intereses son, o deben ser, los intereses del mundo en general.

Las discusiones previas a la invasión, suscitadas en el seno del Consejo de Seguridad de la ONU, sólo manifestaron la viva tensión que existe entre los Estados Unidos de América y Gran Bretaña, por un lado; y Rusia, Francia y Alemania, por el otro. Y este análisis vale sobre todo respecto a la utilización del euro por Rusia. El 21% del petróleo y el 41% del gas importados en la Unión Europea provienen de este país. Tampoco aquí se justifica ya la utilización de la moneda angloamericana. Tan es así que China y Rusia ya han comenzado a convertir sus haberes financieros de dólares a euros. Como Irak, Irán, Corea del Norte, Rusia y China, otros países también han decidido diversificar las reservas de divisas de sus bancos centrales vendiendo dólares para comprar euros.

La economía estadounidense está íntimamente ligada al papel del dólar como moneda

de reserva y moneda global de cambio. Si los principales países exportadores de petróleo y gas decidieran realizar todo o parte de sus ventas en euros, las naciones consumidoras se verían obligadas a vender dólares de sus reservas para adquirir euros. Al reducir la necesidad mundial de billetes verdes el curso del dólar caería, privando al país de su primer bien de exportación. Este golpe repercutiría aún más en la economía norteamericana y a tal grado, que una vez privada del control monetario-comercial mundial, ya no podría asumir sus pretensiones imperialistas.

Y es así como bajo la fachada de una “guerra contra el terrorismo” se desarrolla una guerra financiera global, en cuyo centro se encuentran la Unión Europea como adversario y Medio Oriente como campo de batalla. Por lo tanto, la guerra en Irak esconde otra guerra más allá de la del control del petróleo: la del control de la moneda al par del grito pavoroso de “*In God we trust*”.⁵ En esta guerra financiera, los angloamericanos intentan mantener el dólar como moneda única de referencia, mientras que una buena parte del mundo, en uso pleno de su libertad y más acorde con sus propios intereses, está utilizando el euro como alternativa a la hegemonía estadounidense. 🌐

¹ *Los nombres del imperio. Elevación y caída de los Estados Unidos*. Editorial Patria/ Nueva Imagen, 1991, p. 32.

² Para una comprensión más clara de esta visión particular, así como de la relación íntima entre la economía y la política exterior norteamericana, es recomendable leer el libro *Diplomacy* de Henry Kissinger, editado por Simon & Schuster Rockefeller Center, Nueva York, 1994.

³ El propio Wolfowitz admitió ante la revista *Vanity Fair* que las armas de destrucción masiva, presentadas en su momento como la causa principal para la guerra, no fueron sino una excusa “burocrática” con la que se pretendía conseguir apoyos para la operación militar. El desmentido se produjo tras reiteradas informaciones en algunos medios de prensa norteamericanos que coincidían en señalar que el Departamento de Defensa infló deliberadamente los informes de la CIA y otras agencias sobre lo que ocurría realmente en Irak.

⁴ George W. Bush asumió la presidencia de los Estados Unidos de América envuelto en el mayor escándalo electoral suscitado en ese país desde 1876.

⁵ La leyenda “*In God we trust*”, tan conocida por adornar los billetes del dólar norteamericano, lejos de ser un acto de fe, significa en realidad una consigna iracunda en cuyo nombre se pretende barrer con toda autoridad establecida. Ésta se le atribuye a Cromwell, el vencedor de la Batalla de Natesby, quien la mandó plasmar en los pabellones de sus ejércitos de puritanos conocidos como “los costados de hierro”.

¿Tiene algo que decirnos hoy la espiritualidad

de Ignacio de Loyola?*

Ramón Mijares, sj

RAMÓN MIJARES, SJ
Instructor de Tercera Aprobación en México. Fue viceprovincial de la Compañía de Jesús y maestro de novicios.

En uno de los últimos números de la revista *Time* (del 16 de junio de 2003), en su reportaje central se formula la pregunta: *Where did God go?*, ¿A dónde se fue Dios? Porque ya no lo encontramos donde solíamos hallarlo anteriormente. Con todo el respeto de la comparación, podemos también preguntarnos: ¿A dónde se fue Ignacio de Loyola? Aparte de la narración histórica de su admirable experiencia espiritual contada por él mismo en el *Relato del peregrino*, como le gusta llamarse, ¿queda para nosotros hoy una experiencia viva, repetible *personalmente* de alguna manera?

El Peregrino se ha ido después de narrarnos detenidamente el modo cómo Dios se hizo presente en él por medio de una experiencia mística única. Se ha detenido con nosotros el tiempo necesario para relatarnos su peregrinación e invitarnos a hacerla nuestra, pues no se trata de repetir a Ignacio, sino que cada uno debemos realizar la propia peregrinación. Pero la pregunta permanece: ¿Tiene algo que decirnos hoy la peregrinación que recorrió Ignacio con Dios como guía?

De este hombre que recorre un largo camino de 17 años, que va de las hazañas del caballero, al servicio de Cristo ayudando a las almas; de las penitencias exteriores y las uñas largas, al amor apasionado por Jesús; del amor ciego que se guía por la mula, al amor con un fino discernimiento; del alejamiento del mundo, a los ojos

nuevos para ver todas las cosas; del discípulo que es guiado como un niño, al maestro de muchos compañeros.

El hombre y la mujer de hoy—nosotros—dispuestos a dominar todo el universo, somos tan distintos de aquel que apenas empezaba a descubrir el horizonte de nuestro planeta al final de la Edad Media y principios del Renacimiento. Europa ya no es el centro del mundo conocido, la cultura occidental, un monolito durante el siglo XVI, es ahora un mosaico medio roto, los desequilibrios sociales y económicos de la humanidad son más escandalosos y manifiestos; a cuatro siglos de la Iglesia de Trento, la Iglesia del Vaticano II ha iniciado tímidamente un verdadero cambio histórico; las ciudades que conoció Íñigo han vivido el impacto de la industrialización y la secularización, apenas se parecen a aquellas en que estuvo; las rutas de Europa ya no son escenarios de guerras entre reyes... Más aún, nos quedan pocos reyes y tal vez no nos apasionan mucho, ni tampoco las cruzadas, ni las banderas... ¡Vivimos en una sociedad individualista, consumista, competitiva, tan lejana de aquella de Ignacio!

En la sociedad actual, tan distinta de la suya, el mensaje que nos comunicó Ignacio hace ya más de cuatrocientos años, ¿tiene todavía algo que decirnos en nuestra propia experiencia de Dios? Mi respuesta, es de suponerse, quiere ser afirmativa. Propongo a tu consideración

algunos aspectos que pueden ser iluminados muy de fondo a la luz de la experiencia de Ignacio.

1. HALLAR A DIOS EN EL CORAZÓN DE LA VIDA

Siempre buscando a Dios, *peregrino de Dios*, así se nos presenta Ignacio en su relato autobiográfico. Este es núcleo de su testimonio: *Dios es el centro absoluto y el sentido pleno del ser humano*. Un mensaje de fe muy claro, pero esto no es nada especial respecto al mensaje global de la Iglesia. ¿Qué es lo específico del mensaje de Ignacio de Loyola?: *que podemos encontrar a Dios en medio de nuestras vidas y no al margen de ellas*. El Peregrino experimentó a Dios en la gran diversidad de situaciones que vivió: en la quietud y el movimiento, en el silencio y en la conversación, en la oración y en el estudio, en la soledad y en medio de los hombres y también de las mujeres, que tan cercanas estuvieron a él en su vida; en la paz y en la turbación (quince minutos de oración le bastarían para serenarse si se acabara la Compañía de Jesús); en el éxito y en la persecución, y aun en la cárcel... Es innecesario crear un espacio propio para Dios. Él nos sale al encuentro y podemos experimentar su presencia en medio de nuestra vida, en las circunstancias más diversas. Dios-en-medio-de-la-vida es una buena noticia para quienes vivimos atrapados en la espesa red de la sociedad actual, sobre todo la urbana e industrial.

Dios está entre nosotros, y sin embargo, hay que buscarlo. Quien cree haberlo hallado definitivamente, está muy lejos de Él. Desde el momento en que Iñigo tuvo el primer encuentro en Loyola, nunca dejó de buscarlo. Hemos de buscarlo porque, a pesar de que se encuentra en todas las encrucijadas de la vida, nuestro corazón no siempre es transparente a su presencia. Hay que descubrir al *Dios-con-nosotros*, mediante el cambio constante de actitudes y comportamientos. Buscar a Dios es una llamada a la conversión.

Hay que buscar al Dios presente, porque sobrepasa todas las ideas que nos hacemos de Él; sobrepasa nuestros proyectos, elaborados con tanto cuidado. Hay que estar siempre dispuestos

a ir más allá (ese *más* tan importante para Ignacio). Más allá del punto conseguido en el seguimiento de Jesucristo; de lo contrario todas las cosas se convierten en ídolos encubridores del verdadero rostro de Dios. Hay que trascender siempre todas las realidades con las que trabajamos por el Reino de Dios para confiar última y únicamente en Él.

Un maravilloso mensaje desde la propia experiencia de Ignacio: Dios no está lejos de nosotros, se encuentra en medio de nuestra vida, a veces desconcertante. Hay que buscarlo cambiando nuestro corazón, no identificando a Dios con ninguno de nuestros actos, ideas o proyectos, ni siquiera con nuestro discernimiento; es necesario superarlo continuamente.

2. RESCATAR LA ACCIÓN

En Ignacio, Dios y los hombres se convierten en una experiencia inseparable y única: *ayudar a las almas* fue la traducción de su deseo de servir al Señor. Y esta mística del servicio transfiguró la acción de un hombre singularmente activo y marcado por el deseo de hacer cosas grandes. De este modo se deshacen de golpe dos tensiones: una entre la fidelidad a Dios y la tarea a favor de los hombres; y, otra, entre la vida interior necesaria para una vida verdaderamente humana y las acciones exigidas para transformar al mundo.

En la historia de la espiritualidad cristiana la acción ha sido, durante mucho tiempo, marcada fuertemente por la sospecha. Se habla de los *peligros* de la acción; la “herejía de la acción” la llamaba un papa. Contra el activismo previenen los padres espirituales más reconocidos. Es verdad que en la acción no pocos han (¿hemos?) salido malparados, han perdido el norte de sus vidas, se han vaciado de la interioridad que nos da consistencia; creyendo ayudar a los demás, algunos se han perjudicado a sí mismos. La reacción contra el activismo dejó una serie de consecuencias: mientras más alejados del mundo, mejor; la soledad y el silencio son los caminos privilegiados para todo buen cristiano; los laicos, en cambio, que han de *ensuciarse* las manos —se dice— con las cosas de la tierra, son vistos

como menos perfectos... La huella de esta reacción de influencia neoplatónica subsiste todavía.

Sin embargo, hacer no deteriora la acción. La falta de amor, sí. San Pablo nos lo recuerda insistentemente: pueden llevarse a cabo las acciones más espectaculares y aun generosas sin amor. Y todas estas cosas, hechas sin amor, no valen nada. Ignacio rescata la acción (no olvidemos que en los Evangelios Sinópticos Jesús es un hombre de acción desbordada, lo encontramos siempre en movimiento; “caminando por sinagogas, villas y castillos”, dirá Ignacio en los Ejercicios). Ignacio une en su experiencia el amor a Dios y el amor al hombre y a la mujer, alcanzando la transformación de la actividad (viajes, estudios, relaciones humanas, acción apostólica) en servicio al hombre y trabajo por el Reino de Dios: *La mayor gloria de Dios es el bien más universal*.

Sin duda que Ignacio es un profeta de particular significación para nuestro tiempo, para quienes vivimos y luchamos en una civilización tan centrada en el hombre, agitada por la acción más intensa. El Peregrino nos recuerda que con la mirada en dirección a los hombres y mujeres, en medio de una actividad a veces vertiginosa, también podemos seguir a Cristo, situándonos ante los hombres y mujeres con la actitud que Cristo tuvo ante ellos en su tiempo: descubrir las grandes posibilidades y las grandes esperanzas ocultas en el centro de la humanidad, escuchar el clamor de los pobres y los oprimidos que nos urge a tomar un compromiso generoso para la liberación de sus esclavitudes y pobreza; *identificar* la voz de Dios que resuena siempre en el clamor de nuestra sociedad y en consecuencia, dirigir nuestra energía y acción hacia la liberación del ser humano, hacia la humanidad que clama con gemidos de parto por una vida más plena. Mediante este compromiso podemos vivir —como lo hizo Ignacio— nuestra relación con los hombres y mujeres como un sacramento

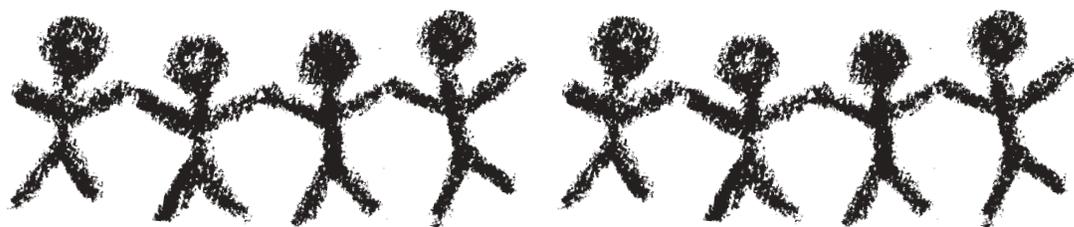
de la presencia de Dios, y nuestra acción como servicio y lucha por el Reino de Dios, siguiendo al Rey Eternal.

Este es un camino ignaciano de humanización de nuestra actividad, con frecuencia mecánica e impersonal, y al mismo tiempo, de divinización de nuestro humanismo, a veces completamente cerrado y secularizado.

3. UN CRISTIANO SIEMPRE EN BÚSQUEDA (“MIRADA NÓMADA”)

Hemos visto cómo puede vivirse el encuentro con Dios en el curso cambiante de los acontecimientos, en el corazón de la vida. Por lo tanto, el cristiano ha de ir interpretando constantemente los signos de los tiempos, es decir, la palabra de Dios inscrita, aunque no inequívocamente, en el movimiento de la historia. Un magisterio eminente de esta búsqueda evangélica lo encontramos en la experiencia del Peregrino. Desde Loyola hasta su estancia definitiva en Roma (17 años), Ignacio recorrió sin interrupción el camino de un explorador de los signos de Dios en la historia: ¿Qué hay que hacer para servir al Señor? ¿A dónde debemos ir? ¿Cómo reunir compañeros para ayudar a las almas? ¿Cómo prepararse mejor para este fin? ¿Es necesario fundar una nueva orden religiosa? Poco a poco el Peregrino va comprendiendo en su experiencia que el seguimiento de Jesús no es una forma de vida estática o una posesión tranquila y definitiva, sino más bien, un camino, una búsqueda, un seguimiento; y hoy más que nunca, podríamos añadir.

Pensando en nosotros, en nuestro tiempo, la aceleración de la historia, el cuartamiento de la cultura, el pluralismo eclesial, la inculturación exigida por la evangelización... es urgente buscar nuevas vías, estructuras diferentes, formulaciones actuales para ser fieles a la llamada de Dios en la sociedad de hoy. Sin embargo, esta creatividad continua sólo puede inspirarse en el Espíritu de Cristo que “conduce a la ver-



dad completa”. De aquí se deduce la importancia fundamental de un aprendizaje de la creatividad en la fidelidad, de la personalización de la fe en la escucha de la Palabra de Dios en la Iglesia.

El discernimiento evangélico—la forma más fundamental de búsqueda de la voluntad de Dios— tiene un relieve muy fuerte en un cristianismo que quiere ser más personal, adulto y pluralista. Aun cuando el cristiano ha escuchado la palabra de Dios, ha captado el eco de los clamores de los hombres y mujeres, ha participado en diálogo comunitario y ha bebido de las fuentes de agua viva de la Iglesia, todavía no tiene una respuesta personal a la pregunta: ¿Qué es preciso hacer? Entonces, en lo más profundo de la persona, en el corazón, puede brotar una palabra definida y clara. Esto es el discernimiento. Y no es solamente una exigencia de los individuos, lo es también de la comunidad cristiana, cuyos miembros quieran recorrer este camino de búsqueda evangélica para responder a las interpelaciones e interrogantes de la sociedad. Ignacio, paciente e incasable explorador de caminos personales y comunitarios, se ha convertido hasta la fecha en maestro del discernimiento.

4. UNA ESPIRITUALIDAD INTEGRADORA

Un primer vistazo a nuestro mundo occidental puede producir una impresión positiva. La ciencia, la técnica, el progreso y el bienestar han creado un estado de autosatisfacción y de optimismo en los ambientes más privilegiados. Pero no es nada difícil descubrir las zonas tan oscuras en este panorama superficialmente y a primera vista luminoso: la soledad, la falta de sentido de la vida, el dolor moral, la frustración... y el precio pagado por los demás (los pobres, los marginados, los millones de refugiados fuera de sus propios países, los pueblos oprimidos, etcétera). Incluso la resplandeciente imagen del mundo occidental se va resquebrajando con las acometidas de las crisis económicas y el callejón sin salida en que se encuentran los intentos realizados para lograr una aceptable convivencia nacional e internacional, en medio del terrorismo generado por las diferencias étnicas y sociales. Nos encontramos ante una actitud oficial optimista, más que ante resultados que la avalen. Sin duda que una postura negativa y de renuncia en relación a nuestro mundo, ante los quehaceres de la tierra, no encaja con el espíritu moderno de occidente.

La *fuga mundi*, aun admitiendo una significación teológica cristiana, no es del gusto del hombre de hoy.

De aquí el interés actual por una espiritualidad integradora del mundo, “mundana”, podríamos decir, como la de Ignacio. Todo, todas las cosas, son palabras clave en su lenguaje tan cuidadoso para decir lo que quiere. El Peregrino, después de su tiempo de lucha y purificación, hasta llegar a dar muerte a todo lo que sofocaba la acción constructiva y creativa de Dios, tuvo en Manresa una mirada tan profunda del mundo, que “le parecían nuevas todas las cosas”. Más tarde enseñó en los *Ejercicios Espirituales* y en las *Constituciones* a encontrar a Dios en todas las cosas, abriendo un panorama admirable entre la negatividad de huir de todo y la ingenuidad de afirmar que todo está permitido. La pedagogía de Ignacio nos ayuda a rechazar los angelismos evasivos: no podemos servir a Dios si volvemos la espalda a las cosas de nuestro mundo. Se trata de una genuina tradición cristiana, experimentada por Iñigo en carne propia y, posteriormente, transmitida a los demás.

Esta tradición siempre ha enseñado que la acción de Dios en el mundo, y por tanto, en el hombre y en la mujer, no destruye nada, sino que todo lo lleva a su perfección y plenitud. Esta experiencia y magisterio marcarán a los discípulos de Ignacio. Se trata de una manera de vivir cristianamente que supone, en primer lugar, una contemplación del mundo desde la perspectiva de la fe, integrando en una misma mirada el conjunto de todas las realidades de la existencia humana: lo material y lo espiritual, lo humano y lo divino, este mundo y la vida futura. Y exige también relacionarse con el mundo partiendo de unas disposiciones nuevas y con un corazón también nuevo: promoviendo todo lo que lleva a la vida y transformando todo lo que necesita ser renovado (“sin dejarse llevar por afición alguna desordenada”, dirá en los *Ejercicios*). Una espiritualidad que derriba los muros que aíslan y dividen, para integrarlo todo en una visión y un dinamismo histórico que conduce a aquella consumación hacia la cual orienta el Espíritu: “cielos nuevos y tierra nueva”. Recogemos de la expe-

riencia de Ignacio, para hoy, un mensaje de esperanza en una época en la que, en el esfuerzo para transformar la sociedad, las iniciativas más altas y los espíritus más generosos parecen condenados a la oscuridad de una humanidad malherida por las lacras más dolorosas y las injusticias más crueles.

5. UN CORAZÓN ARDIENTE

Como un “espíritu generoso e inflamado de Dios” se nos presenta el mismo Peregrino al principio de su relato. Todavía es un novicio que sueña movido por la generosidad, a la que le queda un largo camino de maduración. Transcurren los años. Iñigo aprende el *discernimiento evangélico*, reconoce su camino más personal en la llamada a *ayudar a las almas*, se lanza a formar un grupo de compañeros de Jesús y, finalmente, después de superar innumerables obstáculos, funda la Compañía de Jesús. *La ayuda a las almas* vertebrará la enseñanza y la obra ignaciana. Las tres personas divinas que deciden salvar a la humanidad, Cristo que recorre, predicando, las tierras de Palestina y que envía a sus seguidores a ayudar a los hombres, son el centro de la experiencia espiritual de los *Ejercicios*. Ignacio tiene ahora la responsabilidad más alta del grupo, que cada día se va haciendo más grande, y al cual él dirige con sabiduría y experiencia. Toda la fuerza interior de su vida personal se concentra en el objetivo propio de la comunidad fundada por él: el mayor servicio divino y mayor bien universal y provecho espiritual de las almas. El soñador de Loyola, el Peregrino por las tierras del mundo, se encuentra ahora en Roma, en su pequeño despacho de Superior General de la Compañía de Jesús, fecundo en planes apostólicos, hundido en un mar de asuntos, cartas, elaborando las *Constituciones* de la Orden. Pero no se ha apagado el fuego encendido desde hace años en su corazón. Sabemos por él mismo que las lágrimas fluyen constantemente de sus ojos, con peligro de hacerle perder la vista. Él mismo nos dice, también, que “siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios lo hallaba”. Un corazón más ardiente aún que cuando en Loyola se dejaba llevar por sus sueños.

La vida cristiana es más que una teoría o una moral de buena conducta, más que una organización y un compromiso: es una pasión por *Alguien*. Esta es una lección que Ignacio aprendió y que nos dejó en los *Ejercicios Espirituales* —verdadera escuela de amor—, que terminan precisamente con una maravillosa contemplación para alcanzar amor, para encontrar a Dios en todas las cosas. Dejarse abrazar por el amor de Dios, aprender a convertir toda la vida en amor y servicio: “en todo amar y servir”, constituye la síntesis de este librito que Ignacio nos legó como participación en el don que él mismo había recibido. Las últimas palabras de los *Ejercicios* son “amor divino”.

Tal vez en nuestra sociedad tan intercomunicada, pero anónima y distante, los cristianos podríamos colaborar con la cercanía de un amor, que también en la Iglesia se apaga bajo las cenizas de un pensamiento gris, de una planificación fría, de normas éticas alejadas de la vida real, o incluso de un compromiso angustiado.

CONCLUSIÓN

De la experiencia espiritual de Ignacio, que nos llega sobre todo a través de los *Ejercicios Espirituales*, fluye un estilo de vida cristiana que no busca a Dios sólo en la oración, la liturgia, la vida de la Iglesia o el apostolado, sino que intenta hallar a Dios en todas las cosas. Esta experiencia mística de Ignacio lo llevó a comprometerse en la vida histórica de su tiempo. De la misma manera, este carisma nos impulsa hoy a la más variada participación posible en todos aquellos campos y actividades de la vida humana a los que nos convoca la causa del Reino. En este compromiso, en medio de la agitación de la vida actual, no hay que limitarse al uso de los medios sobrenaturales, sino que deben usarse también los medios naturales más aptos para el fin; pues Dios no es solamente autor de la gracia, sino también de la *natura*, dirá el mismo Ignacio. Al menos estas lecciones mencionadas podemos recoger hoy para nuestra propia experiencia espiritual, ayudados por la experiencia de Ignacio. Pero seguramente cada uno de nosotros podrá encontrar otras más personales en los *Ejercicios Espirituales*, en que la mayoría de nosotros ya ha participado, como miles de personas en nuestro tiempo, que realizan de manera muy propia las enseñanzas que Ignacio nos transmite en su libro, y que han encontrado por medio de él un camino para conocer internamente a Nuestro Señor Jesucristo, para más amarlo y seguirlo, la máxima experiencia espiritual que el Señor de todas las cosas nos puede conceder.

Termino con una anécdota histórica. Hace poco un compañero daba *Ejercicios Espirituales*, en un pueblo de la costa de Guerrero a un grupo de jóvenes con inquietudes vocacionales para la Compañía de Jesús. Al ejército, presente en la zona, en búsqueda de guerrilleros encapuchados, les pareció sospechoso el grupo. Cateó la casa de retiros en que se encontraban. Requisó los papeles con los textos que los jóvenes manejaban, junto con el librito de los *Ejercicios*. Con poca cultura religiosa, pero con no poco instinto, los acusó —no sin razón— de tener material subversivo en contra del orden establecido. 

Sin el ardor de una pasión podríamos quedar secos por las ideologías o reventados por la acción. Hace falta un espíritu ilusionado y un corazón ardiente. Las exigencias de la vida, y aun la pesada lucha por una sociedad más justa, pueden embotar nuestra sensibilidad y amortiguar el amor. Sin embargo, quien consiga vivir de manera personal la presencia seductora de Cristo, mientras siente como una bienaventuranza la invitación al seguimiento, en el combate por el Reino de Dios al estilo de Jesús, experimentará la vida cristiana como una relación amorosa, cálida y entusiasmante. “Aquel Peregrino era loco por Nuestro Señor Jesucristo”, se recordaba en Manresa aún muchos años después de su paso. Sólo la relación con Cristo: *más amarlo y seguirlo*, en lenguaje ignaciano válido para todos los tiempos y culturas, comunicará a nuestras vidas un sentido lleno de amor, que hará arder nuestro corazón, como el de los discípulos de Emaús, y nos enviará como testigos a nuestros hermanos.

* Conferencia dictada en la 7ª Reunión de Pastoral de AUSJAL, realizada en el ITESO el 19 de junio de este año. Texto proporcionado por Carlos Casas, sj, coordinador del Centro de Pastoral Universitaria en la UIA Torreón.

Porque en ello nos va la vida

Solidaridad y participación política

José Rafael de Regil Vélez

JOSÉ RAFAEL DE REGIL VÉLEZ
Director del Centro de Formación Humanista de la Universidad Iberoamericana Puebla. Ha publicado entre otros textos, *Chiapas: análisis y reflexión*, *Universidad y justicia social, 1988-1994: ilusión y desaliento* y *Balance del sexenio salinista*; asimismo, es autor de diversos textos periodísticos.

Cada vez que vivimos tiempos electorales suele aumentar la propaganda, se pide a los ciudadanos que participen, que hagan valer su ciudadanía (valga totalmente la redundancia). Tras los comicios acontecen una serie de demandas por irregularidades en los procesos, las autoridades judiciales fallan y con el carpetazo dado a los asuntos todo parece volver a la normalidad, al menos hasta que haya nuevos procesos federales o estatales.

En el verano pasado (2003), como parte del diplomado *Ser cristiano en el mundo actual*, conducido por la Universidad Iberoamericana Puebla, se tuvo un panel denominado “Los cristianos y la política en México”, en el cual fui invitado a participar.

En ese momento me pareció oportuno sustraerme a la coyuntura electoral y compartir con los participantes en esa actividad unas reflexiones sobre cómo la participación política se inscribe en el dinamismo de ser humano, que es solidaridad; solidaridad encomendada, solidaridad en construcción.

Agradezco a *Acequias* que en esta ocasión me permita compartir con sus lectores estas líneas, que espero sean congruentes con la propuesta educativa de la Universidad Iberoamericana, con su quehacer en las aulas y fuera de ellas.

HABÍA UNA VEZ, EN UN BELLO LUGAR
Corrían los años de la primera mitad del siglo XVI. De una pluma británica emanaban con

genialidad sin par las letras que narraban la historia de la vida en Utopía, una isla presumiblemente encontrada durante uno de los tantos viajes realizados por los exploradores europeos en esa época. Si pudiéramos darnos el gusto de entrar en las páginas de esta obra y recorriéramos ese lugar, entrando por sus rincones, mirando a sus habitantes, husmeando en sus casas, disfrutando sus tradiciones y luego nos diéramos la oportunidad de comentar nuestros hallazgos, seguro repararíamos asombrados en cosas como éstas:

♦ En Utopía no hay propiedad privada. Existe comunidad de bienes y por lo tanto, no hay clases sociales ni nada que permita ver tugurios al lado de mansiones, peatones al lado de ostentosos carruajes, famélicos mendigos al lado de rollizos comensales de banquetes.

♦ En Utopía las tareas son compartidas por todos. La agricultura y la artesanía, necesarias para la subsistencia, son tarea de unos y de otros.

♦ En Utopía nadie trabaja jornadas de más de seis horas y con ello, todos tienen la manera de vivir con la frente en alto. El resto del tiempo es dedicado a la distensión y actividades de recreación.

♦ En Utopía los habitantes son pacifistas, practican el sano placer, tienen cultos diferentes y respetan su diversidad.

♦ En Utopía la organización y el gobierno fluyen permitiendo a todo mundo vivir “como

Dios manda”. El príncipe es más bien un personaje familiar, cercano y consagrado al servicio de los suyos.

Al final todos quedaríamos con la sensación de pensar qué bonito sería todo ello, pero también, que ese lugar no existe en parte alguna. Y caeríamos en la cuenta de por qué la isla se llama Utopía: porque este nombre quiere decir, exactamente, “sin lugar” (*u-topos*). Hoy nos gustaría decir que es la isla de la fantasía, la tierra de nunca jamás, el sitio donde *existe lo que no es*, pero que *figura (pre-figura) lo que el corazón humano quiere que sea*.

Creo que más de uno de los que leemos estas líneas estaremos pensando que la persona que escribió sobre Utopía en el siglo XVI debió ser un fantasioso, un soñador, alguien falto de realismo, posiblemente uno de esos que son buenos para inventar cosas que suenan muy bonito, pero que nada tienen que ver con poner los pies firmemente en la tierra.

Y en esto sí que nos equivocamos. El autor de este ya clásico texto es Tomás Moro, activo político inglés de tiempos de Enrique VIII. Moro ocupó cargos públicos y estuvo al tanto de los pormenores de la vida de su lugar. Incluso falleció atrapado

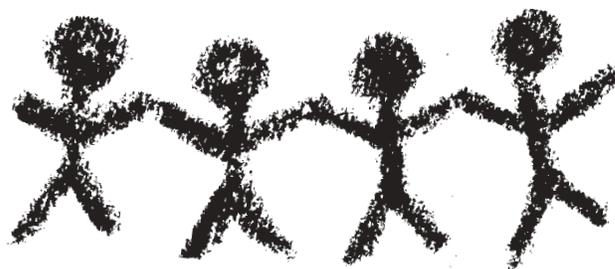
en el ojo del huracán político, cuando nació la iglesia anglicana y las facciones de la corte se polarizaron sobremanera, llevando a la pena de muerte a más de uno.

Siempre me ha llamado la atención que fuera un militante, un político por demás metido en la corte (y seguramente en sus intrigas) quien hubiera escrito *Utopía*. Y también me ha llamado la atención que una historia tan fantástica haya sido no sólo objeto de deleite estético, como un buen cuento o novela, sino que también ha servido como fuente de inspiración para muchas y muchos inconformes que han intentado hacer cambios en su aquí y su ahora, en diversas épocas y lugares.

UNA EXPERIENCIA FUNDAMENTAL: SOMOS SOLIDARIDAD

Creo que lo que pasa es que Tomás Moro reconoce en *Utopía* que el dinamismo de ser humano es capaz de producir algo más que guerras sin sentido, cinturones de miseria, fundamentalismos e intolerancia.

La forma de ser a la que llamamos “humano” puede generar la oportunidad de que cada persona salga de su más profunda indigencia e



insatisfacción (no estar satisfecho, es decir, suficientemente hecho) para que sea lo que puede ser: mujer u hombre en el mundo, con los demás y abierto a algo que va más allá de que inmediatamente se acaba.

Tomás Moro reconoce que ser persona es irlo siendo en solidaridad. Para captar esto hay que partir del hecho de que cada persona nace con el imperioso llamado a ser alguien—porque de alguna forma no lo es del todo—, lo cual supone resolver necesidades de toda índole, como el alimento, el vestido y la posibilidad de entender el mundo para que la realidad no nos cargue, y muchas otras.

También partimos de que los seres humanos son mucho más que sus necesidades elementales y que deben por lo mismo, poder dar rienda suelta a la sobreabundancia que les viene de ser afectivos, críticos, libres, creativos y abiertos a lo ilimitado.

La solidaridad es la *forma de ser* de quienes están llamados a ser más, pero que no pueden serlo solos, sino por los demás, con los demás y para los demás. No se tiene solidaridad, *se es solidaridad*.

Cuando el panorama es especialmente oscuro por el contexto político, económico o los problemas personales, mirar esta forma de ser—ser solidario—ayuda a reconocer en lo que no existe del todo—como la isla de Utopía—lo que el corazón sabe que puede existir, porque de hecho lo encuentra en detalles que a menudo se escapan: un mundo más acorde a la dignidad de ser humanos.

Somos solidarios porque somos capaces de reconocer en el otro, especialmente en quien tiene menos oportunidades, una llamada que nos compromete a inventar y re-inventar la forma en que nos relacionamos con nosotros mismos, con los demás, con el mundo y con lo que nos trasciende. Inventar y reinventar salidas para nuestra necesidad y nuestra sobreabundancia, como queriendo acercarse a Utopía, un lugar más humano. Ejemplos de esto hay mil en la historia.

Sólo siendo en solidaridad es posible soñar con una vida plena y hacerse cargo de lo que se necesite para caminar hacia ella.

SOLIDARIDAD NO SON BUENOS DESEOS
¿Por qué Utopía tenía que ser una isla con toda una organización social y política y no sólo un club, como el club de Tobi? Creo que porque la solidaridad estaría condenada al sentimentalismo si no se concretara en la política, que consiste en crear las estructuras para asegurar que los fines de la sociedad sean también nuestros fines.

En efecto, *ser solidario es imposible sin ser político*, sin ser participante en la creación de nuestros lugares y nuestro tiempo. No se puede ser persona sin tener “razones para obedecer y razones para rebelarse”; sin saber que la persona es el límite para toda acción de unos sobre otros (tal vez sería mejor: con-otros), y también su punto de partida y de llegada, y actuar en consecuencia.

La solidaridad sale del terreno de los buenos deseos cuando se concreta en estructuras que hacen viable que el esfuerzo de las mujeres y los hombres sea más o menos permanente y que por ello puedan ser regaladas a las próximas generaciones. Éstas tendrán la tarea de recrearlas, para que en su tiempo y lugar sean todo lo humano que pueden ser... Es tarea política crear estructuras, como las instituciones y las leyes, con las que interactuamos en sociedad.

Crear estructuras comienza en casa, en el vecindario, en la asociación de padres de familia... Por citar algunos ejemplos, inicia con la consecución de un sistema eficiente de recolección de basura; en la organización del ahorro solidario; en la creación de formas de relación familiar que recuperen la intimidad en medio de la vorágine de la vida urbana.

Y ser solidario también sale del terreno de los buenos deseos cuando se convierte en una invitación a la rebeldía, porque las mujeres y los hombres han caído en la cuenta de que sus estructuras ya no responden al imperativo de vivir

con la dignidad de ser personas, o cuando las acciones de unos apabullan a los otros, como en las guerras de alta o baja intensidad, que son un sinsentido.

Así, la solidaridad también es la creación de una forma de organización que lleve a las personas a un estadio de evolución mayor al de la imposición del más fuerte, atendiendo sobre todo a que las mayorías pongan las posibilidades al servicio de las minorías, cualquiera que sea su índole. Y todo ello con una dosis de futuro, pero fundamentalmente, con una buena carga de presente.

Miradas así las cosas, la participación política es una condición de ser solidarios y ésta es nuestra forma de ser con los demás, por los demás y para ellos, abiertos continuamente a las posibilidades de vivir más humanamente. La insolidaridad y la falta de participación nos hipotecan, y quién sabe si valga la pena.

CADA DÍA ES TIEMPO PARA LA SOLIDARIDAD Y LA POLÍTICA

Ha pasado el periodo electoral federal. Creo que es oportuno recordar que hoy es también tiempo de sabernos invitados a retomar nuestro ser-en-solidaridad, concretando políticamente en estructuras la justicia necesaria para asegurar las posibilidades de ser humano y de rebeldía para con lo in-humano.

En lo federal hay toda una agenda política pendiente, que incluye temas para todos los gustos: indigenismo, migración, salario mínimo con mayor justicia, integración de personas con discapacidad a las oportunidades que tienen los demás, desarrollo con sustentabilidad... En el terreno de lo local tenemos como deuda pendiente lo relativo al agua, la basura, la urbanización, etcétera. En casa tenemos los asuntos vecinales, los asuntos familiares.

Hay mil y un frentes en los cuales participar. Cada momento es una invitación para tomar en nuestras manos el hecho de que la solidaridad se haga política: porque en ello nos va la vida. 🇲🇽

didac
 didac
 Volumen 23, Número 1, A. T. Primavera 2005
 Organizado por la Universidad Iberoamericana, A.C. Publicación Trimestral
 Año 23

Comunicación educativa

Universidad Iberoamericana, A.C.
Dirección de Formación Valoral

Prolongación Paseo de la Reforma 880
 Lomas de Santa Fe, Deleg. Álvaro Obregón
 México, D.F., C.P. 01210
 Tels: 52-67-40-00 Fax: 52-67-43-31 (exts. 4919 o 7600)

La creatividad en la ruptura de paradigmas

Ana María Urdapilleta Meza

ANA MARÍA URDAPILLET A MEZA
Egresada del Colegio de Pedagogía de la UNAM. Candidata a maestra en Psicopedagogía. Profesora en el Departamento de Humanidades y el área de Integración de la UIA Torreón.

El objetivo de esta colaboración es compartir algunas reflexiones sobre la importancia de la creatividad como una de las competencias del profesorado, tanto para reconocerla y facilitar su desarrollo, como para aplicarla en su trabajo profesional.

La problemática que abordaremos se ciernen en torno a los sistemas educativos y la intrincada complejidad de la dimensión creadora que hacen muy difícil llegar a una sistematización coherente de ambos elementos, ya que el sistema educativo es cerrado, está constituido y ordenado, busca transmitir conocimientos claros, simples y ciertos. Estos rasgos son convergentes, opuestos al proceder divergente que requiere el desarrollo creativo.

Se han hecho estudios que afirman que la pérdida de la capacidad creadora en los adultos se debe a la educación, que las grandes diferencias que se observan en la actividad creadora se deben más a las frustraciones, que impiden un desarrollo normal de la creatividad, que a limitaciones personales; que los efectos de la culturización hacen que se pierda o se inhiba.

Recordemos dos características esenciales de nuestro sistema educativo: la educación deberá ser gratuita y obligatoria, y también deberá ser integral. Debe ser obligatoria, pero no direc-

tiva, la creatividad se evidenciaría en la manera de impartirla, de utilizar los métodos y de descubrir el conocimiento creativamente.

El artículo primero de la Ley de Educación establece que los fines de ésta, en todos sus niveles y modalidades, deben ser: el desarrollo armónico de la personalidad y la preparación para el ejercicio profesional responsable y libre, que permitan el avance social, cultural, científico y económico del país.

Analicemos el contexto: en nuestro país, la educación, de ser un privilegio de unos cuantos, ha pasado a ser uno de los derechos humanos; actualmente la humanidad está atrapada por la tecnología, la deshumanización, la globalización, el libre mercado, el terrorismo... sólo mediante la educación creativa podremos enfrentar los cambios, encontrar las respuestas... la sociedad necesita nuevas respuestas, respuestas creativas, creatividad.

Poco a poco la gente va dándose cuenta de que la fuerza principal de una nación no reside en sus reservas de carbón, hierro o uranio, sino en la capacidad de su juventud para la originalidad creadora. Sabemos que un pueblo sin creatividad está condenado a la esclavitud. Se considera como un signo de los tiempos que vaya creciendo la conciencia social sobre la creatividad.

El papel de ésta en el proceso de socialización es fundamental para canalizar el poder destructivo de la violencia hacia la vitalidad.

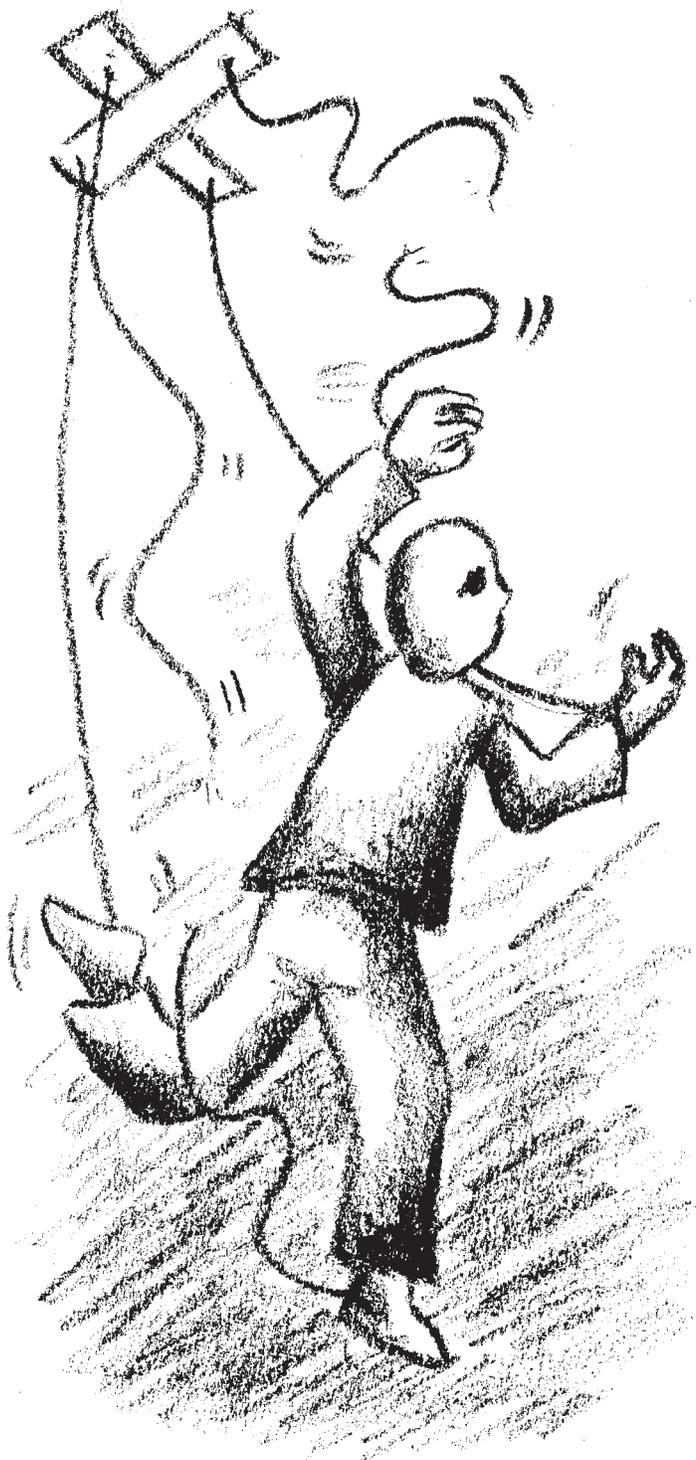
El potencial creador de las personas es semejante al de su inteligencia, susceptible de ser desarrollado. La herencia y la educación son los factores responsables de su manifestación.

Como educadores, reflexionemos acerca de la responsabilidad que nos toca como extintores de la creatividad... ¿Cómo lograr el desarrollo de la creatividad en la escuela? ¿cómo podemos desarrollar una potencialidad que desconocemos o que no ejercemos? Lo primero que se me ocurre es establecer lo que se pudiera entender por una educación creativa. Según J.P. Guilford, la educación creativa está dirigida a formar una persona dotada de iniciativa, plena de recursos y confianza, lista para enfrentar problemas personales, interpersonales y de toda índole, y junto con los fines de la educación que establece el mencionado artículo primero de nuestra Ley de Educación, cabe preguntarse: ¿éste es el tipo de persona que egresa de nuestras universidades?

Para educar en la creatividad no perdamos de vista que los fines de la educación se están transformando hacia el desarrollo de esta potencialidad como motor de las nuevas tecnologías, de las nuevas disciplinas, de las nuevas ciencias (Creática, Biónica, Mecatrónica, etc.) La creatividad hoy se ve como la fuente de energía más poderosa que la humanidad haya imaginado. Esto significa que la riqueza de un país estará en la utilización del potencial creativo de las personas. El nuevo enfoque de la instrucción está en enseñar a utilizar la información creativamente, pero conociendo primero en qué consiste la creatividad, ser creativo y actuar creativamente.

¿QUÉ ES LA CREATIVIDAD?

Es la capacidad y actitud para generar ideas nuevas y comunicarlas; para proponer algo nuevo, ya sea un producto, una técnica o un modo de enfocar la realidad. La creatividad se origina en un conflicto inconsciente... no tiene limitantes. Quizá por eso encontraremos tantas definiciones como estudiosos acerca de la misma.



Creo que cada quien podría tener una definición diferente pero complementaria. Para entenderla tendremos que bosquejar en qué consiste.

El comportamiento creativo está compuesto por factores actitudinales (fluidez, flexibilidad, originalidad, elaboración e inventiva) y aptitudinales (sensibilidad a los problemas, tolerancia, independencia y libertad, y curiosidad). Se han explorado algunos modelos metodológicos que nos posibilitan un mayor desarrollo de estos factores:

Via analógica, que es el proceso fundamental del conocimiento. Cuando nos acercamos por primera vez a un objeto o concepto, recurrimos a otro más conocido, de esta forma lo desconocido llega a sernos familiar a través de lo conocido.

Via antitética, si la vía analógica buscaba relaciones de acercamiento entre ideas y cosas, el método antitético se apoya en la libertad mental, el rechazo de supuestos en el replanteamiento; esta vía es demoleadora, pero a la vez resurgente.

Via aleatoria, la analogía aproximada, la antítesis aleja, la combinatoria cruza o superpone. La tendencia es asociar, combinar, sin embargo las asociaciones no nos vienen dadas, sino que hay que provocarlas. En el mundo pedagógico lo podemos lograr ejercitando problemas de semejanzas y diferencias, metáforas y analogías, relatos y narraciones, dramatizaciones, movimientos coordinados, etc.

BLOQUEOS Y OBSTÁCULOS DE LA CREATIVIDAD

Pueden ser de tres tipos: perceptivos y mentales, emocionales o psicológicos y socioculturales.

Del primer grupo son la dificultad para aislar problemas, esto ocurre cuando nos obsesionamos con un aspecto parcial del problema, lo cual nos impide ver el conjunto; el bloqueo por limitación al problema, cuando no podemos plantear el problema de diferente manera o cambiarlo de contexto; la dificultad para percibir relaciones remotas, que es la capacidad para formar o transferir conceptos y dar por bueno lo obvio que sucede cuando nos conformamos con las respuestas que nos dan sin investigar su veracidad.

Del segundo grupo, emocionales o psicológicos, son la inseguridad, el temor a equivocarse o al ridículo; aferrarse a las primeras ideas recibidas, porque no tenemos otros referentes; alteraciones emocionales y desconfianza de los inferiores, cuando las angustias y preocupaciones gastan mucha energía que se podría ocupar en la expresión creativa.

Al tercer grupo de bloqueos pertenecen los socioculturales, y el primero es el condicionamiento de pautas de conducta, la sociedad sobrevalora el razonamiento lógico, los test de inteligencia como parámetro de éxito tanto académico como profesional, pero a medida que se desarrolla el razonamiento, disminuye la imaginación. Mientras la sociedad no incluya a la creatividad en su jerarquía de valores, ésta seguirá bloqueada; los educadores podemos darle valor a las potencialidades divergentes sin restárselo a la inteligencia. El segundo bloque sociocultural es la sobrevaloración de la competencia y la cooperación, pues se pierden de vista nuestros objetivos para enfrentarnos y asumir otros, además de modificar o adecuar nuestras ideas creativas a las exigencias de otros.

La motivación de la creatividad en el mundo pedagógico se logra mediante la realización en el juego, generando una atmósfera de confianza en el salón de clase, a través de planteamientos divergentes, de actividades perfectivas, de la utilización de técnicas creativas, de relegar el juicio crítico y destacar mayormente los puntos buenos de las tareas y proyectos que se estén construyendo. Son creativas las preguntas incitantes e indagadoras, los hábitos de búsqueda y experimentación, la expresión en la escritura y en la lectura, en la forma de enfocar las ciencias y la historia, en los problemas de matemáticas, etc. Son creativas las personas que respetan la disparidad en el pensar y actuar de otros, que son tolerantes y saben dirigir su energía.

Hasta aquí hemos recorrido algunos puntos básicos en que debiera fundamentarse una educación en la creatividad; de ninguna manera este recorrido ha sido exhaustivo, sin embargo,

si no partimos de los componentes y factores creativos, no podremos entender su desarrollo.

Una alternativa para la ruptura de los viejos esquemas es la creatividad, pero no sólo en su aplicación lúdica, sino también mediante el conocimiento profundo del proceso a través del análisis y la reflexión, la investigación y el estudio de la teoría que la describe. El paradigma

educativo del futuro plantea tres cambios fundamentales:

- ♦ Reconocer que el proceso educativo puede desarrollarse en diferentes lugares, formales e informales.
- ♦ Distinguir que el alumno es el actor central en las nuevas modalidades educativas.
- ♦ Conservar el aprendizaje como proceso a lo largo de toda la vida. ●

*Ponencia presentada en el Miércoles de Integración Comunitaria de la UIA Torreón, el 3 de septiembre del 2003.



Entre san Francisco de Asís y el Turco Ajedrecista

Ricardo Coronado Velasco

RICARDO CORONADO VELASCO
Maestro en Ingeniería, maestro en Letras Modernas y candidato a doctor en Historia. Director del Departamento de Ciencias Físico Matemáticas de la UTA Torreón. Ha publicado, entre otros, *Nocturnancia*, *Por las que van de arena*, *Los refugios de la memoria* y *Epistolario de un sueño*.

Cuando me encuentro con la palabra “autómata” mi imaginación evoca invariablemente a Francisco de Asís. No se trata de un malogrado fervor pío; tampoco de acciones turbias e inconfesables que hallen silenciosa complicidad en el virtuoso descalzo; mucho menos de alguno de esos eventos prodigiosos con los que el místico italiano suele sorprender a sus fieles. No. Mi experiencia es más mundana, más vulgar, más cotidiana.

Yo rayaba probablemente en los once, cuando visité con mis padres el Convento de Guadalupe en Zacatecas, convertido ya entonces en museo. Allí nos guió don Primitivo, un carcamal de ojillos negros y redondos, como los de un cuervo; un hombrecito diminuto que declaraba ochenta y dos años, pero aseguraba que la gente lo tomaba por un jovencuelo de setenta. Con voz trémula como de fonógrafo, nos conducía a través de los vetustos pasillos del antiguo edificio, adornados con lienzos del siglo XVIII. Las escaleras, gastadísimas, sostenían en sus paredes los llamativos murales de Miguel Cabrera y de Ríos Arnáez. Nos quedamos absortos ante el más bello, *San Cristóbal de la Nueva España*, factura de Nicolás Rodríguez Juárez. Y acaso lo que más me impresionó fue el retrato que representaba a una niña vestida a la usanza del siglo XVII. “De la época de Sor Juana Inés de la Cruz”, nos dijo nuestro añoso cicerone. Sentí inquietud ante la interminable serie de los cuadros de la

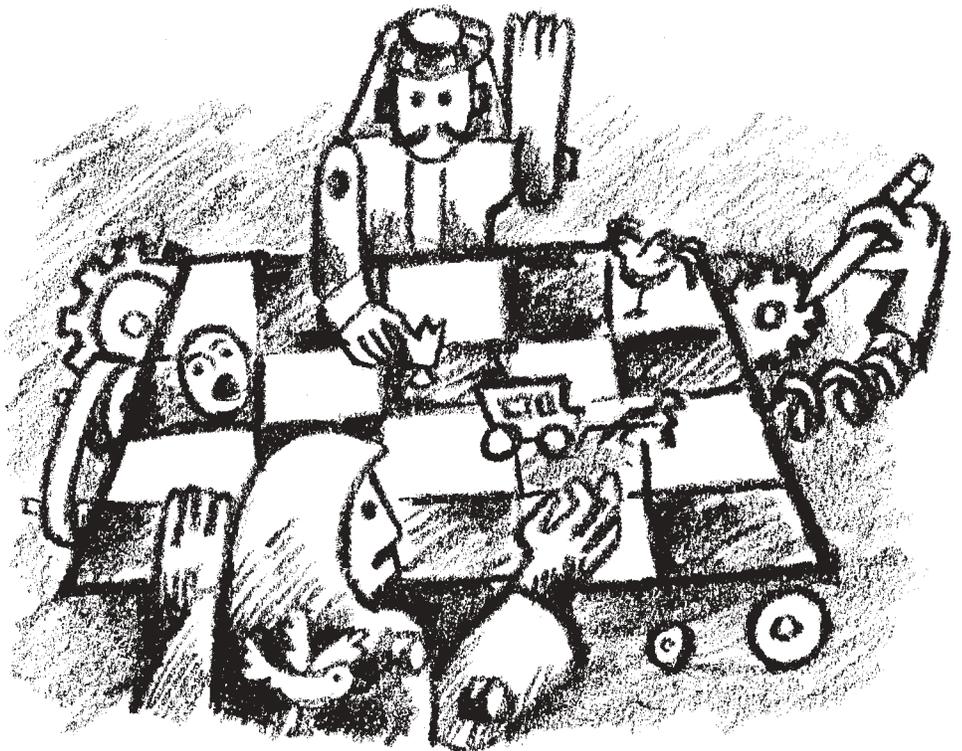
Pasión, desde el beso traidor hasta el descendimiento de la cruz.

Cuando llegamos al Coro, nos admiró la maravillosa acústica de su bóveda parabólica: don Primitivo me ordenó colocarme en una de las esquinas y me cimbré al escuchar su voz temblorosa tan cercana, como si estuviera a mi lado, y no obstante él susurraba desde la esquina opuesta. Luego pasamos al Oratorio. Un lúgubre salón con una hilera de asientos de madera de fino labrado, alrededor de las cuatro paredes. Al centro de una de ellas, como presidiendo una reunión de ausentes, estaba sentado san Francisco de Asís. Una bella figura en madera, de tamaño natural, con sus brazos posados dócilmente en los descansabrazos. Me acerqué curioso, fascinado por la perfección de las líneas de su cara, y no pude vencer la tentación de tocarlo: apenas sentí lo áspero de su sotana y repentinamente el santo se paró, alzó su mano con firmeza y me empujó. Saltar, gritar y caer, tres acciones que realicé en una. Tirado, con los ojos desorbitados, vi cómo el venerable erguido movía su cabeza ya a la izquierda, ya a la derecha, al tiempo que persignaba el aire con la misma mano con la que me había arrojado. A punto de soltar el llanto, escuché una risita delgada y tembleque. Era don Primitivo. Sin dejar de reír me ayudó a incorporarme. Después me explicaría en dónde se accionaba al muñeco y cómo se divertía asustando a los turistas despre-

venidos. “Algunas santurronas hasta se hacen de las aguas, de puro susto”, me dijo burlescamente. Humillado, me limité a fingir que había disfrutado la broma, y a pedir en mi interior al santo que tal ignominia pasara desapercibida a mis padres. Ese fue mi primer encuentro con los autómatas.

Desde muy antiguo, los autómatas han ejercido una poderosa fascinación en el hombre. Aunque su época de oro comienza en el siglo XVIII, los precursores pertenecen a épocas antediluvianas. A nuestros días han llegado relatos desde los chinos, los romanos, los árabes. Se dice que utilizaban ciertos mecanismos en forma de juguete, herramienta de trabajo o utensilio doméstico. También nos llegan noticias sobre un sirviente de hierro que perteneció a Alberto Magno, o una cabeza parlante, propiedad de Roger Bacon. La tradición asegura que el más antiguo autómata que se conserva en la actualidad es el Gallo de Estrasburgo, que formaba parte del reloj de la famosa catedral del mismo nombre, y al dar las horas movía el pico y las alas. Funcionó durante cuatro siglos, hasta 1789.

Un caso interesante es el de Salomón de Camus, artesano de la corte de Francia y fabricante de fuentes ornamentales y jardines placenteros, pájaros cantarines e imitaciones de los efectos de la naturaleza, construyó una carroza para el niño que después se convertiría en Luis XIV. Consistía de una mesa cuadrada de cuatro pies de lado, colocada en la habitación destinada a tal longitud. En ella había una carroza hecha en madera, y tirada por dos caballos del mismo material. Bajando la ventanilla se veía una dama en el asiento posterior. En el pescante, un cochero sujetaba las riendas y detrás, un lacayo y un paje, ambos de pie, como se estilaba. Camus apretaba un resorte e inmediatamente el cochero hacía restallar su fusta; los corceles avanzaban de modo natural a lo largo del borde de la mesa, arrastrando el carruaje. Iban en este sentido lo más lejos posible, giraban bruscamente a la izquierda y el vehículo seguía su camino en ángulo recto, siempre a lo largo del borde de la mesa, prosiguiendo de esta manera hasta llegar frente al sillón donde se sentaba el principito. Entonces se paraban, bajaba



el paje, abría la portezuela, la dama se apeaba y presentaba una petición a su señor; después volvía a subir. El paje alzaba el estribo, cerraba la puerta y tomaba su sitio, después el cochero fustigaba los caballos y la carroza volvía a su primitiva posición.

Ni qué decir de la familia Maillardet, que vivió a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Construyeron un muñeco con la forma de un niño arrodillado, con un lápiz en su mano: escribía en inglés y francés, y dibujaba paisajes. Además de un famoso Mago, cuya habilidad consistía en responder las preguntas que el espectador le planteaba.

El Pato de Vaucanson era todavía más curioso. Se trata de uno de estos animales, hecho de cobre, que bebía, comía, graznaba, chapoteaba en el agua y digería su comida como uno real. En la estructura anatómica el artista desplegó la mayor de las habilidades: cada hueso del pato real tenía su correspondiente en el autómata, y las alas eran anatómicamente exactas. Cada cavidad, apófisis o curvatura estaba imitada rigurosamente, y cada hueso efectuaba su movimiento propio. Cuando se echaba trigo ante él, el ave alargaba el cuello para picotearlo y tragarlo.

Pero sin duda, la historia más provocativa es la del barón von Kempelen y su Turco Ajedrecista. Era una máquina que jugaba ajedrez con la destreza de un campeón. El dispositivo tenía la apariencia de un turco y la estatura de una persona normal. El muñeco aparecía sentado ante una gran caja que sostenía un tablero de ajedrez. En el interior de ella se encontraban una serie de finos engranajes, resortes complicados y un cajón con las correspondientes piezas de ajedrez. El maniquí jugaba y ganaba las partidas más complicadas y difíciles que se le presentaban. Von Kempelen asombró a los exigentes públicos de varias cortes europeas. Pero siempre hubo cierta reserva sobre la autenticidad del autómata. Todavía, hoy en día, se despliegan argumentos ya en pro, ya en contra del artefacto. Los detractores afirman con tesis de mucho peso cómo por medio de un ingenioso procedimiento un tipo se metía dentro de la caja en el momento indicado para accionar desde adentro

al monigote. Incluso se barajan nombres de notables ajedrecistas que probablemente compartieron con el barón las pingües ganancias producto de numerosas giras por varios países de Europa, durante casi veinte años.

En 1804, von Kempelen enfermó y murió. Uno de sus hijos heredó el autómata y se lo vendió por unos pesos a un tipo llamado Leonard Nepomuk Maelzel, músico mediocre, lamentable inventor y timador profesional, quien se dispuso a sacar el mejor provecho del artefacto. Se dice que entre los varios ajedrecistas que contrató este bribón, estuvo el célebre y gordo Schlumberger, en 1827, para la gira a América. La primera exhibición fue en Baltimore. Después de la función, Maelzel trasladó al Turco a un sitio discreto para que Schlumberger pudiera salir de la caja, pero con tanta mala suerte, que su rollo socio se quedó atrapado adentro del mecanismo y en un ataque de claustrofobia, empezó a gritar escandalosamente. Armó tal batahola que llamó la atención de los vecinos y se descubrió el secreto. Maelzel, su socio gordinflón y el pobre Turco fueron apedreados.

Viajaron de allí a La Habana y tuvieron algún éxito. Pero el rechoncho ajedrecista contrajo la fiebre amarilla y murió. Deprimido y sin dinero, Maelzel se embarcó hacia Filadelfia y durante el viaje fue encontrado en su camarote, muerto de congestión alcohólica.

El Turco fue vendido por 400 dólares a un tal Winston Pil, quien lo dejó en el Museo Chino de Filadelfia. En 1857 un incendio destruyó el museo y del Turco no quedó más que la leyenda.

En fin, entre san Francisco de Asís y el Turco Ajedrecista hay toda una serie de autómatas encantadores. ¿Cuál el más? Que el lector elija. A mí me gusta imaginar un san Francisco de Asís jugando ajedrez con el Turco. ♣

Stanley Cavell: el cine dentro de la universidad

Andrea Luquín Calvo

“Cuando hace unos años me preguntaron cómo siendo filósofo me había interesado por el cine, respondí más o menos que, teniendo en cuenta mi experiencia, lo pertinente habría sido preguntar cómo un joven músico frustrado había llegado a darse cuenta de que sus intereses eran filosóficos, un joven que había recibido su educación (en narrativa, en poesía, en canciones, en baile) yendo al cine y no leyendo”.

Un tono de filosofía: ejercicios autobiográficos, STANLEY CAVELL

El cine nos ha formado a todos. No podemos negarle el valor que posee en abrir nuevas perspectivas, en fascinarnos. ¿Por qué extrañarse entonces si una película, si el propio cine es objeto de investigación dentro de los centros académicos? Ya Merleau-Ponty había considerado que la filosofía está en armonía con el cine: el filósofo y el director de cine comparten cierta manera de ser que los hace muy similares, no sólo por las temáticas de las películas, sino por el verdadero valor del cine: compañero en la búsqueda del sentido de la existencia humana, en la apertura al mundo, a los otros, a su diversidad.

Esta es la misma visión que comparte el filósofo norteamericano Stanley Cavell, para quien rescatar al cine del olvido académico en que se encuentra es punto central de su propuesta. La pregunta que rodea la mente del filósofo norteamericano, sin duda ha sido formulada en más de una ocasión por aquellos que ven en el cine algo más que mero entretenimiento: ¿por qué la filosofía, el mundo académico, no se ha interesado seriamente por el cine? Quizás la respuesta sea, nos dice Cavell, que la filosofía se separa del mundo ordinario en que vivimos. Se ha encerrado en negar a un sujeto que no es capturable, que va más allá de ser un sujeto epistemológico

del *yo pienso* cartesiano, atrapado en un mundo de verdades absolutas. Un sujeto que en realidad es presa de deseos, que es libre para habitar el mundo ordinario con sus azares y contingencias.

Despreciando a este hombre ordinario, se ha despreciado al cine, que transita especialmente por el mundo y el lenguaje ordinario, negándole cualquier capacidad de formación de pensamiento (¿Por qué despreciamos —menciona Cavell— en el cine de Hollywood cualquier capacidad de hablarnos de nosotros mismos?) Pero es ahí, exactamente en esos 24 cuadros por segundo, en donde lo ordinario revela la preocupación humana, el mundo que hemos negado en años de pensamiento filosófico: aquel que es incapaz de darnos certezas, aquel que no es reducible a un mero conjunto de categorías. Cavell retoma las palabras de Emerson y las aplica al cine: “No busco lo grande, lo remoto, lo romántico... abrazo lo común, lo exploro y me siento a los pies de lo familiar, lo sencillo” (Cavell, 2002:24).

Precisamente para Edgar Morin de la admiración suscitada por el invento de los Lumiere nació la visión del mundo cotidiano: la llegada de un tren, las vistas de una calle de París. El cine nació cuando el carácter unilateral de la ciencia se manifestó tomando al mundo como

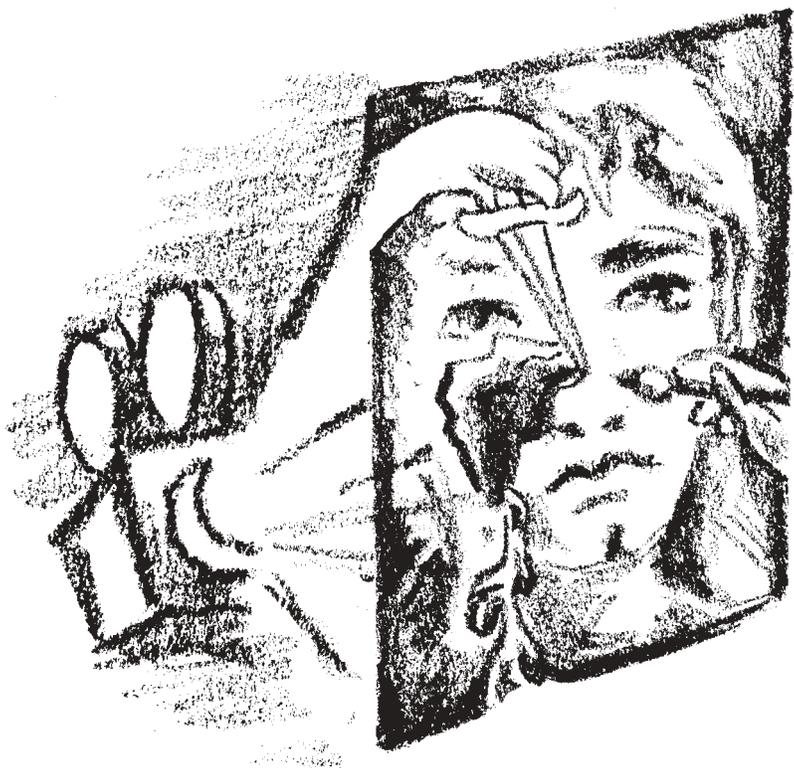
ANDREA LUQUÍN CALVO

Licenciada en Comunicación por la UVA Torreón. Ha sido profesora de asignatura en el área de Filosofía y Cine en la misma Universidad y también ha participado en la realización de diversos proyectos de investigación social. Obtuvo la medalla *Nazario Ortiz Garza* del estado de Coahuila al mérito académico. Actualmente se encuentra estudiando el doctorado en Arte y Filosofía en la Universidad de Valencia en España. Este año ha obtenido la beca de investigación *Manuel Castillo* otorgada por el Patronato Sud Nord de la Universidad de Valencia para la realización de un ensayo sobre la obra de la pintora española exiliada en México Remedios Varo.

un simple objeto de exploración técnica y matemática, en pleno auge positivista, excluyendo de su horizonte el mundo concreto de la vida (*die Lebenswelt* en palabras de Husserl). La aspiración de la obra de Cavell es así, en última instancia, la de permitir a la filosofía liberarse de la represión de su propia identidad, que ella vuelva a la vida tal como el cine logra abrazarla.

Este intento de reducir el mundo a verdades inmutables, dejando de lado lo contingente, es lo que Cavell nombra a lo largo de su obra como la larga tradición de la filosofía occidental por refutar el *escepticismo*, aquel que pone en duda la posibilidad de conocer eso que llamamos verdad. Para el filósofo norteamericano la historia de la filosofía, y en especial la moderna, puede leerse en estos términos: el escepticismo crea la posibilidad de que la verdad no sea posible, que podamos llegar a conocerla, por lo tanto, el escepticismo se convierte para la filosofía no sólo una cuestión epistemológica que podría ser refutada teóricamente, sino en una amenaza permanente al pensamiento que hay que evitar, que hay que destruir.

La filosofía moderna comienza precisamente con este intento a través del método cartesiano. Descartes, padre de la filosofía moderna, en sus *Meditaciones*, realiza una serie de pasos para evitar la duda y producir conocimientos ciertos e irrefutables con el fin de eliminar la sombra del escepticismo que le acecha, ya sea como genio maligno que lo acorrala o como ensoñación. Si estos argumentos cartesianos fueran ciertos mostrarían la imposibilidad de establecer un vínculo causal entre nuestras ideas y el mundo. De esta manera, o renunciamos a cualquier pretensión de fundamento para el conocimiento y más que responder al escepticismo lo evitamos, o continuamos en la búsqueda desesperada de razones, que en última instancia permitan garantizar el conocimiento humano. Para salir de su duda, Descartes nos regala un método que supone esa garantía, esa certeza de verdad. Cómodamente sentado en su sillón, creará un mundo que no es más que *mecanismo geométrico*;



mirará por su ventana buscado *otro* yo, no un *tú* diferente, la diversidad, lo no controlable. Pero el mundo es algo más que objeto epistemológico, algo más que sujeto de categorías: “El mundo, el mundo humano ordinario, está formado principal y originariamente por nosotros, los otros, el yo... esos otros, simplemente no son, ni pueden ser reducidos a objetos” (Ribes, 2000: 156–157). Los otros, yo mismo, el mundo, son algo más que categorías medibles, conceptos. Limitar a los otros y al mundo a ellos es negar una parte importante de nosotros. Somos libertad. Negando una dimensión más allá de las categorías, nos negamos a nosotros.

De ahí que para Cavell el escepticismo constituya un problema que quizás puede ser superado, pero no refutado teóricamente: todo intento de abordarlo pone en evidencia que *vivimos en él*. La práctica filosófica de Cavell está dirigida por la intuición de que la filosofía no puede hacer nada si niega al escéptico. Su forma de afrontar el escepticismo no debe ser refutándolo, sino planteándose a dónde nos lleva. Así, el escepticismo no sólo estriba en que no se pueda tener un conocimiento del mundo exterior, sino que nuestra conexión con el mundo no es de conocimiento. Si se niega esta idea, se negará también el marco dentro del cual tiene sentido la acción humana. Por ello, la filosofía, en lugar de ocuparse de los fundamentos del conocimiento, es decir, del mundo exterior, ha de ocuparse del ser humano de lo ordinario. Pero entonces, “Nuestra relación con el mundo exterior y con los otros no constituye un problema epistemológico” (Ribes, 1999: 168). Deben existir otras vías de acceso al mundo, en donde la categoría no será dominar un mundo, sino habitarlo.

¿Qué tiene el estudio del cine para enseñarnos en cuanto al reconocimiento de los otros, en cuanto a habitar el mundo en lugar de dominarlo? Si consideramos al cinematógrafo no sólo como traslación—reproducción de la realidad—, sino como una nueva manera del hombre para estar en el mundo, una nueva manera de mirar lo que descubre, como enuncia Walter Benja-

· mín, nuevos aspectos insospechados (o negados)
· de las cosas, del mundo y de los otros, el cine se
· convierte en un grito: hay que lanzarse en con-
· tra de la esterilidad mental del pensamiento ra-
· cionalista que carece de sentido, de los límites
· impuestos, de los hombres tratados como obje-
· tos, limitados por categorías fundantes, porque
· la realidad construida por ésta sólo ha servido
· para poner de manifiesto la barbarie humana, el
· sinsentido. El cine no nace con una mirada
· ingenua: es la mirada de la crisis del ser humano
· que no encuentra un sentido para construir el
· mundo que habita, porque se ha negado a verse
· a sí mismo. El cine se revela contra su uso mecá-
· nico, convirtiéndose en uno de los medios que
· como pocos serán capaces de plasmar la crisis, el
· divorcio del hombre con sus estructuras y el ca-
· mino a una nueva reconciliación.

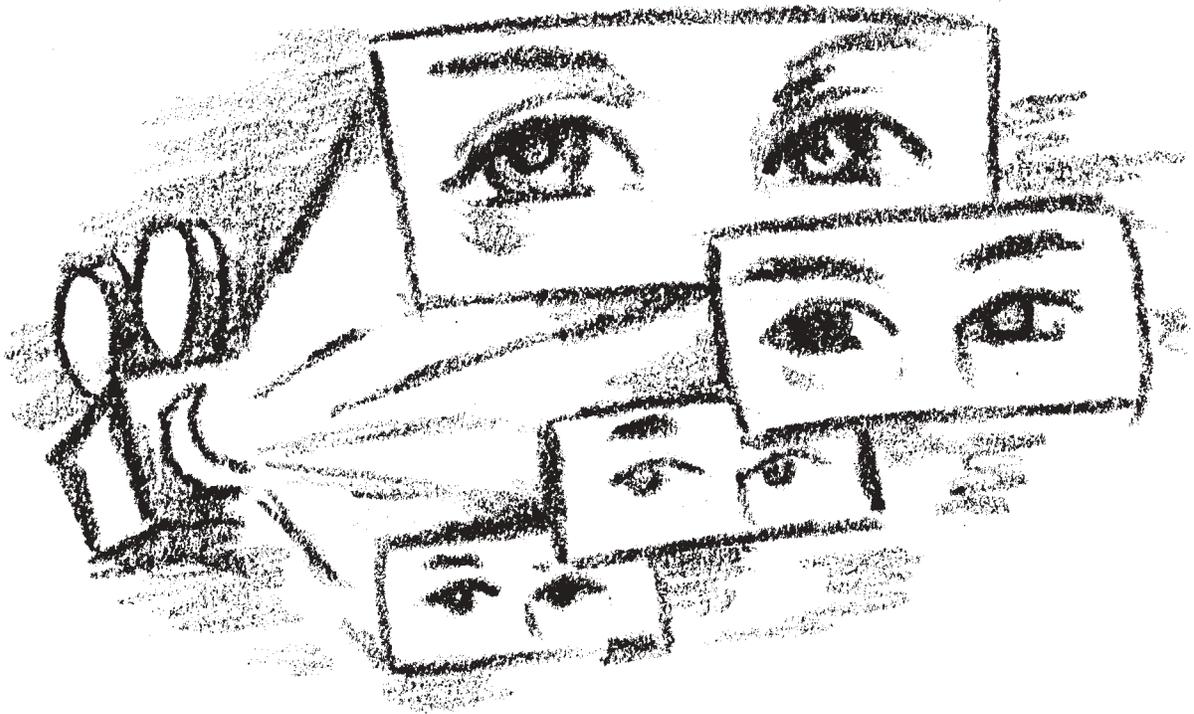
· Específicamente, el cine aparece ante
· Cavell como el mágico instrumento para satisfa-
· cer un deseo que pudimos incluso no haber re-
· conocido como propio: el deseo del mundo re-
· construido en su propia imagen, en la construc-
· ción del mundo, en su reconciliación con él,
· (Rothman, 2000). Y el hombre tiene necesidad
· de reconstruir su mundo después de la desilu-
· sión ocasionada por la caída del proyecto mo-
· derno, después de las dos confrontaciones mun-
· diales, en una crisis de sentido. Ante el mundo
· de la pantalla, el sueño de la modernidad y la
· realidad obtenida gracias a una Razón instru-
· mental y de dominio, se desvanece. En su mira-
· da al cine, Cavell se propone descubrir todas las
· formas en que aprendemos a negarnos, a huir
· de nuestra condición, reflejando la dimensión
· del deseo (en su lectura son innegables los cons-
· tantes puntos de encuentro con Lacan) y cómo
· en esa aceptación de lo que nos hemos negado
· a ver, está la posibilidad de un verdadero enten-
· dimiento con los otros, con el mundo, con no-
· sotros mismos.

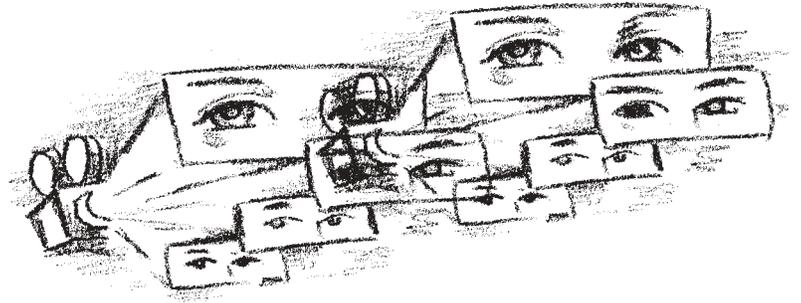
· La obsesión de la filosofía no sólo deja de
· cumplirse dentro del cine, sino que ya no es el
· único camino que lleva a una autorreflexión.
· Para Cavell el cine es un nuevo medio de pensa-

miento, una nueva forma de pensar. Tiene su propia voz. En el cine podemos encontrar géneros específicos, formas cinematográficas desarrolladas dentro de él como parte de su propia identidad. Esa es la voz que Cavell quiere escuchar en sus trabajos. Se trata de entender que ahí se está haciendo una nueva manera de habitar el mundo, no de dominarlo a través de categorías aplastantes que generan violencia en nombre de la verdad. La imagen refleja las múltiples maneras de habitar el mundo, al estilo de los *criterios* de Wittgeinstein: los criterios son versiones del mundo dependientes de las formas de vida, que no producen alguna certeza al poder ser negados, precisamente, porque son sólo construcciones humanas, dependientes del contexto en donde son llevados acabo: "Los criterios nos dicen cuál es la identidad de

los objetos, pero no pueden determinar, probar, con certeza, la existencia de tales objetos" (Ribes, 2000:167). (La lectura que Cavell hace de Wittgeinstein, como fundador de una nueva antropología, al considerar que con su noción de criterio no lucha más contra el escepticismo, constituye una de las lecturas a la historia de la filosofía que no debe dejarse de lado).

Como ningún otro medio, la cámara permite una constante reevaluación de nuestra experiencia de la realidad cotidiana. El cine es el medio más familiar y cercano de todos que nos permite ese paseo, esa visión de nuestros deseos, de nuestros temores, de todas nuestras construcciones humanas, demasiado humanas al estilo de Nietzsche, y por ello mismo, sólo criterios, formas de vida, miradas diferentes sobre el mundo. Sólo nos queda realizar, a través del cine, un





vínculo que Heidegger denomina *Verwindug*: revisión, convalecencia, distorsión, recuperación, una rememoración (*Andenken*). Mirar esas diferentes formas de vida, de ser humanas y por ello, no eternas, que retratan las contradicciones, la diversidad del hombre.

Así Cavell se pregunta sobre los papeles que las películas desempeñan en nuestras formas de vida. De ahí que sus libros dedicados a indagar y descubrir nuevos géneros cinematográficos *La búsqueda de la felicidad* (traducido al español) y *Contesting tears: the Hollywood melodrama of the unknown woman* sean ante todo un análisis personal. Para Cavell siempre hay que dejar que los propios filmes nos enseñen cómo verlos y cómo pensar sobre ellos, es una revisión permanente: “Una obra que a uno le interesa no es tanto algo que ha leído como algo de lo que es lector: el contacto con ella se

perpetúa como con cualquier amistad por la que se siente cariño” (Cavell, 1999: 23).

De ahí la necesidad del norteamericano por dignificar el papel del cine dentro del ámbito académico, como una voz que debería tener un mayor espacio dentro de las currículas universitarias del que comúnmente recibe: no sólo como ilustrador de corrientes filosóficas, sociológicas o éticas, como complemento de enlace teórico, o en el mejor de los casos, como revisión de su historia y su lenguaje: se trata del cine como una nueva forma de estructurar nuestro pensamiento, de estar en el mundo, de verlo, de habitarlo, de interpretarlo. Ahí, en esos 24 cuadros por segundo, está la clave de una mejor comprensión de lo que somos, sin más represiones, sin negarnos a nosotros mismos la posibilidad de abrirnos al mundo y a los otros. 🌐

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- CAVELL Stanley, *Un tono de filosofía: ejercicios autobiográficos*, Madrid: Machado Libros, Col. La balsa de la Medusa 19, 2002.
- _____, *En busca de lo ordinario: líneas del escepticismo y romanticismo*, Valencia: Cátedra Madrid, Universidad de Valencia, Col.Fronesis, 2002.
- _____, *La búsqueda de la Felicidad: la comedia de enredo matrimonial en Hollywood*, Barcelona: Ed. Paidós Col. Paidós Comunicación 104, 1999.
- RIBES Diego, *Lo humano entre áreas: arte, ciencia, tecnología, filosofía*, Valencia: Alfonso el Magnánimo, Col. Fundamentos, 2000.
- ROTHMAN William y KEANE Marian, *Readings Cavells The World Viewed: a philosophical perspective on film*, Detroit, Michigan: Wayne State University Press, 2000.

Psicología en positivo

Juan Manuel Torres Vega

JUAN MANUEL TORRES VEGA
Licenciado en Psicología por el
ISCYTAC (hoy ULSA Laguna). Académico del Departamento de Humanidades de la UA Torreón.

Vivimos momentos de oportunidad: para buscar nuevos horizontes en la economía, la educación y la familia. Estamos en la transición hacia un escenario que anhelamos y que puede convertirse en pesadilla: un México honesto y productivo, que ofrece una vida digna a sus habitantes. El mal sueño aparece cuando la realidad se muestra descaradamente oscura, paralizada por la contaminación, la corrupción y la violencia. La vida digna se concibe como la obtención de casa, vestido, trabajo, educación, salud, transporte, alimento, descanso, recreación y vacación para cada familia y persona. No se trata del derroche que termina en insulto ni de la miseria que lastima y mata. No se busca que la brecha entre pobreza y riqueza quede convertida en un abismo irremediable.

En esta situación se necesita el aporte concreto de las distintas áreas profesionales. Es un reto significativo para la psicología, marcada durante su primer siglo como ciencia independiente por centrar su labor en la parte patológica del ser humano y de la sociedad. Ha sido un tiempo de avances importantes en el diseño y aplicación de tratamientos para conseguir la cura del enfermo. Es momento para considerar una opción alternativa, olvidada, que hoy aparece como urgente y necesaria: una psicología de lo saludable; el desarrollo de la prevención como ámbito válido y redituable en términos de crecimiento integral de la sociedad y las personas. Es más barato prevenir que curar: lo sabemos desde la medicina, el

derecho y la ingeniería. Alimentación adecuada y ejercicio, apegarse a las buenas costumbres y diseñar conforme a la reglamentación vigente, son maneras concretas de evitar el cáncer, la corrupción y el colapso estructural.

Se trata de abordar con seriedad aquellos aspectos de la vida humana que se han quedado en la vida cotidiana, sin merecer la atención de lo científico y con el prejuicio de su ser experiencias subjetivas. Es una lista de ensueño en la que figuran: “la capacidad para el amor y la vocación, el coraje (para ser competente, crecer y ser mejor persona), la habilidad para las relaciones interpersonales (plenas y capaces de llevar a la realización), la sensibilidad estética, la perseverancia, el perdón, la creatividad, la espiritualidad, los propios talentos y la sabiduría”. Queremos sus frutos, aquellas actitudes que nos permitirán construir esa familia distinta, esa colonia humana, nuestro país tan valioso: “la responsabilidad, el altruismo, la civilidad, la moderación, la tolerancia, la ética y el apoyo mutuo”.

Necesitamos recoger los testimonios de vida de los buenos mexicanos, aprender de su lucha por ser grandes en medio de la vida cotidiana. Viven en nuestros barrios, caminan por nuestras calles, son modelo silencioso de autoridad (pues son autores), voz callada que anuncia y denuncia, mirada profunda que cuestiona y compromete, persona que disfruta, propone solución a los problemas y valora los buenos pasos sin importan quién los haya dado.

La Psicología no se limita a la salud y la enfermedad como conceptos clínicos importados del vocabulario médico. Va más allá para involucrarse con el mundo laboral, educativo y comunitario. Tiene que ver con la realización integral de la persona, con su posibilidad de ser feliz, de disfrutar su paso por la vida. Se trata de una felicidad real, con altas y bajas, esa que brota desde el conflicto y la negociación, el reto y la superación, de la crisis que, cual fiel acompañante, aparece en todos los países y en cada uno de nosotros.

¿Cómo prevenir la depresión, el abuso de sustancias y la esquizofrenia en nuestros jóvenes, especialmente en quienes viven expuestos diariamente a la tentación de ceder ante la desilusión, la puerta falsa y la frustración de no vislumbrar su futuro? ¿Cómo prevenir la expresión que atenta contra la propiedad del otro (con bardas “pintadas” en todas las ciudades), la violencia al interior de la familia y el matrimonio? ¿Cómo cultivar las cualidades mencionadas y al-

canzar los frutos señalados? ¿Cómo regalar a nuestros jóvenes la posibilidad real de ser felices en un país distinto sin que deje de ser el mismo en el que nacieron?

Se trata de amplificar nuestras fortalezas más que de reparar nuestras debilidades. Es momento de poner la mirada en lo positivo, de transformar nuestros noticieros tipo “nota roja” en espacios para promover las virtudes humanas que hoy no alcanzan ni una de las ocho columnas del diario. La inversión está justificada: se necesitan manos y mentes dispuestas a ingresar en esta tierra virgen, vidas con ganas de vivir el riesgo de investigar para construir la ruta.

Así, la psicología estará cubriendo su deuda: “fortalecer y hacer productivas a las personas normales, y actualizar los potenciales del ser humano”. El movimiento está avanzando, se llama “psicología positiva” y dice traer muy buenas nuevas. Que la congruencia sea su distintivo y que su promesa llegue a nuestras vidas. ●



Claves de forma y fondo para leer los cuentos de Ribeyro

Saúl Rosales

SAÚL ROSALES

Escritor, estudioso y promotor de la literatura en la Laguna. Fue profesor del Departamento de Humanidades de la UTA Torreón y asimismo, ha impartido cátedra en diferentes universidades de la región. Ha publicado los poemarios *Vestigios de Eros*, *Transparencia cotidiana*, *Floración del sueño* y *Esquilas domésticas*; y en prosa, los volúmenes de cuentos *Autorretrato con Rulfo*, *Vuelo imprevisto*, *Memoria del polvo* y los ensayos *Huellas de La Laguna*. También es director de la revista *Estepa del Nazas* y responsable de las ediciones de la colección MM, auspiciadas por el Municipio de Torreón 1999–2001. Desde 1999 es reconocido como Creador emérito por el gobierno coahuilense y recientemente fue nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Los goces de la literatura, las emociones que produce —y reproduce— la lectura engendraron el libro de Gerardo García Muñoz, *Julio Ramón Ribeyro: cinco claves de su cuentística** y esto viene a confirmar la vieja afirmación de que un libro es producto de otros libros. Lo confiesa García Muñoz con los tremores, todavía encendidos, del paseo por los escenarios y del contacto con los personajes de “la totalidad de los cuentos” de Ribeyro: “Fue la lectura emocionada de ese volumen de casi ochocientas páginas la que me estimuló a emprender este acercamiento crítico”, dice.

Gerardo García, entonces, con su intención crítica, se propone llevar al lector por los caminos ocultos, las significaciones de trasluz, las simbolizaciones vicarias dispuestos por el arte narrativo del escritor nacido en Lima, Perú, en 1929 y muerto el otoño de 1994. Pero no sólo ha de actuar como todo buen crítico, es decir, en el papel de cicerone, para guiar al lector por los tejidos de la ficción, sino que lo confrontará, como todo buen crítico, con los valores de la obra. Lo dice así el propio García Muñoz: “Con la meta de contribuir a una valoración más completa del autor limeño, resaltamos las técnicas literarias que dan fundamento a las narraciones: la animalización, la arquitectura simbólica de la realidad, la caracterización psicológica de los personajes y el diseño estructural de la intriga.”

Gerardo García Muñoz nació en Torreón en 1959. Entre su obra ensayística anterior tie-

ne los títulos *El almirante redivivo* y otros ensayos, *Las paráfrasis plásticas de Alberto Gironella* y *El sueño creador*. En su juventud convivió en el grupo literario Botella al Mar. Más tarde fue profesor de literatura en la Universidad Iberoamericana Torreón. Es maestro en artes por la Universidad Estatal de Nuevo Mexico, en Las Cruces. Actualmente estudia el doctorado en Letras en la Universidad Estatal de Arizona en Tempe, donde fecha su libro sobre Ribeyro.

Como resultado de esa vida académica y esa trayectoria ensayística, el nuevo libro de García Muñoz se ofrece al lector con una estructura precisa, de líneas claras y límites controlados anunciados por el autor en la introducción:

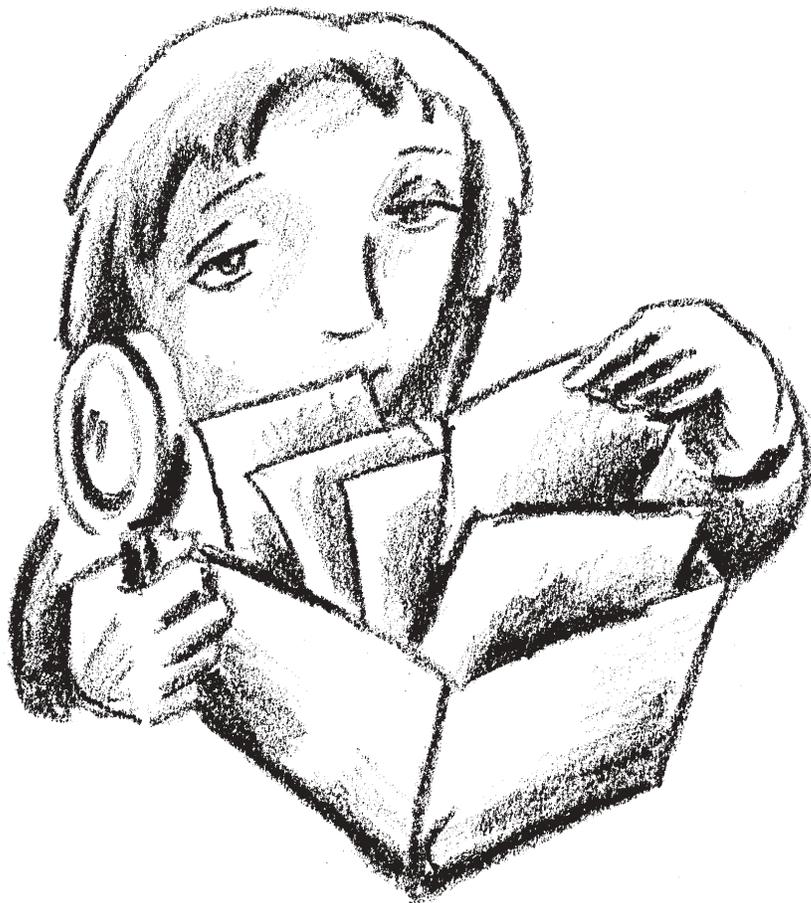
En cada uno de los apartados del ensayo ponderamos cinco distintos aspectos. El primero aborda el tema de la infancia que se enfrenta a la inhumana esfera de los adultos. El segundo capítulo señala uno de los asuntos recurrentes de Ribeyro: la imposibilidad de los protagonistas por escapar de un presente miserable y así eludir un futuro ominoso. En el tercero examinamos las figuras simbólicas y las estrategias narrativas presentes en una trilogía que intenta abarcar la totalidad geográfica del Perú. La aventura en la órbita de lo fantástico demuestra la versatilidad de Ribeyro; en el cuarto capítulo detectamos influencias y subrayamos sus aportaciones al género. El ensayo concluye con la exploración del que es, sin duda, su mejor

cuento: “Nada qué hacer, monsieur Baruch”. Las imágenes surgidas en la mente del moribundo y la descripción de las fases de su agonía se unen para engendrar una memorable obra maestra.

El crítico expone su visión de una obra después de que ha recorrido una y otra vez, con afán exploratorio, el material que ha querido observar con mirada más aguda que la del dile tante. La perspicacia de su ingenio, su destreza para manejar el instrumental de análisis y síntesis, su aprovechamiento de la intuición y el comedimiento de su talante, dotan al crítico de una receptividad y una capacidad expositiva que lo caracterizan como un receptor de excepción. Esto es lo que lo erige como guía en mayor o en menor medida confiable. En literatura, como en las demás artes, es el crítico el espeleólogo que puede conducir al lector común hacia profundidades apenas vislumbradas de las obras recientes y aun de las estancadas en la memoria histórica. Esto es lo que se propone García Muñoz en su ensayo *Julio Ramón Ribeyro: cinco claves de su cuentística*.

El descenso hacia las honduras de la narrativa breve del autor peruano, después del anuncio de la “Introducción”, comienza con el apartado “Imágenes de la infancia”. Estructurado, como todo el libro, con rigor académico, se inicia con lo que puede considerarse una sinopsis de las observaciones planteadas por García Muñoz. Dice el ensayista nacido en Torreón acerca de su tema: “El mundo de la infancia contemplado por el autor revela la aspereza connatural a una edad infatigablemente asediada por las agresiones de los adultos. La muerte paterna, el afán de venganza, el abrupto truncamiento de la niñez y la impotencia ante el desdén ajeno, niegan la pretendida existencia idílica de los niños.” Estas son las palabras introductorias del primer apartado.

Más adelante, el autor de *El almirante redivivo* comenta, en el segundo apartado de su libro, cómo la fatalidad en la obra de Ribeyro no es patrimonio exclusivo de los niños. La llaga de la



tragedia se extiende, se generaliza. García Muñoz lo dice así:

Julio Ramón Ribeyro ha inventado una serie de historias en las que deambulan diversos personajes rubricados con la estampa de la derrota. Una gran parte de su obra concentra una visión pesimista del destino humano. Por medio de distintas formas, la opaca existencia de los seres creados por Ribeyro encuentra desesperanzada expresión. Los recursos que robustecen la credibilidad en los protagonistas y los sucesos ficticios, atestiguan la facultad del autor para fraguar piezas narrativas de indudable verosimilitud. El escenario en el que se congregan los protagonistas es un páramo colmado por la tragedia humana.

En el tercer apartado de su libro, García Muñoz aborda las narraciones del volumen de Ribeyro reunidas bajo el título de *Tres historias sublevantes*, que, nos dice, es

...un conjunto de obras que, por su extensión, pueden clasificarse en el rango de novela breve o cuento largo, como propone Bryce Echenique. Cada una tiene por escenario una distinta zona geográfica de la patria incaica. Esta armazón emerge de un propósito desmitificador: rebatir el laconismo falsario impreso en el texto elegido por epígrafe que, según se aclara, fue tomado de un peculiar manual de geografía: “El Perú es un país grande y rico, situado en América del Sur, que se divide en tres zonas: costa, sierra y montaña.” La intención de Ribeyro es marcar, con las herramientas del arte, la discrepancia entre unas palabras que trazan un país situado en los cuadrantes de la mítica Jauja, y la vastedad de las desdichas reales que se dilatan con perseverancia de agonías eternas.

El apartado cuatro del libro de García Muñoz puede servir para desbaratar alguna mala interpre-

tación de la alusión inicial al realismo de Ribeyro. Su título es “Cuentos de lo fantástico” y como introducción el ensayista torreonense dice:

El tema de lo fantástico no permanece ausente en la cuentística de Ribeyro. El autor limeño descubre lo fabuloso no en la aparición de espectros heredados de los réprobos castillos germanos, o de trasgos oriundos de bosques maléficos, ni tampoco —como ocurre en algunas ficciones de Horacio Quiroga o en el Rubén Darío de “Thanathopia”— en la avidez de colmillos transilvánicos. La fantasía se refleja, como podrá apreciarse, en la intervención de potencias incomprensibles que activan la conducta de los seres humanos —tal es el caso de “La insignia”— o en la pasmosa multiplicidad de un mundo que por siempre hemos pensado único e irreproducible [...]

Como lo había adelantado en las primeras líneas de su ensayo, en el cuarto apartado de su obra Gerardo García Muñoz se ocupa “del que es, sin duda, el mejor cuento” de Ribeyro, el titulado “Nada qué hacer, monsieur Baruch”. Le dedica alrededor de una docena de páginas a esta narración que el propio García Muñoz ubica en una línea “que ha explorado con ventura el desconcierto mental que precede a la muerte”, línea en la que cita a Hermann Broch, William Faulkner y Ambroce Bierce.

En las “Dos breves conclusiones” con que termina su ensayo, el autor reitera el destino fatal que acompaña a los personajes de Ribeyro antes de señalar que el autor peruano “es un profundo conocedor del alma del hombre y sabe, como buen escéptico, que todo esfuerzo por intentar escapar del propio destino es vano”.

Pero advirtamos que antes de llegar a sus conclusiones, en el camino, el ensayista ha dejado apreciaciones generalizadoras de la obra que analiza, apreciaciones como ésta:

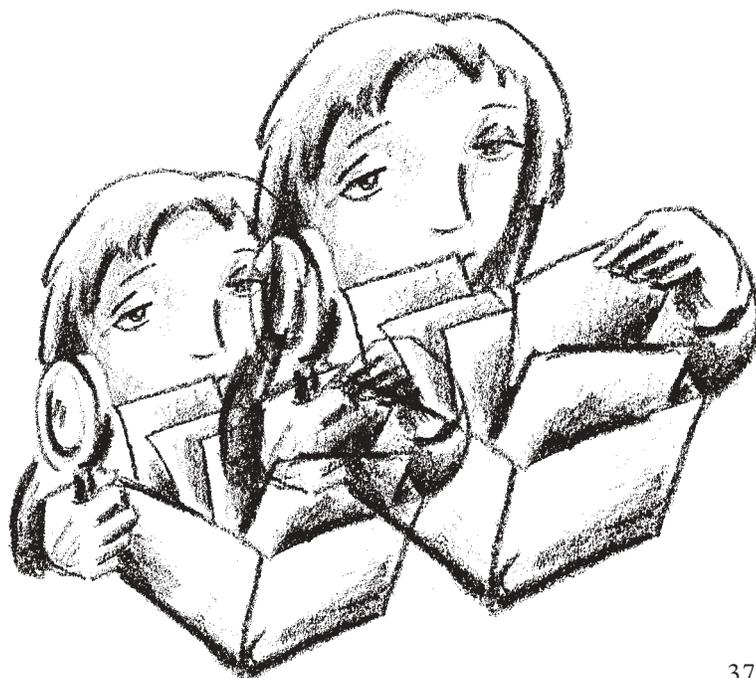
El egoísmo asilado en la reconditez del alma, fuente de los vicios que laceran nuestra dignidad, extiende su tiránica potestad por cada recoveco, por cada intersticio del entramado social. La indiferencia frente al sufrimiento del prójimo, la fuerza siniestra del dinero—quebrantador de conciencias y regidor de voluntades—, el apuntalamiento de una clase estimulada por la voracidad capitalista, el desprecio por las razas marginadas, el arribismo que asciende en la pirámide social sin importarle recorrer los escalones de la abyección; este torrente de iniquidades inunda las páginas de los cuentos que ahora comentamos.

Finalmente, acerca de la técnica con que Ribeyro estructura sus cuentos, García Muñoz señala que el escritor peruano no es recluta de “las huestes adictas a trazar estrategias narrativas con intención euclidiana”. Es decir, nos sugiere

que el narrador peruano ha construido sus relatos sin dotarlos de rigidez geométrica. Otro detalle formal que el ensayista torreonense encuentra es que el peruano abandona el relato en el instante anterior a la intrusión de episodios cruentos y nota que ello aumenta la densidad artística y la renuencia del cuentista a la descripción de acciones violentas.

Julio Ramón Ribeyro: cinco claves de su cuentística es un libro que se lee con facilidad por su organización dúctil, y resulta una buena guía para introducirse a la estética de los cuentos del narrador peruano, al sentido de sus historias y a los recursos técnicos que le dan la calidad ponderada por el autor de este libro, Gerardo García Muñoz. ●

*García Muñoz Gerardo, *Julio Ramón Ribeyro: cinco claves de su cuentística*, UIA Torreón,



Laguna adentro

Jaime Muñoz Vargas

*Para Saúl Rosales, con mi orgullo
por su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*

JAIME MUÑOZ VARGAS

Licenciado en Ciencias de la Información y candidato a maestro en Historia. Investigador en el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, y coordinador del Taller Literario de la UIA Torreón. Ha publicado entre otros, *El augurio de la lumbre*, *Pálpito de la sierra Tarahumara*, *El principio del terror* y recientemente, *Juegos de amor y malquerencia*, editado por Planeta.

Escuchar Poema

Hace muchos años
veinte o tal vez un poco menos
cuando yo era apenas un boceto del boceto que sigo siendo ahora
me avergonzaba de haber nacido en Gómez Palacio
ciudad fea, polvosa, sin un átomo de lujos para el turismo
ciudad de paso, ruinosa y triste como mezquite solitario
como chamaca sin clientela

Mis primeras ideas literarias trataron de alejarme de La Laguna
sentí la obligación de ser universal, cosmopolita
de hacer una carrera literaria sin el tufo risible de la provincia
y lo logré con triste éxito

De alguna forma que no alcanzo a precisar
nunca llegué a ser cosmopolita ni universal ni nada
pero soñaba con ser identificado como autor de otro lugar
no de La Laguna
no de la estepa
no de Torreón ni de Gómez ni de Lerdo
ni de Matamoros ni de San Pedro
y menos de Tlahualilo o de Mapimí o de Chávez o de Viesca
mi comarca, mi *Filomena* comarca

Pero una vez lloré de tristeza y encontré en el sótano de mi corazón
flotando, a la deriva, olvidada
mi pequeña identidad de lagunero
la tomé en mi cuenca, temblorosamente
y encontré que esa forma extraña, que ese ser
ese amorfo ser lagunero
era irremediamente mi rostro
mi pasado, mi gente
las vías del tren para llegar a la primaria de Santa Rosa en Gómez
el recuerdo de papalotes y canicas, juguetes pobres, magníficos juguetes
las misceláneas de don Manuel y de doña Melquia
el hotel Soto, un misterioso hotel de rato
el cine Elba donde aclamé al Santo desde entonces hasta la fecha
el fut y el beis en el asfalto
la humilde paleta de hielo

los amigos que hoy son albañiles o empleados en alguna empresa
y padres de familia como yo
espantados por la comida y la renta y las quincenas

Me impuse la obligación de esquivar ese mundo
de borrar ese pasado de carencias
de refugiarme en los libros
de hundirme en el prestigio de otras realidades
pero el anhelo me duró muy poco
del fondo de mi entraña, paso a paso, lentamente, como animal con hambre
caminaba hacia mis cuarenta mayos el pasado
mi pasado de amigos harapientos
de muchachas lindas, inalcanzables y lindas muchachas
que platicaban sólo entre ellas, secretaras, mordiéndose la trenza
comiéndose un chamoy, hablando de artistas
de adolescentes que para ser machos tomaban cerveza sin hacer gestos
de entradas al turbio cine para adultos
de mesas de billar y cigarros en la jeta
de tacos en el comal callejero, mugrosos y reconfortantes

Pero fracasé
lo estoy confesando
fracasé al tratar de verle la cara a la belleza en otras partes más prestigiosas
La belleza, lo que a mí me parece ahora la belleza
también está escondida en el recuerdo de esas calles
de esa gente
de todo el polvo acumulado en siglos
de todo el sol derramado en La Laguna
como violento chorro de luz sobre la tierra seca

Aquí estaba, en los pliegues de este rincón
de este pedazo de mundo casi fuera del mundo
la belleza diseminada en tantos sitios malolientes y basurientos
la belleza en sus cantinas y en sus expendios de vinos y licores
la belleza en sus plazas sin aliño
la belleza en sus camiones
en sus mercados de ratas casi diurnas
en sus perros sin casa
la belleza en la belleza de tantas, tantísimas mujeres
la belleza en tanto lépero bravucón
la belleza en tantas loncherías
la belleza en un campo de fut sin zacate y con porterías maltrechas
la belleza en los obreros de bicicleta y radio con pilas Rayovac
la belleza en las cumbias bárbaras de un taxi
la belleza en todas partes
incluso en lo terrible

Me venció entonces la realidad



La Laguna se insubordinó en mi sangre
la nostalgia se coló por todos mis poros
como a los ingleses se les cuela Londres
o a los gringos se les clava Nueva York en el cerebro
y decidí entonces convertirme
sin programa, sin bitácora, sin plan
sin manifiesto ni grito chovinista
en lo que debo ser
en vocero de mi polvo
en pájaro de mis pinabetes
en asordinado cantor de nuestras gestas
de nuestras pequeñas gestas sin fama mundial
sin prestigio ni mercadotecnia
pero hermosas

Hurgué entonces en los escondrijos de mi corazón
y allí encontré el arte que me cupo en suerte
hallé mi tiempo circulando por las arterias
mi pasado en jirones percutidos
mi pasado de imágenes en bruto
de niños que fueron mis amigos y que no traían jamás un quinto en la bolsa
de fútbol y de pleitos gratuitos en el barrio
de escapadas al canal de riego para nadar casi en el lodo
de madres perfectas como dice Whitman
—que también aquí las hay, y bastantes, como doña Catalina, por ejemplo—
de salones con sesenta alumnos sudorosos
de maestros pobres vestidos con terlenca y que le echaban ganas
para que aprendiéramos de jodido a sumar nuestras desgracias

Hoy pues me reconozco
y sé que no faltará el atarantado que me apunte con el índice exquisito
para acusarme de provincianismo
de pintoresco altavoz de La Laguna
No tengo respuesta para defenderme
me resigna saber que a la belleza de los museos de Europa
—belleza que también me pertenece y hago mía, debo aclarar—
le agrego la belleza tal vez triste del lecho del río Nazas
del mercado Alianza
de la calle Morelos donde tantas tardes he caminado en busca de libros
de un parque en Gómez donde toqué la primera mano deseosa de una novia
de la secundaria Flores Magón donde acaso conocí el rostro de la alegría
del teatro Martínez y del bar La Ópera
de la fealdad sin culpa de nuestros ejidos
de la palabra coloquial y viva y hermosa y universal y eterna en mí
al menos en mí
de La Laguna.

Comarca Lagunera, 11, septiembre y 2003

Epifanía y silencio

Rafael Mondragón

*En mi mano
el otoño devora sus hojas: somos amigos.
Le extraemos el tiempo a las nueces y le
enseñamos a irse:
el tiempo regresa en la cáscara.
En el espejo es domingo,
en el sueño dormimos,
la boca habla verdades.
Mi ojo desciende hasta el sexo de la amada...
Corona, PAUL CELÁN (el subrayado es mío).*

RAFAEL MONDRAGÓN

Nació en Villahermosa, Tabasco en 1983. Ex alumno de la Preparatoria Carlos Pereyra. Actualmente estudia la licenciatura en Lengua y Letras Hispánicas en la UNAM.

*...la muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida
Discurso, 1891, JOSÉ MARTÍ*

1. LLUVIA Y LA BÚSQUEDA DE PUREZA

Estoy sentado sobre el suelo y miro caer la lluvia. Estoy en silencio, y las gotas caen en el suelo de piedra, en muchos lugares a la vez. Mientras las gotas caen hay un sonido en el aire, como un mar tímido y amable, susurrante; como un susurro.

La lluvia cae sin que le digan. Llega de repente sin saber por qué; se va cuando la amamos, no podemos detenerla y va callando, poco a poco. Llega de improviso a nuestros cuerpos y los moja. Agradecemos. Nunca sabemos la razón de la lluvia.

Recuerdo que Teresa de Calcuta llegó a Estados Unidos, hace mucho. Decía que le habían preguntado que por qué buscar a Dios en las ciudades. Ella respondió que encontrarlo es fácil en un lugar que es desierto; es fácil ser santo y asceta, decía ella, si se vive en el desierto. Ella contó que el reto está en buscarlo fuera: en el barrio pobre del Bronx en donde se necesita encontrarlo, atestiguar su presencia. Quien sea capaz de encontrar a Dios en la ciudad, lo encontrará en cualquier parte.¹

La lluvia es como un espejo para hallar la vida interior de los hombres cuando llueve en la ciu-

dad. Ante la lluvia el hombre está callado. En ella accede a algo que es escucha verdadera, pues sólo hay escucha totalmente cierta cuando se escucha algo que no tiene lenguaje (la ausencia de lenguaje nos limita la capacidad de interpretar lo que se dice).² El de la lluvia es un decir puro, puesto que no tiene lenguaje.³

¹ Hay que guardar esa frase.

² El Lenguaje siempre es vida; siempre es lenguaje de alguien, siempre es algo que se habla. Siempre es vida de alguien. Leer es leer en un lenguaje que es el propio. Está la tragedia de la vida en común: cada quien habla en su lenguaje, pues no se puede hacer otra cosa, y no se puede hacer otra cosa que leer al otro sólo en el lenguaje propio. Así toda palabra está condenada a la violencia, pues siempre será quebrada en el momento de leerla. Todo sentido será traicionado. Por eso también el lenguaje siempre es vida, pues el lenguaje es experiencia del tiempo. Pero entonces, ¿cómo es posible la experiencia de la escucha?

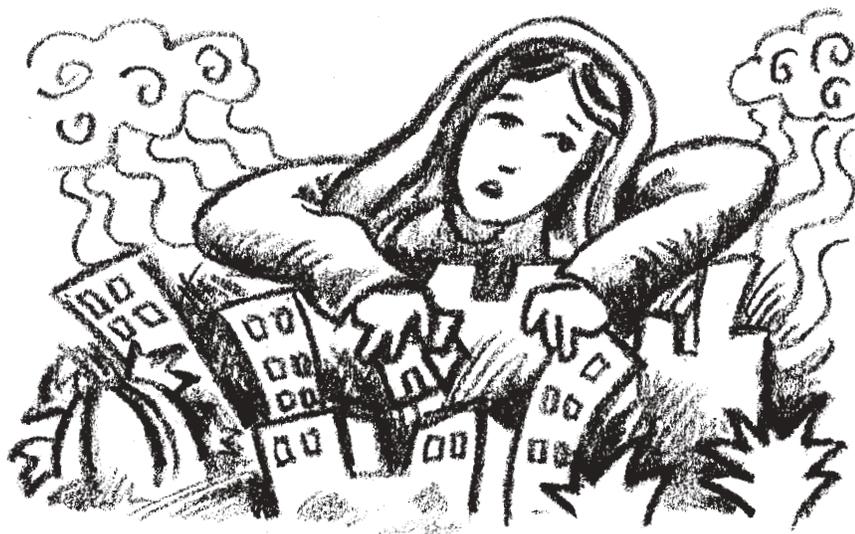
³ Quizás es que la lluvia no somos nosotros.

En la escucha de la lluvia aprende el hombre a escuchar. La planta del pecho crece en el silencio interior. Nace la planta entre la noche oscura, y la atraviesa. El grupo de hombres que escucha es semejante a un jardín nocturno con colores de flores que son luces.

El hombre de la ciudad camina hacia la pureza. Todo camino que emprende tiende a una meta final, imposible; una meta que se esconde detrás de cada salida a la calle, al metro, a los trabajos; esos lugares son sólo unas metas temporales. Detrás de ellos está esa pureza. Los momentos del encuentro con ella no se pueden predecir. No llegan cuando el hombre espera; aparecen, de repente, él respira lleno de silencio como un vaso rebosante de agua. Sabe entonces que está lleno de pureza. Se levanta del suelo trabajosamente, como si trajese puesto un saco de pieles que le queda demasiado grande.

Alguna vez me pregunté que a dónde vamos. Y eso no se puede saber. La gente de mi época camina sin saber a dónde andar. No tiene metas. Ya no sé cómo buscar llegar a algo; sólo intento mantenerme en donde estoy, salvarme del terrible sinsentido. La gente de aquí no busca ya llegar, sino únicamente mantenerse.⁴ Mantener la coherencia, e intentar que el ruido de coches no se lleve en su marea los pensamientos de profundidad o los recuerdos. Se busca seguir siendo hombre,⁵ y mantener esa pureza.

Cazamos los atisbos de lluvia, enronquecidos de garganta. Caminamos doblados por el cielo, constipados, con pesos enormes que nos quiebran las espaldas y libros y libros que cargar en las mochilas y los carros, y los ruidos de las calles que devoran, las pasamos paso a paso caminantes, agachándonos para buscar atisbos, para buscar belleza, indicios de lluvia, una nube cargada, una gota de lluvia que nos sorprenda en plena calle,



⁴ Antes intentábamos, según parece, llegar al final de la historia (es decir, llegar al sentido).

⁵ (seguir viviendo...)

enronquecidos. Hacia la vida interior que ya nos fue arrebatada y que se encuentra en el mundo. Es tan irónico que para estar con uno mismo tenga uno que salirse al mundo. Así, en la ciudad buscamos encontrar a Alguien. Aparece disfrazado entre las calles, vestido de árbol signo o de pobreza, y entonces callamos, henchidos de silencio. Queremos aprender a estar con Él.

2. ACERCA DE LOS MISTERIOS

Yo nunca he salido del país.⁶ He vivido en las ciudades, en varias, día tras día. Antes se decía que el joven que se va a formar debe salir del país para visitar Europa, Francia.⁷ Se decía que debemos conocer las maravillas de los países europeos, para nutrirnos con ellas.⁸

En el camión que viajo sube ahora un vendedor. Comienza a anunciar sus productos. Al sólo observarlo con calma, se hace casi tangible que todo hombre que habla vive guardando sus secretos. Por ejemplo, ahora, observar su mirada callada mientras él anuncia. Muestra su producto: por cinco pesos nos llevamos una tabla de multiplicar junto con nueve tarjetas con pensamientos para toda ocasión, y un juego de mesa. Que alguien venda algo así parece entonces extraordinario.⁹

Nunca hice grandes viajes ni cuidé ovejas en los campos.¹⁰ Sólo he caminado de un lado a otro, en las ciudades donde he estado. Sólo me he subido a camiones. He observado a la gente en sus miradas silenciosas.¹¹

Y ahora creo que si saliera del país no cambiaría en la manera en que cambiaron los jóvenes que hace muchos años salían a formarse. Seguramente encontraría maravillas que me hicieran cambiar. Pero ese viaje al extranjero no sería mi primer encuentro con éstas, ni con lo que es maravilloso. Porque mi forma de encontrarme con ellas ha sido distinta. He encontrado lo que es maravilloso en la calle, día a día, en la mirada de la gente y el misterio de la distancia que me aleja de saberlos. En verdad ya no buscamos llegar a Francia, sino únicamente mantener nuestra pureza. Esa pureza que encontramos en los charcos y en

la gente. Hay tantos hombres necesitados de hablar. La mayoría de las veces, con sólo acercarse a ellos y observarlos, comienzan a hablar como una fuente desbordada, comienzan a hablar, hablan y hablan... En verdad la soledad de la ciudad ha hecho los misterios de la vida más enormes y profundos.¹²

3. DE LO QUE APARECE

(fragmento de una carta a Alejandra)

*Recuerda aquella vez cuando cantaron las aves,
caminando asombrado entre los pastos levantaste tu rostro,
las aves se respondían unas a otras,
en el canto había inscritas profecías.*

*El agua silenciosa que cae en ríos entre la calle,
la música de pasos de la gente; sus miradas.*

*La sombra a la que amamos cuando huimos del vacío,
en sus abrazos dolorosos en que el frío se filtra,*

⁶ Al escribir esta primera frase recordaba que Beto, un amigo de la escuela, está comenzando a salir con una chava que es poeta y viaja seguido a Europa. Recordaba que mi novia me platicó de esta nueva novia de Beto y de sus viajes a Europa. Pensaba que para mucha gente es importante viajar a Europa.

⁷ La historia de la literatura hispanoamericana es en gran medida la historia de hombres que se salen para vivir en el exilio. La búsqueda de identidad literaria es siempre búsqueda de un afuera, un afuera en donde por fin se pueda alcanzar legitimidad. Así pasa el tiempo y nos exiliamos; caminamos a Francia o Nueva York, como Cortázar y Rubén Darío, como Vargas Llosa y Severo Sarduy, como el conde de Lautreamont. Viajamos bajando la pradera del deseo, como en una peregrinación hacia el lugar en donde ya no nos sentiremos perseguidos por nuestro dolor.

⁸ "...Así tocamos, reverentes, las piedras marchitas de los parques, de los monumentos cansados que inspiraron los poemas de la gente. Nos encontramos entonces con la maravilla". O así era como nuestros abuelos se encontraron con ésta. ¿Será la maravilla la revelación de la belleza?...

¹⁰ (*El guardador de rebaños*, la tradición arcádica brasileña...)

las mujeres que piden dinero entre las calles,
y los hijos en sus brazos,
el secreto insoportable del dolor que ahora cargamos.

Entonces escuchemos a la luna,
al silencio que en la ola crece.

Entonces caminemos en la arena,
entre las piedras y los cantos
con los pies descalzos.

Entonces, pensativos, esperemos
con la mirada silenciosa fija
en la música callada de los astros.

Las calles, el silbido de las aves,
el silencio que canta en la montaña.

¡Escucha el viento que susurra entre las hojas!
es el milagro que te llama,
escucha el milagro que te llama,
está diciendo tu nombre.

Y tú,
qué te quedaste sin palabras para hablar.

Tuviste que quedarte sin palabras
para tocar la tierra oscura,
acariciada por el sol.

Pero escucha el sonido de la lluvia primera.
Y el nombre impronunciable de las cosas
madura en silencio, entre tus manos,
y tú
te quedas allí,
arrodillado,
sólo humilde.

En la pradera del lenguaje destrozado
esperamos cansados a que llegue la voz,
soy el servidor de este silencio.

Hemos vivido en esta tierra, adoloridos,
porque duele cargar con la belleza,
y duele la gente que canta entre las calles:
el sonido de las aves, temeroso,

los pasos, los sonidos, las señales.
Queremos abrazar al mundo para narrarles la belleza.
Pasa una persona por la calle, y queremos abrazarla y
no sabemos.
El silencio es la mirada de Dios,
el asombro ante el mundo
es su gracia.

Por esto yo respondo que hay una promesa:
la belleza un día será para todos,
un día, la belleza será capaz de consolarnos.

4. LA PIEDAD Y EL NACIMIENTO DE LA PALABRA
Quizás la soledad entonces sea la condición esencial para buscar. Eso me daría esperanzas. Significaría que, quizás, la soledad tiene un sentido; entonces este vivir en la espera de la Voz Amada no sería sólo un torpe andar a tientas por el lodo. Sería únicamente nuestra condición. Este vagar a tientas no sería sólo estar perdido, sería también la experiencia primordial de una pérdida común. Quizás la condición para escribir sea estar solo. Podría ser tal vez que cuando hay un cuerpo junto a uno no es necesario escribir.¹³ Podría ser que la palabra es testimonio de una ausencia...¹⁴

Pero la plenitud... ¿Existe la plenitud, acaso, en el contacto desnudo con un cuerpo? ¿No será nuestra fragilidad desnuda, acaso, una forma más —quizá la más pura— de mantenerse en silencio?

Piensa en el momento en que la tocabas. Cada gesto entonces se cargaba de belleza, porque tú sabes que están solos, y que pueden morir. Nunca estamos más cerca de la muerte que cuando no tenemos ropa. Somos una risa desde el limo. El seno desnudo de ella es blanco como las cosas bellas, y por eso cada acto es como un gesto de piedad. Somos cuerpos frágiles que se quiebran como juncos acariciados por el viento.

A veces amamos a la gente, sin saber por qué. En la oscuridad nos descubrimos en la esperanza de una mujer desnuda, acariciamos su fantasma mientras la mano baja recorriendo el vacío. Llevamos años caminando alrededor del mismo camino. Llevamos años cultivándonos; cultivando

nuestra inteligencia: leyendo libros en noches de insomnio con el cuerpo fracturado por el lodo. Dimos vueltas alrededor de nuestra inteligencia, en soledad, como Rilke cuando oraba ante la tumba... Somos serpientes que se muerden la cola, girando alrededor de nosotros, angustiados, ansiosos de vivir, incapaces de salir de nosotros mismos. Pero a veces amamos a la gente y nos quitamos la ropa. Salimos desnudos, cantando a gritos en la lluvia, llamándola a ella. Quieres que responda a tu llamado, para que entonces su voz te logre convencer de que ella es real, de que existe.

Por eso estar desnudo es una forma —la más pura— de mantenerse en silencio. Es la forma más pura de peregrinaje. El mundo es el lugar de la violencia. La palabra nace de la misma manera en que nacen las caricias: nace en el momento en que tomamos conciencia de nuestra terrible desnudez, cuando aprendemos el vacío en los momentos de la misericordia. Cantar cuando se sale a la lluvia, abriendo la puerta cegado por la luz que ciega, testimonio de la violencia que no niega la violencia.

Porque de repente ella te acaricia sin que tú lo hayas pedido, y su tacto quiebra la casa del tiempo y la memoria, quiebra el cuerpo herido en donde estaba la serpiente. Entonces se rompe el cascarón del tiempo y nace, de manera terrible, la belleza. Por eso cazamos los atisbos de lluvia, enronquecidos de garganta. La verdad se dona, graciosamente, porque es sobre todo una cuestión de amor y de silencio. Un día se donó y estuvo cerca. Desde entonces hemos estado caminando.

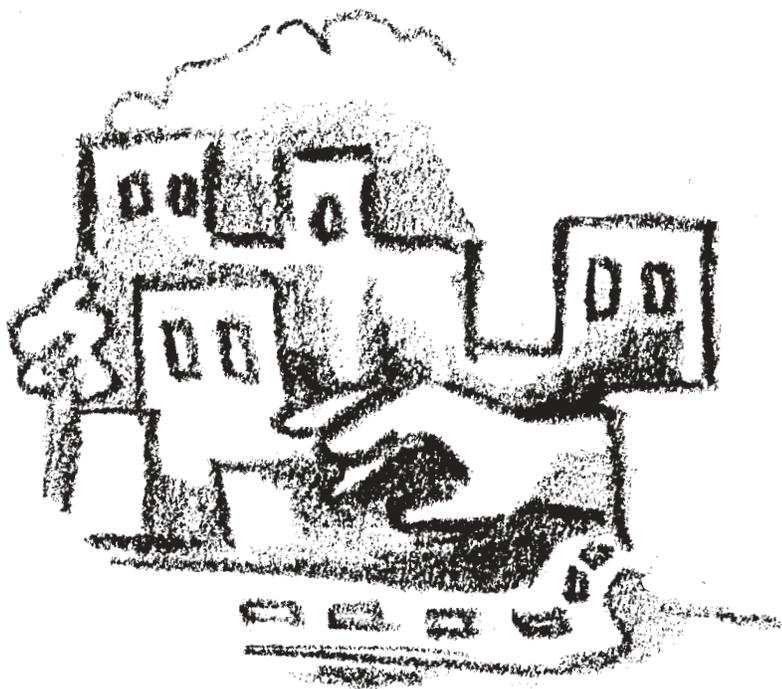
CODA: DESDE ESTA NOCHE

Todo esto no ha sido más que un largo rodeo para decir que el hombre se quiebra en el contacto con el Nombre. Estamos hechos de estrellas. Nuestros encuentros son encuentros fugaces, como de estrellas que caminan. Masticamos polvo de luz en las mañanas en que nos levantamos temprano. Atamos una pierna a la base de la cama, porque tenemos miedo de perdernos al dormir. Nuestros



encuentros son fugaces, como estrellas que caminan. Fugaces como estrellas fugaces. Como estrellas que se apagan en el cielo. Cuando son milagros, se encuentran. Por un instante se llenan de destino. Como la tierra acariciada por los rayos del sol. Entonces se dice: *“Aprendamos el silencio de la tierra en el arado, y oremos por la fecundidad”*.

Quisiéramos decir, para terminar esperanzados, que la boca habla verdades. Pero, y en esta soledad de perro herido, en este miedo; este secreto que se crece como llanto callado, cuando las luces se apagan y uno se queda solo en la cocina. En este tomar café, neciamente, en las mañanas, como diciendo: “la cosa está bien, no debemos preocuparnos por la verdad”. En este salir en la mañana para ganarse el día, y la penumbra que aborreces. Pero por este tomar café neciamente, como afirmando la vida, ¿cómo haremos, entonces, para hacer que la boca hable verdades? ●



¹³ Estaba yo con Alejandra y me reía si preguntaban qué había escrito de nuevo: no había escrito nada. No tenía nada que escribir y me reía. Más que escribir estaba viviendo. La experiencia innominable de entrar en la vida, de repente, abriendo la puerta descuidado, como sin pensar que afuera puede haber frío o lluvia, toparse con la luz de afuera de la puerta, y de repente estar vivo.

¹⁴ ¿No sería eso consolador?...

El instante*

Gerardo García Muñoz

El hoyuelo divide la barbilla en dos partes simétricas. Una cicatriz, impresa al lado izquierdo de la comisura y que se extiende hasta el extremo de la boca, contrasta con la fineza de los labios. La posición frontal disimula el trazo aquilino de la nariz. En ambos flancos del rostro alargado cuelga un par de orejas en forma de curva. La distancia entre el comienzo de la cabellera negra y las cejas es bastante notoria. Unas flácidas bolsas de carne se columpian debajo de las órbitas oculares. La mirada turbia, con obstinación, se dirige a un punto indefinido, como si eludiera enfrentarse a las pupilas de un posible observador. El autorretrato está terminado. Un haz luminoso entra por unos altos ventanales y hace visible el perímetro rectangular del estudio. Varios cuadros, allá en el fondo, permanecen recargados contra el tapiz carcomido por el salitre: simples bocetos de una obra maestra que siempre abortó y ahora, en este atardecer invernal, ya se han convertido en material inservible. La mesa situada en el centro alberga un cementerio de pinceles, paletas y lienzos destruidos durante accesos de ira. La imposibilidad de plasmar en la tela las imágenes entrevistas en el sueño lo conducían a una profunda frustración. El azul resultaba demasiado tenue; la mueca en el rostro del hombre sometido a suplicio era una aproximación inepta al modelo que había cincelado en su fantasía. El crispamiento de los miembros descoyuntados correspondía más bien a los de un cadáver que a los de un cuerpo

en el tránsito de la agonía. Aunque en los últimos ensayos se mostraba una mayor destreza, las manos de Lorenzo Artime, insatisfechas con el producto de su acto creativo, arrancaban el lienzo del caballete y, en alguna ocasión, la punta de un cuchillo desgarró la superficie cromática hasta volverla irreconocible. Para liberarse, ya fuera parcialmente, de su impotencia artística, recurría a una operación catártica.

En sus primeros años de pintor, utilizarse a sí mismo como modelo llegó a convertirse en una obsesión enfermiza. Los numerosos autorretratos indicaban no sólo su evolución en el manejo del dibujo y el color: también constituían el testimonio de sus cambios fisonómicos. De su primera etapa, descuella el pintado una década atrás. Una barba castaña oculta el hoyuelo; no hay huella que macule la faz perfecta. Los ojos desafían, con decisión, al espectador del cuadro. La soberbia de la juventud exhibe la certeza de su triunfo. Convencido de pertenecer a la raza de los genios, el artista presente que en el museo de Louvre compartirá la sala de exposición con *La Gioconda* y, dentro de cuatro siglos, los hombres del futuro se rendirán ante la grandeza de su talento, claro, siempre y cuando los restauradores no traicionen la pureza de su mensaje pictórico. A los veinticuatro años creía en la predestinación divina: el día de su nacimiento, los astros estaban dispuestos de manera tal que componían un radiante presagio. Nacido en una madrugada de otoño, cuando la

GERARDO GARCÍA MUÑOZ

Nació en Torreón, Coah., 1959. Ensayista y narrador. Ha publicado *El sueño creador*, *El almirante redivivo* y otros ensayos y *Las paráfrasis plásticas de Alberto Gironella*. Entre otras, ha colaborado en las revistas *Semiosis*, Universidad de México, *Texto crítico*, *Arteletra* y *Acequias*. Ha sido profesor de literatura en la UTA Torreón. Es maestro en Artes por la Universidad Estatal de Nuevo México en Las Cruces y actualmente estudia el doctorado en Letras en la Universidad Estatal de Arizona en Tempe.

conjunción de Júpiter y Venus se oponía a los embates de Mercurio, el planeta alado, la fuerza ciega del destino arrojaba a Lorenzo Artime en la ruta de Rembrandt, Kubin, Bacon. No se consideraba un discípulo de estos grandes maestros, pues su orgullo no admitía ninguna posición subalterna. Él los miraba como sus iguales, e incluso, en arranques de soberbia que colindaban con la esquizofrenia, como modelos superados por su sobrenatural capacidad creadora. Nada de la arrogancia humana le era ajeno. Se erigió en el *enfant terrible* de la cultura local.

Su primera exposición buscó el escándalo y lo consiguió. Tuvo que persuadir a la dueña de la galería más prestigiosa de que su nombre, Jacaranda Alpizar, quedaría registrado en la historia del arte como el mecenas que patrocinó la primera muestra de una colección suprema. La noche inaugural acudieron todas las vedettes de la galaxia cultural. En primer término, el Sol Naciente, la directora del Instituto Fomentador de las Artes, una cincuentona de cabello ensortijado y labios color ciruela, laboriosa ama de casa quien, por su vínculo consanguíneo con el ministro del interior, había sido extirpada de los vapores de las cazuelas y, ahora, gravitaban a su alrededor un cúmulo de satélites, prestos a disparar adulaciones a la nueva diva. No faltó la antigua luminaria del firmamento literario, el cuentista que acaparó los premios domésticos y, luego de participar en más de una centena de concursos nacionales, la ley de las probabilidades recompensó su tenacidad: le concedió el galardón de narrativa joven patrocinado por una editorial del centro.

Su ambición desorbitada lo hizo bombardear los certámenes internacionales. El mismo volumen de cuentos recorrió cada centímetro de la geografía americana. Desde Los Juegos Florales del Yaqui hasta de El Premio Municipal de Antofagasta certificaron su medianía. El milagro no volvió a repetirse. Desesperado por embolsarse unos pesos, volvió a jugar en la liga local, seguro de vencer otra vez a los que él llamaba los enanos de la región. Pero los enanos ha-

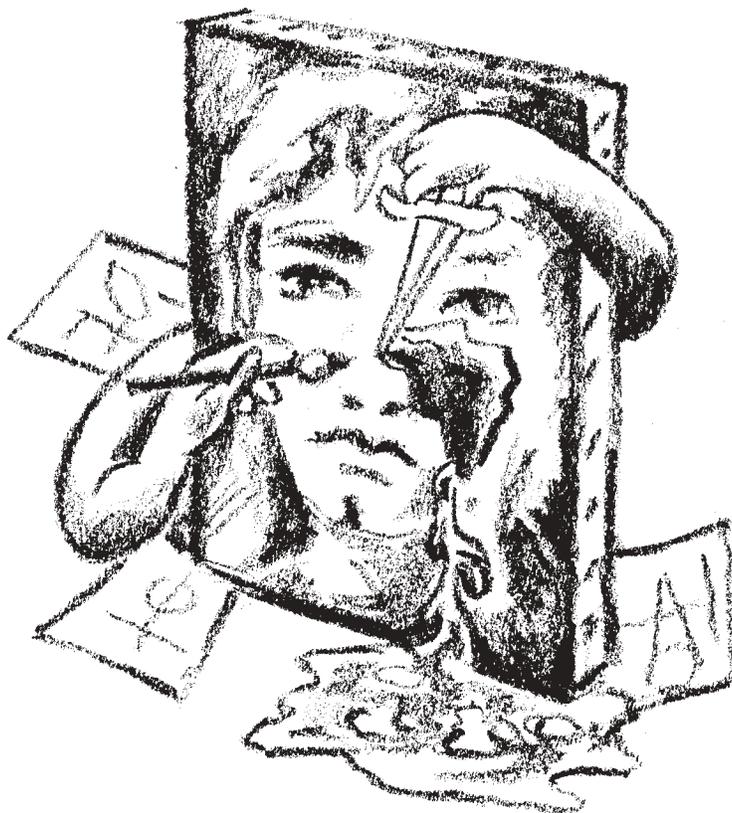
bían crecido. Cuatro menciones honoríficas consecutivas terminaron con el mito. Ya a casi nadie embaucaba con su prestigio lacerado. Como una forma de contrarrestar la pérdida de su reputación, aprovechaba cualquier evento para lucir su insoportable esnobismo. Con la eterna pipa en la mano derecha, se paraba enfrente de un cuadro en actitud meditabunda, como si pretendiera desentrañar un significado invisible al resto de los mortales, y sólo comprendido por unos cuantos elegidos. Algunos despistados caían en el engaño. Lo miraban con veneración y no poca envidia, deseosos de que el semidiós les arrojara una limosna de entendimiento. En realidad, él padecía la misma ceguera que sus admiradores. Desde que nació, su frivolidad lo esterilizó para experimentar cualquier gozo estético. Además, asistieron los cometas, autores de un solo libro y pintores que exponen siempre las mismas obras, dejando a su paso una estela de gloria que pervive por lustros, esperan pacientemente, y también con holgazanería, el inesperado reencuentro con las musas.

Vestido con traje púrpura, corbata amarilla, zapatos dorados y sombrero verde, Lorenzo Artime arribó a la Galería Van Gogh precedido por un cachorro de pantera negra, enlazado con una cadena de plata y un collar de puntas metálicas en el cuello (a quien había de regresar en tres horas al zoológico, luego de sobornar al vigilante). Exclamaciones de asombro y de temor se difundieron entre la muchedumbre de curiosos. Una vez cortado el listón, los ojos del público recorrieron las secciones de la exhibición con estupor creciente. Salvo dos o tres paisajes, los demás cuadros encarnaban una afrenta a la mojigatería de la sociedad. Un enjambre de cuerpos desnudos, en las más variadas posiciones, ejecutaba, de manera más o menos velada, maniobras de una lubricidad perturbadora.

El pasmo llegó a su clímax cuando unos ancianos de rostro severo contemplaron el lienzo ubicado en el pasillo más recóndito de la galería. Deseo animal rebasó su ya menguada tole-

rancia. En una habitación de paredes blancas, una adolescente desnuda en cuclillas, probablemente virgen, se repliega contra una esquina. No se conoce su cara, tapada con el antebrazo izquierdo; la mano se apoya con desesperación en el hombro del lado opuesto. El brazo derecho, en un esfuerzo por proteger los senos, cruza el pecho de la joven. La pequeñez de su anatomía y la carencia de vestimenta subrayan su indefensión frente al peligro que le aguarda. En el primer plano, una figura a medio camino en la cadena de la evolución, en actitud sedente, mira de perfil a su posible víctima. Una negra pelambre la cubre por completo. La cabeza no tiene contorno preciso. Tal vez se trata de un antropoide. Mas la oreja sugiere la presencia de un perro. Los pies, sin embargo, insinúan un parentesco humano. La triple naturaleza de la bestia añade un elemento inquietante a la atmósfera del cuadro. La agresividad no se exterioriza en muecas o movimientos intimidantes. En me-

· dio de las patas dobladas, el engendro descubre
· sus armas para iniciar el ataque. Pegados al suelo,
· unos testículos sirven de soporte a un pene de
· magnitud desaforada que, sobresaliendo de las
· rodillas, se arquea en dirección de la adolescente;
· en la punta escurre el líquido seminal y, al caer
· en el piso, se acumula en un charco blancuzco.
· Gritos de indignación y de asco se escucharon
· por la galería. Esto era un ultraje a las buenas
· costumbres, cómo era posible que en un lugar de-
· dicado a la cultura se promoviera la pornografía
· más pedestre. Debería darle vergüenza a la direc-
· tora del Instituto Fomentador de las Artes apa-
· drinar espectáculos tan canalleros, dignos de un
· prostíbulo de la peor calaña. Los satélites se es-
· meran en sacar a su jefa de la situación bochor-
· nosa. Una vieja enojada, con el semblante es-
· carlata, le recrimina haberla invitado. Nunca se
· había ofendido tanto a las personas decentes
· como ella, elevaría su queja al ministro de Cultu-
· ra para que la removiera del cargo.



El Sol Naciente teme que el eclipse presu- puestal se adelante demasiado pronto. No hay manera de cesar el alboroto. El cuentista esnob anota los detalles de la escena; piensa incluirlos en un texto que enviará al Concurso de Microrelato de Paysandú. El pintorzuelo es un mozal- bete que debería trabajar en las revistas porno- gráficas leídas por la plebe, vocifera un hombre de testa grisácea que agita su bastón de ébano en gesto retador. Lorenzo Artime le sale al paso; le increpa por su rudeza, pero qué se puede espe- rar de un ignorante vejestorio, dueño de licore- rías que venden bebidas adulteradas, además, ya debería morir y no robarle el oxígeno a los se- res inteligentes del planeta. El viejo, enfureci- do, le tira un bastonazo, pero en vez de escar- mentar al insolente, le atiza un golpe a la pante- ra negra. El felino reacciona; se suelta de la ca- dena, salta contra el viejo, lo muerde en un bra- zo, la gente corre hacia la salida. Una mano des- conocida aprovecha la confusión; con un cuchil- lo reduce a tajos el perverso cuadro. *Mundo ani- mal* ya no podrá herir las sensibilidades de la co- munidad cristiana. La policía hace varios arres- tos. Todos los detenidos —personajes influyen- tes— vuelven a la calle de inmediato. Menos Lo- renzo Artime. Para su mala suerte, el viejo del bastón resultó ser un senador de la República. El pintor fue acusado de ofender la moral ciuda- dana, de robar un animal del zoológico y de cau- sarle heridas graves a un representante del go- bierno. El juicio duró unas horas. Los doce miembros del tribunal lo encontraron culpable, y el juez, pariente del senador, dictó sentencia: siete años en la prisión estatal.

Para un intelectual, la vida en la cárcel es es- pecialmente dura. En los primeros dos meses de reclusión, fue violado dos veces en los baños, una en su celda y otra en el patio. No hubo una quinta vez. Un prisionero le enseñó a defenderse. Fue un discípulo laborioso. En unas cuantas cla- ses aprendió las tácticas de la pelea callejera. Cuando el par de violadores quiso de nuevo sodomizarlo, dos patadas en los genitales los de- jaron revolcándose entre el agua crapulosa de

las letrinas. De pronto, los presos comenzaron a respetarlo. Su único amigo, además de haber sido su maestro en el arte de la defensa personal, tam- bién fue materia para seguir practicando su ofi- cio. A falta de pinceles, colores y caballetes, dibu- jaba a lápiz en cualquier tipo de papel, por lo ge- neral a escondidas de los carceleros. Más de cien versiones de la faz del *Cobrador* fueron esbozadas y destruidas. Esbirro del hampa oriental, se ganó ese mote porque su trabajo consistía en recaudar los préstamos concedidos a los tahúres. Una re- dada en los garitos de la periferia lo hizo caer en la cárcel. Cien miligramos de cocaína le valieron cinco años en la sombra. La amistad con el *Co- brador* hizo más habitable la condena de Lorenzo Artime. Un día del tercer año de residencia car- celaria, el *Cobrador* franqueó la puerta de acero de la prisión. El pintor se quedó solo. Su amigo jamás lo visitó. Por cuarenta y cinco meses no se llevó con nadie.

Pero no todo fue tiempo perdido. Su capaci- dad para captar los recovecos de la maldad se agu- dizó. La fauna de criminales testimoniaba el gra- do de depravación a la que puede acceder el ser humano. En su mente germinó la idea de una obra que pintara las distintas etapas de esa dege- neración. Durante las noches de luna llena, el re- cuerdo de los vagabundeos nocturnos por los ca- llejones del barrio oriental lo hacía recorrer ner- viosamente los doce metros cuadrados de su jau- la. Engendró un resentimiento inquebrantable contra los causantes de haberlo sustraído de los placeres del alcohol y de la lujuria. Y, sobre todo, de cercenar la práctica de su arte.

La libertad regresó puntualmente a los siete años. Los primeros días tuvo que dormir en par- ques y estaciones de autobuses. Aceptó empleos infames para salir de la indigencia. En las canti- nas limpiaba los retretes salpimentados de in- mundicias fecales; en ocasiones, tenía que sacar a puño limpio a los impertinentes. El sueldo era paupérrimo. Frecuentó las casas de juego clandes- tinas. Su habilidad para la estafa le permitió al- quilar un cuarto decoroso en la azotea de un condominio. No todos los tahúres fueron enga-

tusados. Un receloso lo sorprendió haciendo una maniobra tramposa. La disputa concluyó tras un navajazo encima del labio superior de Lorenzo Artime y dos costillas fracturadas en el torso del oponente.

Pudo al fin volver a manejar el pincel. Seis meses le tomó recuperar la destreza de antaño. Creó un tríptico inspirado en las memorias penitenciarias. Intentó venderlo. Fracasó. El mercado prefería obras más simples, sin demasiadas complicaciones y agradables a la vista. Lorenzo Artime se resignó a permanecer en el anonimato antes que rebajarse a pintar cuadros insípidos. Para eso estaban los pintorzuelos de paisajitos, tan admirados por ignoras esposas de ganaderos y gerentes de bancos. Extrañamente, algunos de sus autorretratos interesaron a un coleccionista que pagó muy buenas monedas por ellos. Esta ganancia casual lo hizo recluírse una larga temporada en su estudio. Reunió suficiente material para montar una exposición, la primera desde el escándalo de *Mundo Animal*. Sólo

una galería independiente le dio cabida. Ni el morbo de ver las pinturas de un ex presidiario impulsó al público. A excepción de un tipo de ojos verdes que contempló con detenimiento algunos lienzos, dos o tres solitarios que merodearon un rato por los pasillos, bebieron una copa de vino blanco y se esfumaron, nadie más fue a la inauguración. Uno de ellos era el Gordo Gálvez. La reseña en *El Observatorio Urbano* fue sanguinaria. El pintor la leyó al principio con rabia, pero tal vez estaba en lo cierto; sus cuadros plasmaban una evidente predisposición a la demencia.

Lorenzo Artime quita el autorretrato del caballete y lo envuelve con cuidado en una mochila de cuero. Aprovechará la invitación de Jacaranda Alpizar para ofrecérselo. La poetisa lo llamó temprano, con la voz temblorosa: su último libro había sido tasajeado sin piedad. ❀

*Fragmento de novela inédita.



El silbidito de José

Alfonso Vázquez Sotelo

ALFONSO VÁZQUEZ SOTELO
Originario de Silao, Guanajuato.
Director del Instituto Estatal de
Documentación en Saltillo,
Coahuila.

El silbidito de José llegaba desliándose a los confines de las posibles conquistas amorosas en las tardes de todos los días. Para Estrella era nauseabundo y signo de una injusta relación de violencia familiar que llevó a la Morusa a la tumba.

A la Morusa le daba un vuelco el estomago cada vez que José llegaba a casa con su silbidito. Ella tenía que hacer su mejor cara para que ese incidente no le causara un disgusto mayor a José y que los golpes que él le estampaba en todas las partes del cuerpo, y que por desventura no podía cubrir con sus manos, fueran menos amargos.

Desde siempre tuvo esa pena: ocultar de forma rápida su estado de ánimo, no reflejar nada y quedar dispuesta en aparente escucha a lo que José decía, ¡ahh! porque cuando estaba encanijado, había que sostenerle la mirada, como si viera uno pasar venados.

De la escuela de la tía Prudencia, su madre, habían aprendido a soportar todos los golpes del olvido y el desdén de la vida. Todos y cada uno de los hombres que en sus vidas aparecieron dejaron su huella: un dedo chueco, un brazo zafado, los tobillos abombados para siempre; hay quien cuenta que uno de ellos le estampó una bofetada infame que la hizo perder los dientes y luego la llevó a que le tomaran una foto para que entendiera, ahora que lo platica aún no alcanza a recordar qué debía entender.

La Morusa tenía una sonrisa tan fresca, que se sentía como aire de la montaña.

El silbidito marcaba la tarde en todo el barrio, en especial, donde vivía la Morusa. A eso de la seis y media José ejercía pleno dominio del espacio y del tiempo en las mujeres: todas se inquietaban.

No era mal parecido: bigotito a la Pedro Infante, usaba las playeras arremangadas para que se vieran los conejos en los brazos, como a Pepe *El Toro*, tocaba bien la guitarra, en especial el requinto, tenía buena voz y una antipatía natural que lo volvían espesito al ingrato; aunque poseía un embeleso seductor con las mujeres que servían en las casas de los ricos y que como él, se figuraban en el estrellato. Ligaba cualquier oportunidad de la hora del aficionado en la radio para ir a cantar y lucirse. Siempre mandaba saludos a sus chorreadas y a las guapetonas de las cercanías donde estaba trabajando; lo hacía para seguir siendo el seductor del barrio.

La capacitación de macuarro a media cuchara y luego maestro de obra, dio a José una especie de autosuficiencia y superioridad que se tradujo en la administración de las cimbras para los trabajos de vaciado. Con ello ganó dinero y mi hermana nada vio, y menos disfrutó de eso; a José se le fue en borracheras, cremas y vitaminas; todo para él.

La Morusa procreó siete hijos con José. Todos salieron algo raros en el carácter, entre resentidos y taciturnos, como si la vida no acabara de ajustarse en ellos.

La Morusa recuerda la mañana en que sintió el deseo de que le pasara algo a José: que un andamio se cayera, que el refresco que abría y dejaba en el rincón tuviera veneno, que lo mordiera una rata y que de la rabia se muriera. Para él no quería una muerte de repente, sino que la sintiera acercándose poco a poco, que apreciara algo del dolor que había producido. Pero luego se arrepentía y llenaba de caricias su recuerdo.

Sin la Morusa Estrella se siente triste, piensa que en la tierra sólo queda ella de esa familia, uno por uno, Simón, Raúl, Silvestre y su mamá murieron, y ahora la Morusa; la única hermanita que tenía también se fue, como ella sabía que se iba a ir, con el coraje en medio del pecho.

Así murió mi hermana, consumiendo el último coraje que le provocó el desgraciado de José. ¡Desgraciado, mal hombre! Qué tenía que hacer en el hospital, por qué tenía que tocarle el dedo del pie, con eso le vino toda la complicación; ya para cuando llamé a los doctores mi hermana estaba dejando la vida; por más que le grité para que no se abandonara, por más que se lo dije quedito en el oído, no recobró el ánimo; le rogué entre llantos y sollozos que no se fuera, que no lo hiciera por ella, que lo hiciera por mí, por sus hijos; ya nada respondió, sólo se le fue afilando su carita y se le puso poquito alegre, como cuando jugábamos de chiquitas en el cerro.

Ese coraje, la muerte de mi hermana antes de tiempo, me lo tomé de un solo sorbo. Yo no voy a ser como mi hermana, a mí no me va dar el soponcio como a ella. La voz de Estrella se vuelve titilante, como si las canicas hubieran desfondado el morral de las sorpresas.

Esa voz dulce trajo una reflexión con olor a jazmines. José no llena, sigue embabucando y molestando a quien se deja. Ahora me busca para maltratarme, sólo por ser la hermana de la Morusa. El otro día me preguntó, con ese tonito de voz dulzón y agrio, qué si en mi viudez sigo siendo virgen, ¡válgame Dios! Por eso ese chiflidito lo aborrezco. 🍷



El hombre que mira de lado*

Guillermo Samperio

GUILLERMO SAMPERIO

México, DF, 1948. Es autor de más de veinticinco libros (cuento, novela, ensayo, literatura infantil, poesía y crónica). Sus más recientes publicaciones son *La mujer de la gabardina roja y otras mujeres* (Páginas de espuma, Madrid, 2002) y *Después apareció una nave. Recetas para nuevos cuentistas* (Alfaguara, México, 2002). Recientemente, a manera de homenaje, el Fondo de Cultura Económica publicó la reunión de sus veinticinco años de obra cuentística. Ha obtenido, entre otros, el Premio Casa de las Américas (1977), el Nacional de Periodismo Literario al Mejor Libro de Cuentos (1988) y el del Instituto Cervantes de París dentro del Concurso Juan Rulfo 2000 de Francia. También ha sido un intenso difusor cultural en instituciones como Bellas Artes, Universidad de las Américas, Secretaría de Educación Pública e Instituto Politécnico Nacional; asimismo, es destacada su labor como formador de escritores y guía de talleres literarios. Actualmente es coordinador general de Ad'hoc Ingeniería Cultural, director de la Fundación Cultural Samperio, columnista del periódico *El Financiero* y colaborador de las revistas *Nexos* y *Quo*.

Sintió la pistola en el costado derecho de su cadera, bajo el saco. Su corbata negra parecía una larga y familiar lengua. La tarde se había convertido de pronto en un borrón cenagoso. El hotel estaba a una cuadra, el lettero ladeado. En uno de los últimos actos de su vida, vería de frente al coime del hotel, a los ojos, directo, sin vergüenzas angustiantes. Mientras se puso en marcha, recordó que sólo había visto a los ojos a un par de ancianos moribundos. A la demás gente, siempre se le imposibilitó verla de frente. Esta manera de ver sin ver a los demás le provocó que los ojos se le dislocaran. Aunque su madre le ordenara “Míreme a los ojos”, el hombre no podía. Tampoco pudo mirar a los ojos de su esposa, pero ella así lo quiso, esquivo, apocado, medio feo. Ella no era, es cierto, ninguna beldad. Ni siquiera a sus hijos, los dos mayores ya casados, los podía ver a los ojos.

Se cercioró de que la pistola estuviera en su lugar, próximo a la entrada del hotel. Como un sentenciado a muerte, empezó a recordar momentos de su vida. De niño nunca supo por qué su padre lo mandaba a comer en la cocina, con la sirvienta. Ya adolescente, su madre lo llamó y le dijo que iban a hablar de mujer a hombrecito. Le contó que cuando él había nacido, su padre exclamó que no iba a ser hijo suyo un trozo de carne tan feo. Que por ello comía en la cocina y era la razón de que estudiara en escuela pública, mientras sus hermanos iban a la de colegiatura; un camión los llevaba y los traía a la puerta de la casa. Por ello él tenía que irse en autobús y en pesero, en el metro y caminando. En el colegio, los maestros lo adoptaban de mozo; iba por cigarrillos, les borraba los pizarrones, les boleaba los zapatos. El de sexto año de primaria

lo violó en varias ocasiones, pero esa experiencia no le cambió el sexo; pensaba que era su obligación empujarse ante el maestro durante algunos recreos. Sus compañeros lo apodaban *El Chueco*, apodo que ha llevado hasta los 63 años. Ellos eran más crueles con él; por ejemplo, lo azotaban en cualquier parte del cuerpo, le metían la cabeza al inodoro. En una ocasión hubo un gran lío, pues casi le desprenden una oreja, la cual le quedó más abajo que la otra. Esto le sirvió de alivio para no ir a la escuela durante un mes.

Abrió la puerta del hotel, el pasillo se veía a media luz, se acercó a un mostradorcito. Un hombre de tirantes y corbata de moño lo esperaba. *El Chueco* tomó valor, desladeó los ojos y miró de frente al hombre; éste le preguntó que si venía acompañado. Ante la pregunta, no

pudo evitar revolver de nuevo los ojos y mirar de lado. Respondió que no, que la habitación era para él, que allí pasaría la noche. Subió al cuarto y nada más encendió la luz, las cucarachas corrieron a esconderse. A él no le importó, se fue hacia la ventana, descorrió las cortinas y vio cómo la ciénaga de la tarde se convertía en oscuridad terrosa. Sacó la pistola y la puso en el buró, se recostó en el camastro. Pensó en el discurso que dio un compañero de la oficina con motivo de la jubilación de *El Chueco* dos meses atrás. El hombre empezó a hacer alguna broma, como aquella de que *El Chueco* tenía los ojos de aeropuerto: mientras uno subía el otro bajaba; y luego otro chiste y otro. Los demás se aguantaban la risa hasta que explotó una aquí y otra allá, generalizándose; *El Chueco* notaba cómo les salían lágrimas a los bromistas, en especial al gerente general. Cuando llegó a casa, le comentó a su esposa y ella le dio la razón a los de la oficina. Le dijo algo así como que a esa cara y a ese cuerpo de costal desgarbado sólo le faltaba hacerle bromas.

Ella se había opuesto a que su marido se jubilara. Le dijo claramente que no lo quería tener todo el día en la casa. No era que él no de-

seara seguir trabajando en la notaría, sino que sentía una fatiga profunda. El primer mes de su jubilación se la pasó acostado por completo; nada más se levantaba por comida, dormía y no pensaba en nada. Uno de los últimos días, el mayor de sus hijos le reclamó que estuviera de flojo, pero *El Chueco* siguió en la cama. Una noche se juntaron los tres hijos, dos nueras y su mujer y, tomando la palabra otra vez el mayor, le dijo que o se levantaba o lo internaban en una casa de asistencia. Sin mediar palabra, *El Chueco* se levantó, no miró a nadie a los ojos, se puso su traje pardo, una corbata negra como larga y familiar lengua. Los demás se salieron y todavía escuchó al menor exclamar en voz baja “pinche *Chueco*”. Antes de salir, tomó la pistola que se ganó en un sorteo de la notaría. Se dijo que ya era tiempo y se dirigió al hotel. Un par de cucarachas se le suben al rostro y no les dice nada. Poco a poco otras se suben a su cuerpo, se meten bajo su ropa. *El Chueco* permanece imperturbable, extiende el brazo, toma la pistola. ●

* Este cuento formará parte de una antología-homenaje a Raymond Carver, por tratarse de textos narrativos realizados a la manera del escritor norteamericano.



Luego, te escurriste bajo la sábana*

Antonio Fuentes

ANTONIO FUENTES

México, DF, 1942. Guionista y narrador. Ha publicado en las antologías *Libertad bajo palabra* y *Escritores del Mural* (Centro Cultural Latino de Santa Cruz, California). Es colaborador de las revistas *Eagles Quality* y *River Voices* en Los Ángeles, California. Ha sido integrante del taller literario de Guillermo Samperio por más de tres años. La editorial Moon Light está por lanzar su volumen de cuentos *Los gamberro de la noche* y su novela *Al borde de la arena*.

...quién sabe por qué yo no aparezco en sus sueños.

Y eso me molesta un poco, pero jamás se lo digo.

“Quien quiera que hubiera dormido en esta cama”,

RAYMOND CARVER

Lo siento como el sudor que me escurre por la cara y el cuello, me pegotea a la sábana; lo puedo sentir a pesar de la somnolencia espesa que me confunde los pensamientos. ¿Sigues ahí? En tu posición obscena de hace tres horas: las piernas que penden de la cama, que tocan apenas el gastado tapete de hule; con la cara hacia la ventana sin importar que los ojos se te inunden de sol.

Me deslumbra la luz rojiza que se cuele por entre las cortinas. Sólo distingo la silueta del buró donde adivino los cigarros regados, pastillas y cápsulas de colores vivos; la ceniza desparrramada, tu llavero y un sinfín de objetos mudos.

Es la tarde parecida a otras muchas tardes, como las canciones que hablaban de nosotros y que, a fuerza de escuchar, terminamos por aborrecer. Como este cuartucho de olores rancios que buscan los rincones; que fantaseamos como refugio de novela; donde veníamos a parar cuando nos acosaban las calles, ¿recuerdas? Pequeño reino para dos cuerpos feroces, para razones hartas de recelo y desamparo. Escucho golpes que resuenan a los lejos; murmullo de voces de al-

guien que no miro. ¿Aún estás ahí? Quiero creer que sí, que piensas en mí. Si estuviéramos en nuestro juicio te pediría que me juraras cariño.

¿Cómo se inició esto? Recuerdo que lo mencionaste y me sacudió un temblor incontrolable. Pero te contesté que sí, que era buena idea, estaba de acuerdo; se me ocurrieron una serie de disparates que sólo yo festejaba. Esperé que, a través de alguno de tus gestos, viniera la broma. Nunca llegó. Hablabas para ti misma, convencida; crecías en igual medida que mi miedo. Tus frases se me alojaron en la mente; re-tumban, hasta ahora, en eco subterráneo.

Vagué desamparado, dolorido, siempre al acecho de algo inesperado. Dejé de verte unos días, inventé no sé cuántos males y tareas. Pronto me angustié, no sólo por la lejanía física, sino por algo más lacerante: tu ausencia me ar-día en el vientre, me hería.

Te miro con mi asombro de siempre: tu vientre blanco y, sobre él, reposando, tus manos; al fondo, entre tus pechos, tu barbilla y tu nariz. Es lo único que puedo ver de tu cara que persiste en mirar hacia la calle, como si trataras de llevarte esas imágenes. No escucho que te quejes, sólo el ruido de los coches que pasan allá abajo, con sus bocinazos fugaces. Este sopor no me deja pensar con claridad; sólo pedazos de vida, de esos que se creen adormecidos, acuden

sin permiso. Las cosas las veo difuminadas en rojo; tu cara y tus pechos se diluyen en esos tonos. Frente a mí, veo tus muslos largos y en el medio, tu misterioso sexo oscuro.

Luego te busqué, deseando con violencia que hubieran pasado esos instantes tan de ti, que trastocan los míos y los llenan de zozobra; los momentos que creo reconocer, pero que igual me asombran. Te busqué quizás intentando acomodo para mis sentidos y empecinado en creer que todo era pasajero, que volveríamos a pasear por el centro de la ciudad donde, me doy cuenta ahora, se anidaron nuestros pasos, nuestras palabras.

A partir de ese regreso, te miré de manera diferente: te observaba con detenimiento, esperando algún asomo de tus palabras acostumbradas. Un buen tiempo estuve con incertidumbre; luego, poco a poco, esa inquietud se me fue adormilando. Estaban latentes en algún lugar y llegaron cuando más desprevenido me encontraba, como si hubieras esperado para tomarme de pronto. Esta situación fue una copia de la anterior y mi miedo retornó jadeante. Me fatigaban los días, los pensamientos.

Quise saberte, no obstante, aprehenderte, pero a cada momento se me mostraba algún fragmento desconocido para mí; sentía que, a pesar del tiempo, me eras desconocida, que te mostrabas con desalentado doblez. Que yo no pertenecía a tus historias. Por ese tiempo, como ahora, mi deseo por ti era más grande que el miedo a tus palabras.

El sol rasante te llena de luz y sombra, me recuerdas una foto con paisaje soleado, donde las montañas lanzan sombras y luces inclinadas. ¿No quieres que vayamos a caminar o quizás al cine a ver una película de suspenso? Yo prefiero quedarme aquí y, aunque me aturde esta pesadez caliente, prefiero seguir mirándote, amarte desde el fondo de mi miedo.

Este día fue de aquellos en que cambiabas. Viajaste de la languidez de tus palabras a la alegría de tus deseos; de tus ausencias oscuras a colmar de pasión mis horas. Como siempre, me





contagiaste tus ardores. Fuimos el pequeño radio al que nunca oía por estar con mis sentidos en tu cuerpo; fuimos nuestro viejo rito: te sacaste el vestido por sobre tus hombros, me diste el cigarrillo invitándome una fumada. Tus designios enganchados en otro lugar y otro tiempo. Luego, te escurriste bajo la sábana y mis caricias.

Caminamos las calles de siempre hasta que el cansancio nos trajo aquí. Parecía que mirabas a través de los edificios y las cosas por donde íbamos. Las pocas palabras que logré sacarte fueron un rompecabezas que, después de toda la mañana, quedó armado. Te habías decidido y querías que yo lo hiciera por mi propia convicción, sin ningún tipo de chantaje. En esos momentos me parecías profundamente triste y desvalida.

Sí, porque a pesar de tus palabras terribles, de tus terribles decisiones, yo siempre quedaba, al final, con una inmensa pesadumbre de saber que sufrirías por algo que yo desconocía, un mundo vedado para mí y que, por lo mismo, ni yo ni mi cariño establecían un alivio para tus sufrimientos, tus soledades. Me decidí sin ninguna presión. Los motivos los arrastrabas desde otras vidas, pero ya no importaban tanto, pensaba, mientras caminamos hacia acá. Poco a poco me fui llenando de esa otra angustia, la que hace pedazos mis reflexiones y que corre paralela a mi miedo, al dolor físico: imaginar mi vida sin la existencia de

tus muslos, sin tus pechos blancos y tibios, sin tu cuerpo. Una angustia habitó mi mente y se impuso a mis temores.

Me siento sumergido en líquido espeso; me sofoca y me entumece. Dime algo, Cecilia; ¿sientes miedo como yo? ¿Alguna vez notaste el mío? Cuánto habrás reído cuando me veías aterrado, tan pusilánime. Di algo que rompa este silencio. Dime algo aunque me estremezca.

Fuimos a comprar una botella de Bacardí; de regreso me dijiste, sin que a mí se me hubiera ocurrido, que el pastillerío lo traías en tu bolso. Así de sencillo, como si hubiera sido una plática sin importancia; tu firmeza me trastornó y varias veces estuve a punto de decirte, suplicarte, que pensaras bien las cosas, que sería mejor esperar algunos días. Pero miré tus ojos limpios y decididos y, al final, no dije nada, me guardé mi miedo para otra vida. Siento que alguien me levanta por los hombros; creo ver varias caras y me escucho suplicar algo que no tengo preciso. Me golpean las mejillas. ●

* Este cuento formará parte de una antología-homenaje a Raymond Carver, por tratarse de textos narrativos realizados a la manera del escritor norteamericano.

¿Y si llama al 911?*

Ivonne Reyes

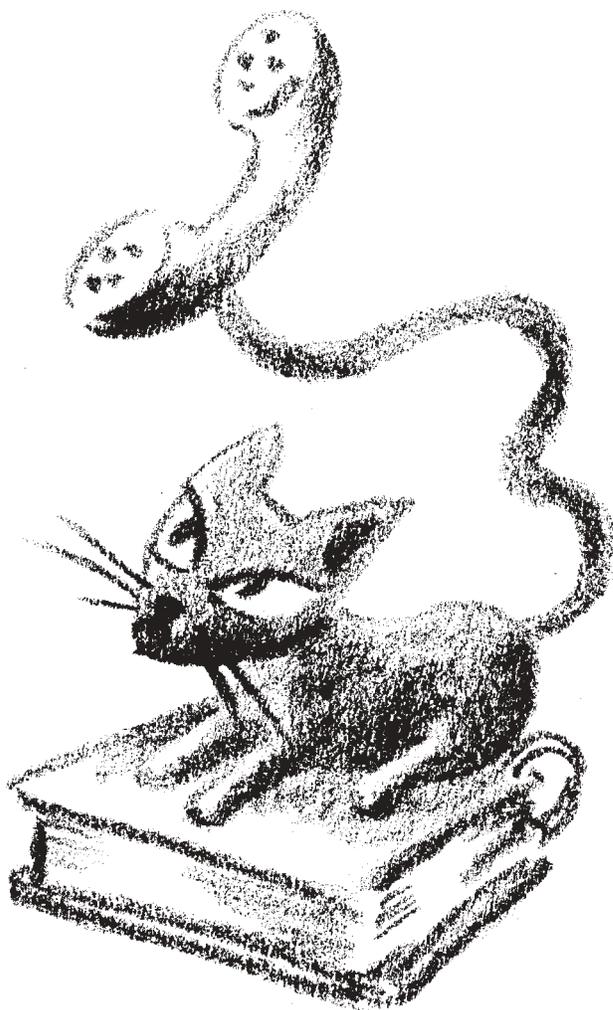
Esa mañana Ted abrió los ojos cuando el sol ya estaba pleno. Se había dormido vestido y con zapatos, se reacomodó y sintió un dolor agudo cerca del ombligo: tenía incrustada la hebilla del cinturón, la desabrochó y recobró la misma postura de toda la noche. Un brazo le colgaba hacia el piso, sintió el borde de un vaso que estaba volcado sobre la alfombra. Abrió los ojos para mirarlo: estaba vacío. Giró la cabeza hacia el otro lado de la cama y observó la colcha tensa, en la llanura azul claro de la tela se distinguía una quemada de cigarro reciente; Ted consideró buscar la colilla que la había producido, pero prefirió desviar la mirada hacia la ventana. Se deslumbró, la cortina estaba descorrida; calculó que sería la una de la tarde. Estaba seguro de que era un día entre semana, pero no sabía a ciencia cierta si era miércoles o jueves, tal vez martes. Pensó en ir hasta el buzón para recoger el periódico, pero permaneció acostado; cerró los ojos. Le vino una sensación de mareo y bajó un pie para hacer contacto con el piso. Tenía un sabor de boca denso y amargo, era probable que hubiera vomitado. Escuchó pasos en el piso de arriba y las puertas de un clóset abrirse. Despegó lentamente los párpados, observó que el foco en el centro del techo estaba encendido. Reincorporó el brazo colgante y sintió un hormigueo persistente que le recorría desde el codo hasta las yemas.

—M... —intentó decir algo, pero sintió los labios pegados—. Tal vez en la nevera habría jugo

frío, pensó. Un galón de jugo de naranjas de Florida, cien por ciento natural, frío. Ella siempre tenía jugo en la nevera. Ted no ha bebido ni un vaso desde que ella se fue. Seguro debe haber jugo en la nevera, concluyó, y giró hacia el otro extremo de la cama. Hacía calor y la sensación de frescura de la tela de algodón lo alivió. Debía tomar algunas decisiones importantes, replantear su vida. Planear, por ejemplo, qué día de la semana iría al supermercado para que nunca faltara jugo en la nevera. Aunque tal vez no sería necesario tomar el coche y manejar hasta el Club de Precios. A ella le gustaba complicarse. En el mini-súper también venden jugo, reflexionó, y basta con bajar hasta la acera, dar una docena de pasos, regresar a casa con el maldito jugo y beberlo. Nada más. Sin complicación alguna. Y para el desayuno, con un par de panqueques sería suficiente. Compraría de los congelados y los calentaría en el horno eléctrico. Como recién horneados. Aunque esos no los venden en el mini-súper, por esos sí tendría que ir al Club de Precios, pero con comprar dos bolsas bastaba para ir cada cuatro semanas a ese maldito lugar. Ahora que estaba solo, todo le duraría el doble, pensó al abrir la puerta de la nevera. Porque cuando Ted reparó ya estaba frente al frigorífico, con la puerta abierta y un galón de leche reducido en grasas en la mano. Revisó los anaqueles. No había jugo. Le dio un trago a la leche. Sintió asco.

IVONNE REYES

Licenciada en Comunicación por la UIA ciudad de México y egresada de la escuela de escritores de la Sogem Coyoacán. Actualmente es coordinadora del Área de Textos en el despacho cultura Ad'Hoc que dirige Guillermo Samperio. Escribe narrativa y teatro. Es integrante del grupo literario "Palabrijes" y ha publicado en diversas revistas y suplementos culturales. Dos de sus obras dramáticas, *El ajustador* y *Huele a chivo*, han sido puestas en escena en teatros del DF. Participa en los talleres de cuento de Guillermo Samperio y en el de teatro de Gabriela Ynclán.



—Maldita sea, dejó un galón de leche de la que sólo a ella le gusta y no pudo dejar un poco de jugo— tiró la leche restante al drenaje y el recipiente vacío en el bote de basura. —¿Quién y cuándo recogerá la basura?—, se preguntó. Abrió nuevamente el frigorífico. Algunas manzanas, un trozo de queso, un par de yogurts de arándano. Definitivamente no había jugo. Ted azotó la puerta y caminó hasta la estancia, se desplomó en un sillón. Cerró los ojos y con las puntas de los índices se dio una masaje en las sienas. ¿Cuánto dinero habría en la cuenta? Tendría que ir al banco a preguntar, era necesario saberlo para poder planificar su vida. Estaba seguro de que por ahí habría un maldito estado de cuenta. Sería cuestión de buscar entre los papeles que estaban en... en algún cajón. Debía existir no uno, sino varios estados de cuenta. Ella siempre guardaba todo lo importante. Mejor mañana iría al banco a preguntar y después a comprar una libreta, de esas pequeñas, de preferencia con pasta negra y una liga para poder guardar dentro algunos papeles, tickets, comprobantes, boletos, ese tipo de cosas que si las tienes, no pasa nada, pero que si las pierdes, te joden la vida. Una libreta para anotar las entradas y los gastos. Debía planificarlo todo. No quería que su vida se convirtiera en un desastre. Ella no tenía razón, definitivamente, no le iba a dar la razón. Aún tenía dinero, estaba seguro de que debía tener varios cientos de dólares, lo suficiente para algunos meses; después ya vería.

Ted sintió un par de punzadas en la sien, se iba a dar otro masaje, pero prefirió levantarse. Abrió una gaveta del armario y sacó una botella de whisky. Le dio un trago largo; tocaron a la puerta. Se limpió la boca y tuvo el impulso de esconder la botella, pero reflexionó: estaba solo, ya no era necesario. Le dio otro trago; sonriendo, puso la botella sobre la mesita de la sala, en el lugar más visible, y fue a abrir.

Antes de girar el picaporte, se preguntó quién sería. Tal vez el casero, y Ted no tenía ni idea de qué fecha era. Si ya era tiempo de pagar el alquiler, tendría que disculparse y salir a com-

prar esa maldita libreta para poder empezar a planear su vida.

—¿El mustang azul estacionado allá abajo es de usted?

Ted conocía a esa mujer, pero no recordaba de dónde. La observó: vestía una especie de túnica delgada, bien podría ser un camisón. Las sandalias de piel le sugirieron que era un vestido. Tenía el cabello corto y rizado. Una gruesa gota de sudor descendía con lentitud por su carnosa papada hasta que encontró cauce en la unión de los senos.

—¿Es de usted el mustang azul? —repitió la pregunta—.

—¿Eh? No —observó que la puerta del departamento de enfrente estaba abierta. Entonces recordó: era su vecina—.

—¿Y no sabe de quién podrá ser? —insistió la mujer—. Está ahí desde anoche.

—No —vio que el televisor de su vecina estaba encendido. Se preguntó quién la estaría viendo—.

—...nadie sabe nada. Desde anoche le toqué, pero usted no estaba. Y hoy en la mañana, tampoco...

—No, lo siento, no sé —le dijo—. Tal vez, la mujer había dejado el aparato funcionado solo.

—Ya no sé qué hacer —se pasó una mano por la frente brillante—. He preguntado departamento por departamento y nadie sabe nada. El calor está subiendo cada vez más y ese pobre

gato... —Y después, en un susurro de suspenso completó—: Es que hay un gato dentro del mustang. Desde anoche lo escuché. Por el maullido, debe ser pequeño, pero hace rato que no lo he vuelto a oír, me temo lo peor...

—Pues lo siento, pero no la puedo ayudar —al parecer era un programa de concursos, ¿qué clase de persona podría estar viendo a la una de la tarde un programa así?—

—No lo he visto, pero lo escucho claramente. A lo mejor está atorado en el motor, no sé. Y el calor tan terrible que tenemos hoy.

—¿Y si llama al 911?

La mujer se dio media vuelta y se metió a su casa hablando entre dientes. Ted creyó ver una sombra que se levantaba del sillón frente al televisor antes de que la vecina cerrara su puerta. Pensó que sería buena idea tratar de conocer un poco más a quienes vivían a su alrededor. Eso también lo anotaría en la pequeña libreta negra.

Regresó a su sala con mejor ánimo. Fue hasta la ventana y observó el mustang estacionado, era azul eléctrico. El sol de la tarde caía implacable. Dios, alguien debería ayudar a ese animal —pensó— y fue hasta la cocina por un vaso con hielo para servirse un whisky. 🍷

* Este cuento formará parte de una antología-homenaje a Raymond Carver, por tratarse de textos narrativos realizados a la manera del escritor norteamericano.

Un día de trabajo

Fernando Cepeda Sáenz

FERNANDO CEPEDA SÁENZ

Licenciado en Administración de Empresas por la UIA Torreón, Institución en la que también formó parte del Taller Literario. Actualmente estudia una especialidad en Santiago de Compostela, España.

Por el momento todo iba bien. La carretera se extendía sobre el llano como una serpiente interminable. El calor se detenía en los ángulos del cuerpo. Fidel conducía con las manos fijas al volante y su concentración era clara. Las rejillas del tablero soplaban aire frío. Su velocidad era estable, pero cada vez que tocaba una recta, dejaba caer el peso de su pie sobre el acelerador. La urgencia del trabajo la cargaba en el pecho como una bola de humo que se hace sentir con la respiración. A un costado de la carretera, un anuncio metálico indicaba “General Urquiza 2 km”. Su destino estaba cerca.

Dos kilómetros más tarde, la camioneta de Fidel avanzaba despacio. Todo era polvo. Había llegado puntual al despepite. El trabajo y la gente lo esperaban. Antes de bajar de la camioneta, aseguró el maletín detrás del asiento del copiloto. De la guantera sacó un sobre y lo guardó en la bolsa del pantalón. Tomó el teléfono, cerró los seguros y bajó. De la oficina salió Vicente.

—No han llegado los camiones, Fidel.

—Ya vienen, hablé hace quince minutos.

Fidel se dirigió a la oficina y Vicente fue detrás de él. La cuadrilla de estibadores esperaba bajo un tejado de aluminio frente a las oficinas. Miraron ansiosos a Fidel, hasta que desapareció detrás de la puerta.

—Buenas

—Buenas— apenas murmuraron dos hombres que tomaban el sueño. Estaban sentados como muñecos—.

Las paredes guardaban el vuelo de las moscas, pero cada vez que alguien entraba, se echa-

ban al aire. Se dirigieron al fondo de la oficina. Fidel sacó el sobre. Encerraba dos centímetros en billetes y una carta que autorizaba la salida del algodón.

—Esto es para la cuadrilla, esto para el fiscal y ésta es la carta de salida.

Vicente contó el dinero, anotó las cantidades en papel y asintió. Los dos hombres, entre el sueño y las moscas, no dejaban de observar a Fidel.

—¿Y lo de la báscula, Fidel?

—¿Qué báscula?

—El peso de cada camión.

—¿Cuánto es?

—Veinte pesos por camión, hoy vienen dos.

—Agárralo de lo que traigas, después hacemos cuentas.

—¿Y lo de la gasolina?

—También.

—¿Ya te vas?

—No, me quedo hasta que lleguen los camiones.

—¿Vas a ir al banco?

—Sí.

—¿Cuándo terminamos de sacar todo el algodón?

—En dos días, hoy queda liberado después del depósito.

La respiración de un motor se anunció a lo lejos. Después se cortó en pausas forzadas. La trompa del camión entró al despepite. Los estibadores tomaron sus ganchos de acero y se encaminaron hacia las pacas. Fidel salió de la oficina en dirección al camión y pudo ver que el segundo estaba detrás. Dentro de la oficina,

Vicente regulaba la báscula y le gritaba al conductor que se alineara sobre la plataforma. Las pacas de algodón formaban líneas blancas que se esparcían por el patio, que se abría a un costado de la oficina. El primer camión se pesó y fue en busca del lote que Vicente había marcado. Eran cien pacas rayadas de azul por las costillas. Los estibadores enderezaron las primeras pacas y ordenaron la posición del camión.

Un estibador se había rezagado de la cuadrilla. Al mirar a Fidel le sonrió. Llevaba el pecho desnudo y una cicatriz como ciempiés se dibujaba sobre su estómago. Comenzó a caminar rumbo a Fidel. Cargaba el gancho en su mano derecha. Más que un gancho, era un garfio que alcanzaba cincuenta centímetros de largo y cinco de diámetro. La punta era tan fina como la lengua de una serpiente. Fidel vio que se acercaba y decidió ignorarlo. El estibador caminaba lento, columpiando su peso de una pierna a la otra. Despacio, la sombra fue tocando las botas de Fidel hasta envolverlo más allá de su cabeza. Un instante después lo tenía frente a su cara.

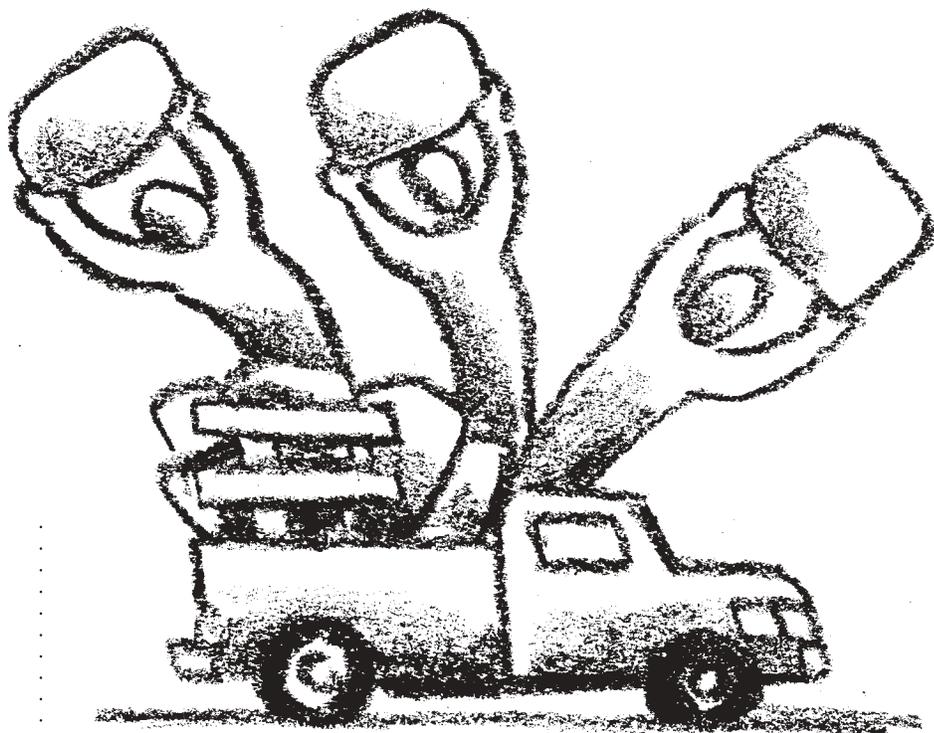
—¡Jefe!

Un tufo de alcohol y mierda alcanzó a Fidel.

—¿Miró el partido ayer, jefe?

—No—contestó Fidel. Sus ojos apuntaban a las pacas—.

Se apagó el primer camión. Los estibadores arrojaban las pacas al remolque y los golpes se escuchaban sofocados. El segundo camión se pesó y fue hacia el otro lote marcado. Vicente



salió de la oficina y ya caminaba entre las pacas cuando Fidel lo alcanzó con la mirada.

—¡Siempre es lo mismo, jefe! Dos oportunidades claras y nada. La verdad no entiendo. ¿Y sabe qué es lo peor, jefe?

—¿Qué?

—Que ya me estoy cansando, jefe —continuó el estibador. Su cuello estaba negro y flojo, pero sus hombros mostraban potencia—.

Fidel meneó la cabeza de arriba hacia abajo en cortos movimientos. Sus ojos seguían tendidos sobre las pacas. La sombra del estibador le restaba un poco de calor, pero el olor espeso de carne sudada lo empujaba hacia el sol. El estibador hablaba con todo el cuerpo y en dos ocasiones rozó los pantalones de Fidel con la joroba del garfio. Fidel intentó alejarse con disimulo, pero el estibador lo alcanzó de un paso.

—Y que ya casi, que nos faltó poco, que la próxima, pero al final perdemos. Dos a cero contra Ecuador, ¡qué mamadas!

—Si —contestó Fidel, y caminó con decisión hacia la camioneta—.

Bruscamente, el estibador cambió el garfio a su mano izquierda. Dejó la derecha libre y tomó a Fidel por el antebrazo. Lo acercó a un puño de su rostro y le hincó el pulgar con fuerza.

—¡Présteme para una cerveza!

Fidel intentó zafarse pero advirtió la fuerza de la garra. Buscó a Vicente y lo vio de perfil. Tenía los brazos en movimiento y una sonrisa desnudaba su ánimo. Dos estibadores platicaban con él y compartían gestos. Después volvían a la rutina. Fidel contó las pacas. Por cargar, había más de la mitad. Era el primer camión. El segundo dejaba escuchar el ruido de su motor.

—¡Una cerveza, jefe!

Fidel intentó fijar su mirada en el garfio, pero el sudor de la frente le caía a los ojos.

—No traigo.

El estibador hundió con más fuerza el pulgar.

—¡Présteme!

—No traigo.

—¡Cinco pesos!



—De verdad, no traigo.

—¡Cinco pesos!

—Si trajera te los daba, pero no traigo. ¡Suélteme!

—¡Una cerveza!

—¡Qué no traigo! —contestó Fidel. Intentó girar el antebrazo y deslizar la uña del estibador a otro pedazo de carne—.

—¡Qué le crea su madre!

Fidel sintió el acero caliente por detrás de su pierna. Se deslizó con seguridad de la rodilla al glúteo, hasta que la punta del garfio alcanzó los testículos. El estibador soltó el antebrazo de Fidel dejando media luna de hendidura. Dio un paso hacia atrás sin jalarla, y con el codo estirado, dejó juego para tirar del garfio.

—¡Qué me preste!

—Termine el trabajo y...

—¡Sus huevos! —interrumpió en seco el estibador y tiró del garfio la mitad de la distancia—.

Fidel gritó lleno de aire. Después quedó bajo las órdenes del garfio y volvió a gritar, inermemente. Miró a Vicente de espaldas señalando el algodón. El segundo camión seguía en marcha y no dejaba cruzar ningún sonido. La muñeca del estibador giraba como si abriera la llave del agua. Fidel intentó un nuevo grito, pero se desgarró en un lamento. El estibador acortó el resto de la distancia. Unas gotas de sangre mojaron la tierra.

—¡Quieto!

—¡Suélteme!

—¡No se mueva!

—¡Suélteme!

—¡Qué no se mueva!

—¡Suélteme, suélteme!

—¡Cállese!

—¡Qué me suelte!

—¡Cállese! Le va a ir peor.

—¡Suélteme! —gritó Fidel y con su mano trató de disminuir la intensidad del garfio. Logró aflojarlo por un momento, pero después se enganchó en otra zona de los testículos. La sangre caía en hilos largos.

—¡No se mueva! —dijo el estibador—.

Fidel apretó el puño derecho y en una explosión, lo chocó contra la nariz del estibador, que cayó de espaldas. Su mano seguía trenzada al garfio. Tumbado sobre la tierra, notó que la punta cargaba un pedazo de tela y un pellejo con sangre.

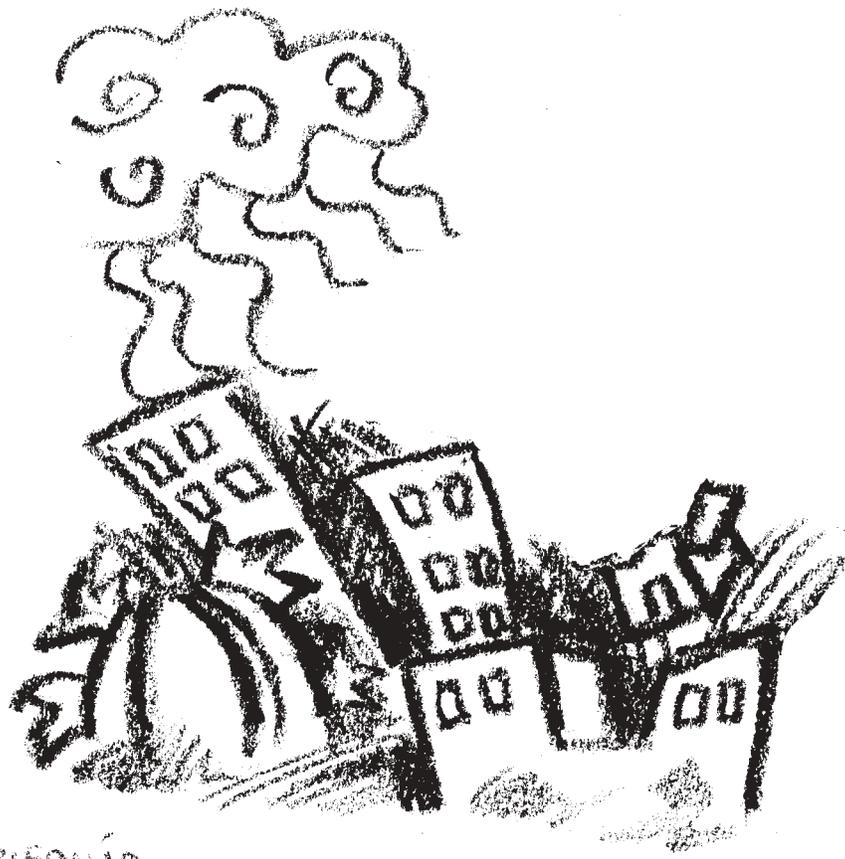
Unos metros adelante, Fidel caminada des cuadrado hacia su camioneta. Lo seguía un rastro ondulante de sangre. Antes de meter las llaves giró la cabeza hacia las pacas. Vicente lo miraba con los brazos tiesos, como un animal diseado. Sus miradas se cruzaron con fuerza. Fidel subió a la camioneta. Deslizó la mano derecha detrás del asiento del copiloto. Inhaló todo lo que pudo y soltó el aire despacio. Encendió el motor y salió del despepite. 🚗

Santiago de Compostela, agosto 2003

III

Despierto en un cuarto sin puertas ni ventanas, el techo es una reja de hierro a unos metros de mí. El ambiente está frío y el cielo no tiene estrellas. Siento cómo cae la lluvia sobre mis labios rotos, pero no hay ruido ni luz ni olores distintos al mío. Mis manos ya no están atadas, pero no hay qué rasguñar con ellas. Mis piernas están libres, pero no hay espacio para correr, ya no hay quién me siga hasta aquí.

Un solitario rayo de luna trata de encontrarme y yo busco alcanzarlo con mis manos sucias y ensangrentadas para hacer una cuerda con él. Pero el rayo se va y me deja sola, con mi llanto. Las gotas de agua intentan sanar mis heridas con caricias tenues; son ellas las que me acompañan esta noche y se mezclan con mis lágrimas. Lloro porque sólo hay algo pudriéndose en el cuarto: mi cuerpo. Soy al menos una voz que grita histérica a la luna. Se me acaba la noche, sigo gritando, tal vez ésta sea mi última noche: me volveré un oscuro secreto. ¡Qué no se detenga la lluvia aún! Qué no se detenga...



Recordatorio para un breve final

Luis Paniagua Hernández

LUIS PANIAGUA HERNÁNDEZ
Nació en Guanajuato en 1978. Estudiante de Letras Hispánicas en la UNAM. Ha publicado en las antologías del primer y segundo encuentros de talleres de creación literaria del CCH y en las revistas *Punto de Partida* y *Rocinante*. En el 2000 obtuvo el primer lugar del certamen "José Emilio Pacheco" con el poemario *Oscuro sabor de los presagios* y en 2003 una mención en el concurso de la revista *Punto de Partida* con *Palabras dispersas*. Ha sido integrante de los talleres literarios dirigidos por Leonel Robles, Otto-Raúl González, Armando Zamora y Francisco Hernández.

La tarde deja caer sobre los árboles
una sentencia de pájaros.
Hablar para olvidar que estamos vivos,
para no pensar que la tarde
trama su venganza para el día siguiente.

Mis pensamientos recorren el día
como una marejada,
el olvido es este tranvía
que pasa en otro tiempo.
El sol se deja resbalar por los recuerdos.
Una golondrina que pasa volando
sobre el oleaje bruñido de los autos
es esta mirada.

Una mano se alarga
y me coge del brazo:
el pasado.
Esta ciudad de pasos inconclusos,
de historias a medio escribir,
cierra sus puertas al día.

El fin del mundo es este
atardecer tan cotidiano,
el desastre es el mismo siempre
(agua astral
que gotea sobre los sueños

de los hombres),
este silencio de los hombres,
este murmullo de las bestias mecánicas.

El lomo cobrizo de la tarde,
la desintegración de la palabra del día,
el asombro vedado de la vida,
la noche que se descuelga
de las paredes de la noche
como un contraveneno
para el veneno del día.

Porque callando
el mundo deja desbocado su tacto,
porque en silencio
la noche llega más despacio;
porque soy hombre:
miro
hablo.

Gerardo Enciso: una realidad musical

Carlos Velázquez

Taraná (Fugazi records, 2000), el más reciente disco de Gerardo Enciso bien pudo llamarse “los despojos”. En gran parte por la referencia baudeleriana que además de encontrarse implícita en toda la atmósfera del álbum, le rinde homenaje bautizando a uno de los *tracks* como “Mi flor de mal”. Los despojos también por ser la consecuencia de una ruptura: su mujer lo abandonó por su mejor amigo.

Irremediable, frío y como el mismo Enciso dice, “como un animal creativo y enfermo”, crea un disco que es conceptual y a la vez disperso. 17 rolas en las que la influencia de Tom Waits es inconfundible. Lo interesante es la asimilación, la reapropiación, la reinención y la ubicación de ésta en un contexto particular. Por encima de todo resalta la oscura presencia que hace de la musicalidad de un monstruo sagrado, uno de los artistas más imaginativos y eclécticos del panorama actual en el mundo de la música, al trasladarla a un concepto mexicanísimo. Lo más satisfactorio al escuchar a Enciso es el descubrimiento de reconocer que no se trata de un simple plagio. Enciso es tomwaitsiano, pero no por imitación, lo es porque al igual que el creador de “Bone Machine” está hecho de la misma madera que anima a Tom.

En un país como México, donde la masificación del pop se ha posesionado de todo espacio, la propuesta de Enciso se manifiesta como una alternativa honesta y original. El impacto de su obra se refleja en la angustia, esa que es universal y que casi siempre se lleva todo el crédito dentro del arte, además de la profunda masticación del trabajo de Waits.

Enciso nos expone su lado más urbano y arrabalero, incluso más urbano que el propio Waits, el urbanismo de un hombre que afirma —como el mismo Gerardo me lo dijo en una entrevista que le hice en una ocasión que se presentó en Torreón—, “Soy sólo un vago que va por la vida con su guitarra”. Y sin embargo él, su guitarra y la banda con la que grabó el material, logró que *La Mosca en la pared*, una de las publicaciones más importantes que sobre rock se escribe en México, considerara a *Taraná* uno de los mejores discos del año. Asimismo, en 1999 se editó un libro, una especie de fotoreportaje que intentaba abarcar a las figuras más trascendentes en toda la historia de México, *Ilusiones y destellos*, del fotógrafo Fernando Aceves, un recuento de todas las generaciones, desde los 60 hasta el momento de la publicación del libro, a pesar de los comentarios nega-

CARLOS VELÁZQUEZ

Nació en Torreón, Coahuila en 1978. Escribe prosa, poesía y crítica musical. Ha publicado en diversas revistas. Es becario del FECAC. Asiste al taller literario del Teatro Isaura Martínez, dirigido por Saúl Rosales Carrillo.



tivos que causó por la exclusión de algunas personalidades, dentro del exhaustivo trabajo que significa compilar la no poca abundancia de rostros rockerones, Gerardo Enciso se suma dentro de los afortunados.

El proceso de creación establecido en *Tarará* es complejo, y por eso, jubiloso; existe una viabilidad de recursos que mimetizados todos en uno no son el mismo, la riqueza musical y textual se dispara, se dispersa y vuelve a unirse, cito una frase de una canción de Enciso: “Y cada que lo pienso vuelvo hacia el mismo lugar”, y aunque en el contexto de la pieza la frase tiene una connotación sexual, es aplicable a toda la atmósfera que se respira en el disco. Todo este ir y venir, subir y bajar, estar en ningún lugar y a la vez todos, se ve descarada y callejeramente repleto de melodías nacidas de noche.

Es un ondón oír el tema con el que abre el disco, “Mírame desaparecer”. La base de esta rola son unas percusiones inusuales en el rock, no es folclor, es la insoportable y afortunada carga tomwaitsiana sumada a la carrasposa voz de Enciso, unas secuencias que imaginan marimbas, una guitarra que si bien no es la de Marc Ribot, si la Alejandro Marcovich, un argentino que fue miembro de la banda de rock más reputada de México, Los Caifanes (hoy extinta), y que no toca nada mal el muchacho. Y como complemento y refuerzo, ese vuelvo hacia el mismo lugar, la manía tomwaitsiana, unos saxos, y qué saxos y arreglos, que inevitablemente nos remiten a rolas como “Jesus gonna be here” y “Way down in the hole” del maestro Waits. Todo eso aunado a una letra que es una queja desfachatada y procaz contra los conflictos del desamor. La elección de las palabras y la manera de interpretarla hacen de ella un rolonón. La autoría del texto es de Roberto Ponce, única no firmada por Enciso. Dentro de sus versos resalta la inconformidad de la cuarta estrofa, “La ventanita de la esquina se negaba a abrir y en la vinata don Benito no quería salir”. Es la búsqueda del abandonado, que para seguir penando su desamor, necesita droga y alcohol.

La complicidad de Baudelaire es revisitada con “El vino”, el mismo título de un poema que forma parte del conjunto de *Las flores del Mal*, la cuarta rola es el reflejo de la situación emocional por la que atraviesa el autor al componer. El vino, dice, “Es buen amigo y como todo buen amigo te puede traicionar, y ya no queda nada más que lamerle el culo a la botella una vez más. Esa perra dijo amarme, sólo tuve que arrastrarme para no verla más”. Aquí la parte musical se lanza en otra dirección, lo que predomina es la lira, hay una rabia incesante y histérica por deshacerse de la tristeza a guitarrazos.

“Una mirada así”, sexto *track*, con la inclusión de un invitado de lujo, es el amalgamamiento de la intimidad encisa y la furia de José Fors, legendario cantante de La Cuca, apócope de cucaracha, grupo de *hardrock* también ya extinto. Los decibeles continúan y se convierte en una de las piezas más sobresalientes, gracias al ya mencionado Marcovich y a la inteligencia de Enciso por rodearse de músicos experimentados, talentosos y de primera línea, como el baterista de jazz Fernando Toussaint, ejecutante que cuenta con más de tres décadas de lona recorrida y que junto a sus carnales fundó el grupo de jazz Sacbé, también ya desaparecido, pero que brincaron a la escena cuando el jazz en México, que ha tenido y tiene sus buenos y excelentes exponentes, sólo se alimentaba de la experiencia local. Sacbé fue de los primeros en salir del país de manera constante y retroalimentarse de la novedad extranjera, en particular de la estadounidense.

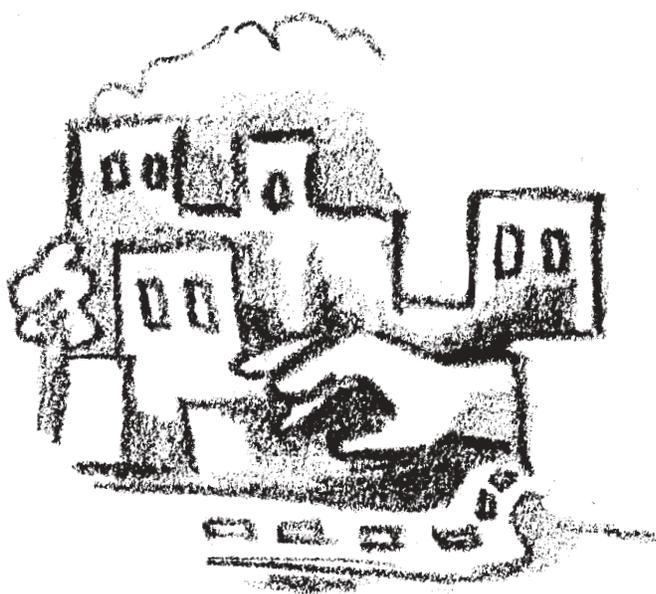
La gema del material es el *track* once, “Salamandra”. El Enciso más rockero, el más vital y prendido se manifiesta aquí. El tratamiento de los metales le da a la canción la distorsión tomwaitsiana, distorsión que se duplica al remitirnos a *Salamandra*, poemario de Octavio Paz. La versión de Enciso, lasciva y desesperada, a ratos guarra y dotada de una sexualidad sin concesiones, porque a estas al-

turas del partido, ya no existen las consideraciones, hace y deshace, y retuerce esa imagen que Paz nos grabó en el inconsciente colectivo, y vomita la versión de su poesía como si la salamandra se exhibiera en la acera de una calle.

“La niña I”, muestra al Enciso más loco y experimental. Una mezcolanza de *freejazz*, extractos de la canción italiana “Passione”, de Tagliaferri y Bovio, cantada con una intención tan burlesca, que nos hace recordar el burlesque, que por momentos se asemeja a “Frank Wild Year’s” de Waits en cuanto a su estructura y disparez.

“La niña II”, cuenta con la colaboración del poetazo Ricardo Castillo, quien con su primer libro, *Pobrecito señor X*, conmocionó la concepción que se tenía de la poesía mexicana. Forzosamente este debía ser el *track* 13, por lo oscuro del tema y por lo cabalístico que nos sugiere el número, y sobre todo, por la correspondencia entre música y poesía. *Es la calle onda* el disco que lanzaron como mancuerna, el cual es como una biblia negra grabada en un disco compacto: oscuridad portátil.

Y aquí está el Baudelaire *dixit*, *track* 14, “Mi flor de mal”. Con esto se podría resumir todo: la sombra del parisino poeta maldito cerniéndose sobre el mexicano que camina de noche por las calles con canciones en la cabeza. Aunque el texto posee una leve emulación baudeleriana, contiene cierta imaginería nostálgica que se enriquece con el talante de Enciso. El rock sigue. Este disco, esta canción, es el reafirmamiento y reposicionamiento del género que ha demostrado ser el más versátil y que se puede potencializar hacia cualquier parte. La música emprende otro viaje y la inclusión de una trompeta y en particular el uso de *loops* y secuencias, demuestra que Enciso, el cantautor que también desciende de Bob Dylan por la vena rockera y poética urbano-arrabalera, no es prejuicioso con los sonidos no orgánicos. La fuerza con la que entra la canción es desbordante y la letra la vuelve más electrizante. “Yo te vi sentada aquella noche en ese bar”. Le reclama su drogadicta



alcohólica soledad brutal. Se autoproclama como un ángel nocturno por la borda, y después de cantarle que es su flor de mal, bendice su alma y la de ella.

Es importante revisar el trabajo anterior de Enciso. Es obvio que al oír *Tarará* se percibe un desarrollo, un crecimiento muy valioso, pero para quienes no han escuchado algo de su producción, sinceramente él siempre ha sido el mismo, su sencillez personal así lo demuestra. Desde aquel loco con sus rolas “Parada suprimida” y “Amo a mi país”, junto con su banda El Poder Ejecutivo, hasta este espectro que para la portada de *Tarará* eligió una pintura bizarra llena de tonos grises, negros y azules, como retrato de un bloque de asfalto y en medio de tanto cemento una pequeñísima margarita sobrevive. El reflejo inmediato del alma de Enciso. La mistificación de la ciudad. Por eso me atrevería a decir que *Tarará* es el mejor disco de Enciso, pero al revisitar su discografía uno puede percatarse de que cualquiera podría ser su mejor disco.

Completamente alejado de la industria y emergido del subterráneo, el disco se editó con el apoyo del Café La Gloria y de la Universidad de Guadalajara en la disquera independiente Fugazi, y fue distribuido por Opción Sónica, ya extinta también. A tres años de su salida al mercado, este artículo podrá parecer obsoleto, más sin embargo la calidad de *Tarará* merece mayor difusión; se trata de un trabajo tan meritorio que se disfruta como si lo hubieran lanzado hoy, y por mucho tiempo se mantendrá así, ya que la revelación que representa la música de Gerardo Enciso en México se mantiene en los terrenos de la atemporalidad. ●

Suscripción nacional por 1 año \$ 180.00
Suscripción internacional por 1 año US \$28.00
Publicación Trimestral

Espiritualidad de los Derechos Humanos

A qué nos incita Nietzsche.

La comprensión zapatista de la guerra

Simone de Beauvoir

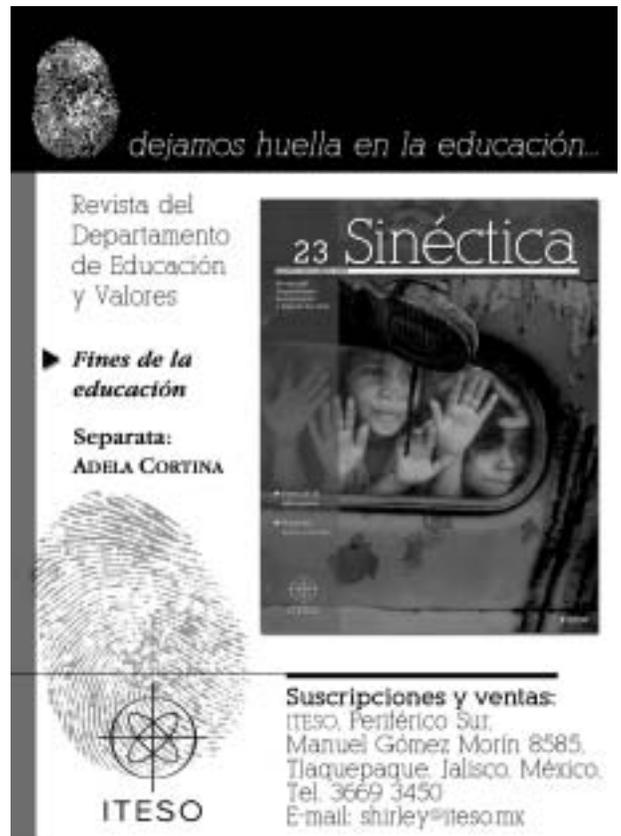
46

Por favor enviar **GIRO POSTAL ORDINARIO a:**
Jorge Manzano, Admón. 39. Apdo. 39-129
44171 Guadalajara, Jalisco.

O depositar a la cuenta no:56-50637614-9
Serfin sucursal La Paz y enviarnos un FAX
-fax (01-33) 3826-7535- de la ficha de depósito.

Xipe tottek

Instituto Libre de Filosofía y Ciencias, A.C.



dejamos huella en la educación...

Revista del Departamento de Educación y Valores

23 Sinéctica

► Fines de la educación

Separata:
ADELA CORTINA

Suscripciones y ventas:
ITESO, Periférico Sur,
Manuel Gómez Morán 8585,
Tlaquepaque, Jalisco, México.
Tel. 3669 3450
E-mail: shirley@iteso.mx

ITESO

El Mensajero

del Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj,
de la Universidad Iberoamericana Torreón

El Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, sj*, de la Universidad Iberoamericana Torreón cuenta, entre diversos servicios al público, con su boletín electrónico *El Mensajero*, el cual llega actualmente a suscriptores de 7 países del mundo.

Este es un boletín virtual en idioma español que se edita mensualmente y es gratuito. Está conformado por ensayos sobre divulgación histórica, divulgación de documentos inéditos, ensayos literarios y reseñas bibliográficas.

La calidad y valor de este boletín ha sido considerado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la cual lo ha reconocido y colocado entre sus recursos de internet como publicación periódica.

Cualquiera puede solicitar suscripción gratuita a este boletín enviando un correo a la siguiente dirección electrónica:

sergio.corona@lag.uia.mx



invitación a colaborar

Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera (marzo), verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por la Vicerrectoría Educativa y dirigida, sobre todo, a la comunidad que integra la UIA Torreón.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la UIA: **acequias**.

Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores de la Universidad.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la UIA, ***Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros, textos de creación literaria, dibujos, historietas o caricaturas.** Tomando en cuenta la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista, habrás de evitar el lenguaje muy especializado, así como la excesiva acumulación de datos o referencias eruditas. Los textos deberán estar escritos de manera clara, sencilla y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al elegir tu tema.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra fluctúe entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original impreso y su versión en disquete (que será devuelto luego de copiar el archivo correspondiente).

Los textos deberán ir acompañados, **en hoja por separado**, de la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la UIA
- Brevisimas referencias curriculares

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección de estilo.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la UIA Torreón. También pueden entregarse directamente al editor o enviarse a la dirección electrónica **acequias@lag.uia.mx**

La fecha de cierre del número 26 de *Acequias* será el 2 de febrero de 2004